

Lope De Vega

Novelas a Marcia Leonarda

Indice

Las fortunas de Diana	2
La desdicha por la honra.....	29
La prudente venganza.....	47
Guzmán el Bravo	67

A la señora Marcia Leonarda

Las fortunas de Diana

No he dejado de obedecer a vuestra merced por ingratitud, sino por temor de no acertar a servirla; porque mandarme que escriba una novela ha sido novedad para mí, que aunque es verdad que en el Arcadia y Peregrino hay alguna parte de este género y estilo, más usado de italianos y franceses que de españoles, con todo eso, es grande la diferencia y más humilde el modo.

En tiempo menos discreto que el de ahora, aunque de más hombres sabios, llamaban a las novelas cuentos. Estos se sabían de memoria y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos, porque se reducían sus fábulas a una manera de libros que parecían historias y se llamaban en lenguaje puro castellano caballerías, como si dijésemos «hechos grandes de caballeros valerosos». Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invención ninguna nación del mundo les ha hecho ventaja, como se ve en tantos Esplandianes, Febos, Palmerines, Lisuartes, Florambelos, Esferamundos y el celebrado Amadís, padre de toda esta máquina que compuso una dama portuguesa. El Boyardo, el Ariosto y otros siguieron este género, si bien en verso; y aunque en España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo, también hay libros de novelas, de ellas traducidas de italianos y de ellas propias en que no le faltó gracia y estilo a Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande entretenimiento y que podrían ser ejemplares, como algunas de las Historias trágicas del Bandello, pero habían de escribirlos hombres científicos, o por lo menos grandes cortesanos, gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos.

Yo, que nunca pensé que el novelar entrara en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de vuestra merced y mi obediencia; pero por no faltar a la obligación y porque no parezca negligencia, habiendo hallado tantas invenciones para mil comedias, con su buena licencia de los que las escriben, serviré a vuestra merced con esta, que por lo menos yo sé que no la ha oído, ni es traducida de otra lengua, diciendo así:

En la insigne ciudad de Toledo, a quien llaman imperial tan justamente, y lo muestran sus armas, había no ha muchos tiempos dos caballeros de una edad misma, grandes amigos, cual suele suceder a los primeros años por la semejanza de las costumbres. Aquí tomaré licencia de disfrazar sus nombres, porque no será justo ofender algún respeto con los sucesos y accidentes de su fortuna. Llamábase el uno Otavio, y el otro Celio.

Otavio era hijo de una señora viuda, que de él y de una hija que se llamaba Diana, y de quien toma nombre esta novela, estaba tan gloriosa como Latona por Apolo y la Luna. Acudía Lisena, que este fue el nombre de la madre, a las galas y entretenimientos de Otavio liberalmente; y con mano escasa y avara a su hija Diana, vistiéndola honestamente, de que a ella le pesaba mucho, porque es ansia de las doncellas lucir su primera hermosura con la riqueza de las galas; y engañanse en esto como en otras cosas, porque a la frescura de las rosas por la mañana basta el natural rocío, que cortadas, han menester el artificio del ramillete, donde tan poco duran como después ofenden. No erraba Lisena en componer honestamente su hija, que una doncella en hábito extraordinario de su estado no es mucho que desee cosas extraordinarias y sea más mirada de lo que es justo. Diana mostraba alegría en la obediencia y con discreción notable no excedía un átomo sus preceptos; de suerte que ni en misa ni en fiesta pública fue jamás vista de la curiosidad ociosa de tantos mozos, ni hubo en toda la ciudad quien pudiese decir lo que ahora de muchas, con no poca reprehensión del descuido de sus padres, que les parece que, alabándolas y enseñándolas, se han de vender más presto.

Celio no los tenía, y era dotado de grandes virtudes y gracias naturales; pienso que con esto he dicho que era pobre y no muy estimado de los ricos. Solo Otavio no se hallaba sin

él, y era tanta su amistad que, comenzando en otros por envidia, acabó en murmuración y no poco disgusto de sus parientes, que se quejaron a Lisena de que en las conversaciones públicas los dejaba en viendo a Celio, y muchas veces sin despedirse. Lisena, ofendida del desprecio de sus deudos y del amor y estimación de Celio, riñole un día más declaradamente que otras veces, y para daño de todos.

Otavio, sintiendo la aljaba de aquellas flechas, y que con siniestra información deseaban quitársele, honestamente obediente, le dijo que si supiera qué partes tenía Celio para ser amado y estimado, de ninguna suerte le hubiera reprehendido, antes bien expresamente le mandara que no se acompañara con otro; y que habiendo conocido la deslealtad de otros amigos, la poca verdad, la inconstancia, el poco secreto y bajas costumbres, se había reducido a querer tratar y conversar el caballero más noble, más discreto, más fácil, más leal, verdadero, secreto y de mejores costumbres que había en Toledo; y que mirase que, después que andaba con él, no le había dado disgusto ni sacado la espada; porque Celio era pacífico y tan prudente y cuerdo, que componía todos los disgustos que a los demás caballeros se ofrecían, y que con su entendimiento había solicitado tanta autoridad entre ellos, que le tenían envidia de que él le favoreciese y con tan justa razón se le inclinase.

Atenta estuvo Lisena y sin responder a Otavio, porque conoció que era verdad lo que le decía, y jamás había oído cosa en contrario; pero más lo estuvo Diana que, oyendo tantas alabanzas de Celio, sintió una alteración súbita, que blandamente le desmayaba el corazón y le esforzaba la voluntad; quería defender a su hermano y decir algo de lo que había oído de Celio, y por no dar conocimiento de lo que ya le parecía que requería secreto, recogió al corazón las palabras, al alma los deseos y dijo con las colores del rostro lo que calló la lengua.

Pasados algunos días, cierta señora de título, prima suya, y algunas hermosas damas, sus amigas, se fueron a holgar y entretener, más que a visita de cumplimiento, en casa de Lisena, dándoles ocasión la paga y fianza que Diana había hecho a su hermano, que la víspera de la fiesta de su día le habían colgado, uso notable de España, y de tiempos inmemoriales usado en ella.

Rogó Otavio a Celio que se fuese con él aquella tarde a su casa, que bien podrían estar donde aquellas damas no les viesen. Y así, se entraron en una recámara que había sido de su padre, pieza bien apartada de la conversación de aquellas señoras. Pero no lo fue tanto como Otavio había imaginado, porque con el alboroto de los huéspedes y el no fiarse todas las cosas de las criadas, Diana fue a sacar de un camarín algunos vidrios o regalos que para tales ocasiones tienen tales personas. Sintiendo que entraba su hermano, detuvo algo turbada el paso. Detúvose también Celio, y cuando ya Diana salía, Otavio había entrado en la recámara. Quedó atrás Celio, y poniendo ella los ojos en él, sacó todos los deseos del alma a las colores del rostro con tan grande aumento de su hermosura como flaqueza de su ánimo. Celio cuanto pudo se llegó a ella, que fue lo más que pudo con su turbado atrevimiento, y al pasar Diana le dijo:

-¡Qué deseada tenía yo esta vista!

A quien ella respondió con agradable rostro:

-No estáis engañado.

Aquí me acuerdo, señora Leonarda, de aquellas primeras palabras de la tragedia famosa de Celestina, cuando Calisto le dijo: «En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios». Y ella responde: «¿En qué, Calisto?» Porque decía un gran cortesano que si Melibea no respondiera entonces «¿en qué, Calisto?», que ni había libro de Celestina, ni los amores de los dos pasaran adelante.

Así, ahora en estas dos palabras de Celio y nuestra turbada Diana se fundan tantos accidentes, tantos amores y peligros, que quisiera ser un Heliodoro para contarlos o el celebrado autor de la Leucipe y el enamorado Clitofonte.

Admirado Celio de la respuesta amorosa, donde la esperaba tan áspera en castigo de su atrevimiento, quedó como fuera de sí, entre la animosa esperanza y la grandeza de la empresa. Entró en la recámara disimulado, y habló con Otavio fingido, alabándole las armas, el aseo y cuidado con que estaban puestas las espadas de diversos maestros, cortes y guarniciones, de que tenía muchas. Hizo Celio armar de la gola al tonelete a Otavio, y él se armó de unas armas negras. Concertaron de ensayarse para un torneo. Notables invenciones tiene amor para hallar lugar a sus esperanzas, pues con ella le tuvo para venir a su casa de Otavio muchas veces, y Diana también para verle y desearle y para que un día, dichoso al parecer de entrambos, pudiese darle un papel con una sortija de un diamante. Diana le recibió con notables muestras de agradecimiento y gusto; y después de haberse escondido de todos, le besó y leyó mil veces, que decía así:

PAPEL DE CELIO A DIANA

Hermosísima Diana, no culpes mi atrevimiento, pues todos los días ves en tu espejo mi disculpa. Yo no sé por qué ventura mía vine a verte; pero te puedo jurar por tus hermosos ojos, que antes de verte te amaba, y que pasando por tus puertas se me turbaba el color del rostro, y me decía el corazón que allí vivía el veneno que había de matarme. ¿Qué haré ahora, después que te vi y que me aseguraste de que agradecías este amor que, por ser tan justo, está a peligro de no ser agradecido? Pero en confianza de aquellas palabras, que apenas creen mis oídos que fueron tuyas, si no las asegurasen los ojos de que te vieron cuando las decías, y el alma de la novedad y ternura que sintió oyéndolas, que me des licencia para hablarte, que no sé si tengo qué decirte; pero, si me la concedes, sabrás que te aseguras de tu honor y que te vengas de mi atrevimiento.

¡Qué poco ha menester la voluntad a quien conciertan las estrellas para corresponder a la que desea! No se puede encarecer con palabras lo que sintió de las que esta carta le dijo a los oídos del alma el enamorado Celio; y así, contenta y enterneceida Diana más de la verdad y llaneza que del artificio del papel, le respondió así:

Celio, mi hermano Otavio tuvo la culpa de amaros con los encarecimientos de vuestra persona y partes; perdónese a sí mismo de haberme puesto en obligación de tanto atrevimiento. En lo más, que es amaros como mi estado puede, yo os obedezco; en daros lugar a hablarme, no es posible, porque los aposentos donde duermo caen a los corrales de unas casillas de alguna gente pobre, y por ninguna cosa del mundo me atreveré a dar disgusto a mi madre y hermano, si tan desigual libertad de mis obligaciones llegase a sus oídos.

No le faltó ocasión para dar este papel a Celio, ni él la tuvo en su vida de tanto gusto, porque sabía que en las casillas que le decía vivía el ama que le había criado. Hízole dos o tres visitas, y la última fue rogarle que se fuese a vivir a su casa en mejores aposentos, porque se dolía de que estuviese tan mal acomodada. Ella, pensando que le obligaba el amor del pecho en el conocimiento de mayores años, fue fácil de persuadir y de pasarse. Quedó Celio con la llave de aquellos aposentos, y mostrándosela a Diana le daba a entender por señas que ya estaban por suyas, y ella segura de sus temores.

Vino la noche, y Celio fue a ver si su Sol amanecía, que con no menor cuidado, en sintiendo pasos en los corrales, cuyos ecos se hacían en su alma, abrió una ventana y luego una celosía, poniendo el rostro en el marco, llena de amor y miedo. Reportado Celio de la primera turbación y desmayo, que le había cubierto de dulce sangre el corazón y de alegría los ojos, le dijo tan tiernas, tan suaves, tan enamoradas razones que apenas acertaba Diana a responderle, porque oprimía la lengua la vergüenza y la novedad oscurecía el

entendimiento. Allí los halló el alba, que él apenas la esperaba después del sol, y ella como desde alto le miraba.

Pasaron de esta suerte algunos días sin atreverse a más que a encarecimientos de su amor y sentimientos de su soledad en su ausencia. Distaba la ventana del suelo catorce o dieciséis pies, con cuya ocasión Celio le pidió licencia una noche para subir a ella. Diana fingió que se enojaba mucho y, no pesándole de la licencia, le preguntó que cómo había de traer una escalera a una casa en que ya no vivía nadie sin grande escándalo. Celio respondió que como ella le diese licencia, él subiría sin traerla. Concertáronse los dos con pacto que no había de pasar de la ventana. ¡Oh amor, qué de cosas niegas que deseas! ¡Bien haya quien te entiende! Sacó una escala de cuerda Celio, que algunas noches había traído para la que tuviese dicha, y alcanzando un palo, que no sin malicia estaba cerca, ató en él los cabos y, arrojándole a la ventana, después de haberla prevenido, le dijo que le atravesase en ella. Ella, toda turbada, le acomodó temblando; y apenas Celio le halló firme cuando fiando a los pasos portátiles el cuerpo, se halló en las manos de Diana que, con la disculpa de tenerle para que no cayese, se las previno. Besábaselas Celio con la misma del cuidado, agradecido a su salud y vida: que es amor tan cortesano, que lo que hace por necesidad vende por agradecimiento. Miraron por todas partes cuidadosamente, temerosos de que la ventana podía ser vista; y asegurados de que era imposible, o porque ellos deseaban que no se lo pareciese, más cerca se descubrieron las voluntades y los principios de los deseos amorosamente, cual suelen las enamoradas palomas regalar los picos y con arrullos mansos desafiarse. Algunas noches duró en estos amantes la conversación referida secretamente, porque Diana no daba lugar a lo que Celio con eficaces ruegos pretendía y con juramentos exquisitos le aseguraba. Aquí se me acuerdan las líneas del amor escritas de Terencio en su *Andria*: ya Celio de las cinco tenía las cuatro. Notablemente le atormentaba el deseo. ¡Qué retórico se mostraba, qué ansias fingía, qué promesas, qué encarecimientos buscaba! ¡Qué dulce representante de sus penas variaba la color del rostro y se quejaba en consonancias tiernas! Pidíole, finalmente, un día tan resueltamente licencia para entrar dentro que, habiendo callado Diana, con poca resistencia de su parte estuvo en su aposento y, puesto de rodillas, le pidió con fingidas lágrimas perdón de su atrevimiento. Dígame vuestra merced, señora Leonarda, si esto saben hacer y decir los hombres, ¿por qué después infaman la honestidad de las mujeres? Hácenlas de cera con sus engaños y quiérenlas de piedra con sus desprecios. ¿Qué había de hacer Diana en este atrevimiento? ¿Era Troya Diana, era Cartago o Numancia? ¡Qué bien dijo un poeta:

*Tardose Troya en ganar,
pero al fin ganose Troya!*

Desmayose la turbada doncella. Celio la recibió en los brazos y puso con respeto y honestidad en su cama, donde sirvieron sus propias lágrimas de agua para el desmayo y de fuego para el corazón. Porque a la manera de los que medio despiertos las noches del invierno sienten que llueve, así Diana, entre el sueño del desmayo y lo despierto de la voluntad, sentía las lágrimas de Celio sobre su rostro. Vuelta de todo punto de este accidente, la volvió a pedir perdón, que no pudo negarle, porque ya le pesaba que se le pidiese; pero rogándole que le cumpliese la palabra que le había dado luego que entró en su aposento, de que se iría sin ofensa de su honor y de su gusto. Celio, que ya ni la podía obedecer, ni creía que la resistencia sería mayor que la ocasión, dispúsose a ser Tarquino de menos fuerte Lucrecia: y entre juramentos y promesas venció su fama, quedando en justa obligación de ser su esposo. Aquí los dos confirmaron de nuevo su amor, no sucediendo a Celio lo que al forzador de la hermosa Tamar, porque creció su deseo la ejecución, y no dejó la hermosura dejar entrar el arrepentimiento.

Luego se conoció en el alegre caballero su buena dicha, pues con su poca hacienda dio librea a sus criados que, cuando amor gana, ni es escaso del barato, ni piensa que puede volver a perder lo que una vez posee. Preguntóle a Diana Celio si su madre venía a su aposento algunas veces, y ella le dijo que no; con que tomó licencia de quedarse en él algunos días, y ella de retratarle en su pecho con más espacio, de suerte que ya no pudo dejar de decírselo, y con muchas lágrimas mostraba estar arrepentida, temiendo que Lisena y su hermano conocerían por tan público efecto la infamia de la causa. A esto se le llegaba lo que se diría en toda la ciudad de su recogimiento y apariencias, y entre sus parientas y amigas, que a la hipocresía de su honestidad tenían empeñado el crédito. Celio le proponía los caminos que había para remediar el daño, que el de matar el hijo no cayó en su pensamiento. Pero viendo que pedirla por mujer era enemistarse con Otavio, y que no se la había de dar por ser tan pobre, se determinaba a pedirla por el juez eclesiástico; mas ella resistía a este consejo, con parecerle que lastimaba más su honra, pues descubría amores y conciertos para este efecto. (Si mirasen a estos fines las doncellas nobles, no darían tan desordenados principios a sus desdichas).

Dejó finalmente Celio en manos de Diana su determinación, por no faltar a la amistad de Otavio pidiéndola por mujer, y porque ella no consentía en que la justicia interviniese a su casamiento. Mil veces se maldecía Diana por haber dado lugar a Celio en su deshonor, puesto que le amaba tiernamente y, como dice en su lenguaje el vulgo, veía luz por sus ojos. Él, entre tantas confusiones, ya en una determinación, ya en otra, porque un ánimo dudoso fácilmente se muda de un consejo en otro, como lo dijo Séneca, resolvióse a decirle un día que si se resolvía a dejar la casa de su madre, que él la llevaría a las Indias y se casaría con ella. La desesperación de Diana fue tanta, que aceptó el partido y le pidió llorando que la llevase donde no viese los extremos de su madre ni las locuras de su hermano, aunque en el primer monte la matase. Celio, por ventura no menos arrepentido, puso los ojos en el peligro y, aconsejado del temor, dio traza en la partida, porque ya se le conocía a Diana el nuevo huésped del pecho que, como era la casa propia, se iba ensanchando en ella. Tenía Celio dos hermosos caballos, que le servían de rúa y de camino: el uno aderezó de brida, y en el otro hizo poner un rico sillón y, con gran cuidado, dos vestidos de camino de un color y guarnición, uno para él y otro para Diana. Estuvo Celio algunas noches con ella, diciéndole todo lo que prevenía para su partida, de que recibía notable gusto, porque imaginaba que se excusaba de tan graves pesadumbres; y considerando que no había de volver más a su casa y deudos, no quiso dejar de aprovecharse de algunas cosas, así por esto como por lo que podía sucederle, que es varia la fortuna y pocas veces favorece a los amantes fuera de sus patrias. Tomó a Lisena las llaves y sacó de sus cofres las más ricas joyas que tenía, con alguna cantidad de escudos, y así junto lo puso y guardó en un cofrecillo que tenía desde sus tiernos años.

Llegó la noche en que habían de partirse, y Celio se vistió aquel día muy galán, de negro, para mayor seguridad de Otavio; pero, como si le hubieran dicho su intento, no se apartó de él un punto, aunque le dijo dos o tres veces que tenía que hacer cosas forzosas. Ya eran las nueve, y Otavio no se apartaba del lado de Celio, y queriendo por fuerza irse, con notable y extraordinaria importunación, le llevó consigo. Entraron en una casa de juego, de estas donde acude la ociosa juventud: unos juegan, otros murmuran y otros se olvidan de los cuidados de sus casas que, con la seguridad de que no han de venir, no suelen estar solas. Celio, cercado de un temor triste (porque si le dejaba había de enviar algún paje para saber dónde iba, y si le esperaba había de perder la ocasión de sacar a Diana), resolvióse a la paciencia y disposición de la fortuna, pareciéndole también que sería bastante disculpa para Diana el no haberse podido apartar de Otavio.

Diana, que no estaba descuidada de lo que había de hacer ni de lo que había de llevar, vistiose las nuevas galas y, tomando las llaves secretamente, se puso a esperar a Celio a un

balcón que sobre la puerta había. Dieron las doce, hora en que siempre venía su hermano de jugar o de otros pasatiempos juveniles, y estando llena de mortales sospechas y congojas vio con la claridad de la luna venir un hombre de buen talle y disposición, con un sombrero de tafetán de falda grande, pluma blanca y alguna cosa de oro que como trancelín de diamantes a su parecer resplandecía; y así en esto como en lo demás le pareció a Celio. Pasó el hombre sin advertir en nada y ella, temerosa y ciega, le ceceó dos veces. Volvió el hombre el rostro y, viendo tan buena traza de mujer y en casa tan principal, acercose a ella sin hablarla, con miedo de lo que podía sucederle. Diana le dijo entonces:

-¿Es ya hora?

Y él respondió:

-Cualquiera es buena.

Entonces, sin advertir en su voz con la engañada imaginación de la que esperaba, le dio el cofre, diciendo:

-Aguardad a la puerta.

El hombre, conociendo que el recado no venía para él y que la mujer aguardaba a otro, ciego de la codicia, se fue huyendo, temeroso de que si ella se desengañaba daría voces. Diana, sin hacer ruido, llegó a la puerta, abriola con gran recato y, no viendo a Celio, parecióle que por más seguridad se había ido la calle arriba. Y siguiendo su engaño, salió fuera de la ciudad, donde viendo tan solos los campos y los árboles se quiso volver mil veces; pero temiendo que ya en su casa estaría su hermano, y que con haber hallado la puerta abierta toda sería confusión y alboroto, no creyendo que Celio, caballero tan principal, tan enamorado y tan obligado, se infamaría en la codicia de aquellas joyas, viendo que ya daban las dos de la iglesia mayor, pasó el puente de Alcántara y comenzó a caminar por la aspereza de aquellas peñas, aunque cubierta de un sudor mortal y de mil pensamientos y sospechas, apartándose lo más que podía del camino real hasta llegar a un monte, donde mil veces estuvo por quitarse la vida, si no lo impediera el justo temor de perder el alma.

Los caballeros que jugaban en esto y algunos disgustos, que nunca al juego faltan, estuvieron hasta las tres de la noche divertidos. A esta hora se fue Otavio a su casa, y le acompañó Celio, procurando al despedirse que le oyese Diana para que aquello fuese disculpa de su tardanza. Admirado Otavio de que su puerta no estuviese cerrada a tales horas, satisfizo a sus voces un criado que por agradarle y haberle sentido estaba abierta. El criado buscó las llaves y, no habiéndolas hallado, se estuvo en vela hasta que con el mismo se levantó Otavio primero que la mañana; y habiéndole hallado despierto le respondió que el no haber tenido con qué cerrar la puerta le tenía allí, porque del lugar en que solían estar siempre le faltaban las llaves. Receloso Otavio del criado, hizo llamar en el aposento de una dueña, mujer de virtud y confianza, y preguntándole por las llaves, y ella, medio dormida, admirándose, dieron causa a que el resto de la casa se alborotase y una doncella entrase en su aposento de Diana, que no hallándola en él, y la cama compuesta, por alguna sospecha que traía, dijo llorando:

-¡Ay, mi señora y mi bien! ¿Por qué no llevasteis con vos a vuestra desdichada Florinda?

La madre y el hermano entraron a estas voces, y conociendo que faltaba Diana de su casa y de su honra, Lisena cayó en tierra y Otavio sin color, con turbadas razones, examinaba a los criados, mirando a todas partes como loco. Florinda sólo dijo que tres o cuatro días la había visto llorar tan tiernamente que, aunque estaba tratando de otras cosas, se le caían de los ojos las lágrimas con entrañables suspiros y congojas.

Ya estaba declarado el día y el daño, cuando enviaron a dos monasterios donde tenía Diana dos religiosas tías; en todos respondieron que no sabían de ella, y asimismo todas las parientas y amigas, de quien en un instante toda la casa estaba llena. De este rumor, de

estas voces y de estas diligencias salió la fama por la ciudad, y los envidiosos amigos, si hay amigos envidiosos, comenzaron a decir que Celio se la había llevado, y aún otros a afirmar que la habían visto.

Feniso, criado de Celio, oyó esto en los corrillos del Ayuntamiento y en la nave que llaman de San Cristóbal y, siendo hombre de buena opinión, osó decir que mentía cualquiera que hubiese dicho que Celio había hecho semejante traición a Otavio; y volviendo las espaldas a los murmuradores, iba diciendo: «A las tres de la noche se apartaron Celio y Otavio; y yo dejo a Celio durmiendo, que vendrá presto a volver por su honra.»

Despertó Feniso a Celio, que oyendo lo que pasaba, quedó fuera de sí por largo espacio y, conociendo cuánto le convenía volver por su persona, se vistió aprisa y con turbados pasos y descolorido rostro pasó por todas las partes donde Feniso le dijo que le culpaban, de cuya vista quedaron los que le murmuraban corridos, atribuyendo su tristeza a la amistad que tenía con Otavio, tan conocida de todos.

Hallose Celio en el portal de su casa, y mirándose los dos estuvieron así parados sin hablarse, sintiendo cada uno su dolor, que aunque era grande en Otavio, era mayor en Celio. Esforzose cuanto pudo y, tomándole las manos a Otavio, que le temblaban, convertidas en hielo, le dijo:

-¿Qué me pudiera haber sucedido que me diera tanta pena, aunque hubiera perdido la honra? ¡Ay, Otavio, que vuestro dolor me tiene traspasada el alma!

Otavio, aunque valiente caballero, se desmayó en sus brazos, enternecido de verle con lágrimas en los ojos. Lleváronle a su aposento, donde a los sentimientos de Celio, volvió en su primer acuerdo. Aquí, fingido el culpado, le preguntaba eficazmente las diligencias que se habían hecho. Todo lo refirió Otavio por extenso, y Celio dijo que, pues en la ciudad no estaba, sería bien acudir por todos los caminos a buscarla, y que él sería el primero. Y esforzando a Otavio, le dio la palabra de no volver a Toledo sin ella o saber que hubiese parecido; y dándole los brazos se fue a su casa donde, como estaba apercebido, halló fácilmente en qué partirse, y siendo ya de noche, con solo su criado Feniso, salió de la ciudad llorando y pidiendo al cielo que le guiase a la parte donde Diana estaba, con tales suspiros, enamoradas ansias y congojas, que enternecía las peñas y los árboles, y entre los altos montes por donde corre el Tajo respondían los ecos.

Diana amaneció en un valle cortado por varias partes de un arroyo que, entre juncos y espadañas, mostraba pedazos de agua, como si se hubiera quebrado algún espejo. Sentose un poco, y habiendo bebido y refrescado el pecho de las congojas de tan afligida noche, mientras se descalzaba para pasarle, dijo así:

-¡Ay vanos contentos, con qué verdades os pagáis de las mentiras que nos fingís! ¡Cómo engañáis con tan dulces principios, para cobrar tan breves gustos con tan tristes fines! ¡Ay Celio! ¿Quién pensara que me engañaras? Mira lo que paso por tí, pues he llegado, por haberte querido hasta aborrecerme; pues no hay cosa ahora más cansada para mí que esta vida que tú amabas. Pero bien creo que, si me vieras, te lastimara el alma lo que paso por tí.

Miró a este tiempo sus mismos pies y, acordándose cuán estimados eran de Celio, enternecida, no pasó el arroyo y llorando se quedó un rato medio dormida al son del agua y de la voz de un pastor que, no lejos de donde ella estaba, cantó así:

*Entre dos álamos verdes
que forman juntos un arco,
por no despertar las aves,
pasaba callando el Tajo.
Juntar los troncos querían
los enamorados brazos,*

*pero el envidioso río
no deja llegar los ramos.
Atento los mira Silvio
desde un pintado peñasco,
sombra de sus aguas dulces,
torre de sus verdes campos.
Esparcidas las ovejas
en el agua y en el prado,
unas beben y otras pacen
y otras le están escuchando.
Quejoso vive el pastor
de las envidias de Lauso,
más rico de oro que el río,
más necio en ser porfiado.
Así le aparta de Elisa,
como a los olmos el Tajo,
fuerte en dividir los cuerpos,
mas no las almas de entrambos.
Tomó Silvio el instrumento,
y, a las quejas de su agravio,
los rui señores del bosque
le respondieron cantando:
«Juntaréis vuestras ramas,
álamos altos,
en menguando las aguas
del claro Tajo;
pero si hay desdichas
que vencen años,
crecerán con los tiempos
penas y agravios».*

Vuelta en sí Diana y temerosa, pareciéndole o que la seguía su hermano, o que aquel que cantaba le diría por dónde iba, siguió descalza la margen del arroyo, y cuando le pareció que estaba más segura, y que ya no se veía el agua, porque a la falda de un montecillo se dividía, volviendo a cubrir sus pies caminó poco a poco, sin más sustento que el agua que por la mañana le dio el arroyo, hasta que la oscuridad de la noche le cerró el paso. Cayose desmayada entre unos hinojos y, como no tenía quién la consolase ni ayudase, en el mismo desmayo se durmió y reposó algún espacio, y con más acuerdo esperó el día, atónita del temor que le causaban cerca las voces de algunos animales, y el descompuesto ruido de algunas fuentes que bajaban de aquellas peñas, siempre mayor en el silencio de la noche.

Doliose de su temor el alba o, envidiosa de sus lágrimas, salió más presto; con la cual, esforzando la femenil flaqueza y sólo deseando morir, caminó por donde le parecía que a un desesperado fin llegaría más presto.

Ya estaba el sol en la mitad del día, cuando pareciéndole que ofendía más al cielo en dejarse morir, entre unos verdes árboles halló una fuente, y en su guarnición algunas yerbas que comió con lágrimas; y rogada de la fuente templó el ardor del corazón y volviole el agua por los ojos.

De esta manera caminó tres días al fin de los cuales, saliendo de una espesura a un campo raso, perdió las fuerzas y, arrimada a un árbol, vio lejos un mancebo pastor que hablando con una serrana parece que venía hacia donde ella estaba. Allí le pareció a Diana

que ya todo el mundo sabía la causa por que había dejado la casa de sus padres, y que hasta aquellos pastores venían a reñirla y afearla los amores de Celio. Dejose caer al tronco sobre los verdes céspedes y con mortales y traspasados ojos perdió la vista. El mancebo, que más reparaba en agradar su villana y en pensar que no le oían en aquel sitio más que las aves que le acompañaban, comenzó a cantar así (y vuestra merced, señora Leonarda, si tiene más deseo de saber las fortunas de Diana que de oír cantar a Fabio, podrá pasar los versos de este romance sin leerlos; o si estuviere más de espacio su entendimiento, saber qué dicen estos pensamientos quejosos a poco menos enamora da causa):

*¡Ay verdades, que en amor
siempre fuisteis desdichadas!
buen ejemplo son las mías,
pues con mentiras se pagan.
Cuando traté con engaño
tu verdad, Filis ingrata,
¡qué de quejas vi en tu boca,
qué de perlas en tu cara!
¡Oh cuántas noches que dije,
cuando a mi puerta llamabas:
«en vano llama a la puerta
quien no ha llamado en el alma!»
Mis pastores te decían:
«no está Fabio en la cabaña»
y estaba diciendo yo:
«¿para qué busca quien cansa?»
A tus quejas solamente
daban respuesta las aguas,
porque murmuraban, Filis,
que no porque te escuchaban.
Acuérdome que una noche
me dijiste con mil ansias:
«déjate, Fabio, querer,
pues que no te cuesta nada.
»No quiero yo que me quieras;
que como el amor es alma,
nunca vi mujer discreta
que la quisiese forzada».
En el umbral de tu puerta
reñíamos hasta el alba,
tú porque había de entrar,
yo por no entrar en tu casa.
«Castiguen, Fabio, los cielos»,
dijiste desesperada,
«el fuego con que me hielas,
el hielo con que me abrasas».
Porfiaste, hermosa Filis;
todo el porfiar lo acaba;
que quien piensa que no quiere
el ser querido le engaña.
En el trato y en el tiempo
nadie tenga confianza,*

*porque pasan sin sentir
y se sienten cuando faltan.
Tanto te vine a querer,
que juntos nos envidiaban,
la luna al bajar la noche,
el sol al subir el alba.
Los prados, montes y selvas
de oírnos se enamoraban;
verdes lazos aprendían
las hiedras enamoradas.
Mas bajando en este tiempo
de las heladas montañas
Silvio, tu antiguo pastor,
trajo de allá tu mudanza.
No perdiste la ocasión,
pues cuando yo te adoraba,
de mis pasados desdenes
quisiste tomar venganza.
Filis, yo muero por ti;
confieso que se me pasan
en tus umbrales las noches,
los días en tus ventanas.
No llamo, porque imagino
que has de responder airada:
«¿para qué llama a la puerta
quien no ha llamado en el alma?»
Si finjo que no te miro,
es invención de quien ama;
que cuando tú no me miras
hago espejo de tu cara.
Prendas que me dabas, Filis,
y de que yo me enfadaba,
ahora las visto y pongo
sobre los ojos y el alma.
No te encarezco mis penas,
por no dar gloria a la causa;
basta que yo las padezca
sin que tú tomes venganza.
No quieras más de que son
mis locuras de amor tantas,
que vengo a poner la boca
adonde los pies estampas.
Mas, con todo lo que digo,
no pienso hablarte palabra,
que en celos que se averiguan
las amistades se acaban.*

Decía Fabio muy bien porque, después de celos averiguados, es infamia amar, con el ejemplo de tantos animales como escriben Plinio y Aristóteles; aunque hay hombres que antes de los agravios no aman, sirviéndoles de apetito lo que a otros de aborrecimiento.

Esto, en fin, cantaba aquel villano a la serrana referida, que no con menos gusto que soberbia le escuchaba.

A los finales de estos versos se hallaron los dos entre los árboles donde Diana estaba fuera de sí, y en su imaginación haciendo varios discursos de sus desdichas; ya culpaba a Celio, ya le parecía imposible que tan principal caballero, tan bien nacido, tan discreto y galán, hubiese faltado a sus obligaciones; ya culpaba su precipitado amor, que con tan fácil pensamiento salió a buscarle. Y entre estas dudas le atormentaba más el pensar si por ventura era de Celio aborrecida que, como imaginara que estaba en su gracia, no estimara sus desdichas ni pensara que lo eran, aunque fueran mayores; si era posible que lo fuesen para una mujer sola y señora, que caminaba tanta tierra por la aspereza de los montes, sin sustento y sin esperanza de hallar el fin de su amor sin el de su vida.

Admirados quedaron los pastores de ver entre aquellas ramas tal prodigio de hermosura, desmayada, descalza y rendida, más a la verdad de la muerte que al sueño que la retrata. Llamola dos o tres veces la pastora y, viendo que no respondía, sentose junto a ella, teniéndola por muerta o que ya le quedaba poca vida. Tomole las manos y, viéndoselas tan frías como blancas, porque tuviesen todas las calidades de la nieve; mirola al rostro y viendo tanta belleza y hermosura en tan mortal desmayo, púsole la cabeza sobre sus faldas, desviándole los cabellos que, ya sin orden, discurrían por él hasta la garganta como libres de quien los ataba y prendía en otro dichoso tiempo: venganza de los ojos a quien habían puesto en su prisión y cárcel. Pues como la cabeza de Diana a una y otra parte se dejase caer tan fácilmente, comenzó la pastora un tierno y lastimoso llanto, creyéndola por muerta. A esta descompostura y el sentimiento del labrador, que amaba a lo cortesano, despertó Diana de todo punto y, aunque no dándoles esperanzas de su vida, los sosegó las quejas y suspendió las lágrimas, si bien con un ¡ay! tan doloroso, que poniéndose las manos sobre el corazón, como que le apretaba, volvió a quedar como primero rendida.

La hermosa Filis entonces, valiéndose del mismo remedio, comenzó a darle lugar con desnudarla, y el villano con traer agua de la fuente que sobre su rostro formaba lágrimas o perlas, pero de tal suerte que las de sus claros ojos parecían finas, y las de la fuente, falsas. Dioles las gracias Diana, y preguntándole ellos la causa de su mal, les dijo que había caminado sin comer tres días. Entonces sacó Filis de su zurrón lo que vuestra merced habrá oído que suelen traer en los libros de pastores; y esforzándose Diana a comer, a su ruego fortificó la flaqueza con templanza y sintió el desmayado cuerpo algún alivio.

Mientras comía Diana, le preguntaba Filis quién era y de dónde venía, y por qué causa, admirándose que los lobos, que venían de las montañas en seguimiento de los ganados hasta la raya de Extremadura, no la hubiesen quitado la vida aquellas noches. Aquí entraron los conceptos de que hasta los animales bárbaros la aborrecían como a veneno, y que de temor de su muerte no se la dieron. Viendo Filis de las razones desesperadas de Diana que se inclinaba al monte y que quería acabar en él la vida, la persuadió que se fuese con ella al cortijo y hacienda de su padre. Y supo persuadirla con tan efectivas razones y muestras de amor tan grandes, que Diana se dio por vencida de su cortesía y voluntad, considerando que sería remedio de lo que llevaba en sus entrañas, a que miraba con atención natural, cuando más aborrecía su vida. Fuese con los pastores y fue bien recibida, aunque al principio Selvagio, padre de Filis y por ventura tan rústico en aquella edad como su nombre, no estuvo gustoso de tenerla en su casa; pero después, obligado de su hermosura y humildad y por gusto de su hija, mostró algún contento.

Celio, desde que salió de la imperial Toledo, sin más camino que su amor, en el primer monte se quejó a gritos; y considerando que por su causa Diana había dejado su casa, madre, hermano, parientes, amigas, descanso y patria, y en los trabajos que por ventura o por desdicha estaba, estuvo cerca de perder la vida. En seis días no entró en poblado, pagando los caballos su tristeza, pues de solas yerbas del campo se mantenían. Vio Feniso

de lejos un pueblo, que casi encubrían algunos árboles, a cuyo pesar se mostraban dos altas torres en cuyas pizarras y azulejos el sol resplandecía. Persuadió a Celio que fuesen a él y, llegados, se informaron de las personas que les podían dar razón de la perdida prenda; mas ni en este lugar ni en otros muchos, que a diez y a veinte leguas de Toledo anduvieron por espacio de un mes, fue posible hallar señas. Y viniéndole a la imaginación a Celio que, como eran los conciertos irse a las Indias, pudo Diana haber topado quien la llevase a Sevilla, así presumiendo hallarle, como por alejarse de su tierra, resolvióse a ver si en aquella insigne ciudad estaba.

Iba Celio tan desfigurado de no comer y de dormir en los campos, que pudiera seguramente volver a Toledo sin ser conocido. En llegando a Sevilla hizo tales diligencias cuales se pueden presumir de un hombre tan enamorado y con tantas obligaciones. Pero el no hallar a Diana ni quien aun por engaño le diese señas, no le dio tanto enojo como el ver que la flota de Indias era partida, porque presumía Celio que en ella iba Diana, conociendo su amor, valor y ánimo. Quiso su fortuna que hallase solo un navío que un tratante había fletado y que no se había de partir hasta pasados diez o doce días. Hablóle Celio y, concertado con él que le pasase, el patrón lo aceptó, y hecha entre los dos grande amistad comió con él algunas veces, preguntándole en las ocasiones que se ofrecían la causa de su tristeza, aunque Celio se excusó siempre diciendo que por no aumentarla con la memoria de algunos tristes sucesos no se la decía. Y así llegado el tiempo de partirse, y siendo próspero el viento, zarpó el navío, y con una pieza de leva sé alargó al mar, alejándose Celio más de Diana cuanto imaginaba que iba más cerca; pero las esperanzas de cobrar el bien, aunque sean engañosas, no dañan, porque entretienen la vida.

Otavio en Toledo pasaba afrentosamente la suya, y con mayor tristeza, porque no sabía de cuantos buscaban a Diana, parientes ni amigos, nueva alguna en que pudiese tenerse la flaqueza de la esperanza; y viendo que Celio no volvía, dio en presumir que había sido concierto de entrambos el salir ella primero y él después con ocasión de buscarla. Pero quitole esta imaginación la fama de alguna gente que discurría por la ciudad, diciendo que le habían visto con Feniso por algunas aldeas solo, buscándola con notable cuidado. Sosegose Otavio, así por esto como porque su madre le disuadía de este pensamiento, temiendo que si le creía los había de perder a entrambos.

Dos meses había estado Diana en el cortijo de aquellos honrados labradores, bien regalada de Filis, cuando llegó su parto, que fue de un hermoso hijo para que no pudiese quejarse, como en Virgilio la despreciada Dido del fugitivo Eneas:

*Si me quedara de ti
un Eneas pequeñuelo,
antes que el airado cielo
te dividiera de mí;
que por mi casa jugara
y tu rostro pareciera,
ni mis engaños sintiera,
ni por tu ausencia llorara.
Aunque de otra manera lo sintió Ovidio en su epístola:
Por ventura me has dejado
parte en mi pecho de ti,
ingrato, que ahora en mí
a muerte condena el hado;
y así, perdiendo la vida
por ti la infelice Dido,
del hijo que no ha nacido
serás padre y homicida.*

Pero pienso que el artificio, en que Ovidio fue tan célebre poeta, obligó a Dido a fingir que quedaba preñada de Eneas para obligarle a volver a verla; cosa que no solo fingen las mujeres, pero los mismos partos. No lo era el de Diana si no tan verdadero que había sido causa de sus peregrinaciones y desdichas. Caso extraño, que cuando importa mucho un heredero, por un liviano antojo, que o se calló de vergüenza o no se pudo cumplir por imposible, se pierda el fruto y por ventura el árbol; y que con tan inmensos trabajos, caminos, hambres y desnudos pies llegase al puerto de la vida libre este infeliz niño.

Pasado un mes de su convalecencia, llamó Diana a Filis y le dijo: -A mí me es fuerza partirme de esta tierra; si me pesa de dejarte, Dios lo sabe, y mis grandes obligaciones te lo dicen. Mis entrañas te dejo; prendas son que me obligarán a volver. No tengo de ir en mi hábito, ni en el de mujer, pues en él he sido tan desdichada; y así te suplico me des alguno de estos labradores que sirven a tu padre o que te sirven a ti, porque sea más limpio, que yo tengo de un manteo que traje hechos unos calzones lo mejor que mis desdichas me han enseñado.

Y diciendo esto, comenzó a desnudarse sin que ruegos ni lágrimas de Filis fuesen poderosos a mudar la firmeza de su propósito. Sacó dos joyas de diamantes que traía en el pecho, y dándole la primera y de más valor para que hiciese criar su hijo, con la otra le pagó el hospedaje, que el amor era imposible. Vistiose finalmente de un gabán y, cortándose los cabellos, cubrió con un sombrero rústico lo que antes solían cuidadosos lazos, diamantes y oro. Era Diana bien hecha y de alto y proporcionado cuerpo; no tenía el rostro afeminado, con que pareció luego un hermoso mancebo, un nuevo Apolo cuando guardaba los ganados del Rey Admeto.

Despidiose de Filis y de sus viejos padres, llorando todos, mayormente Laurino que, con pensamientos de ciudad, había puesto en ella los ojos.

Diana se llamaba con disfrazado nombre Lisis, y así Laurino, que se preciaba de músico y poeta, se quejaba algunas veces en estos versos de su ausencia, oyéndole Filis con algunos celos y doblando a Fabio los agravios:

*Lisis, después que al Tormes
me llevaste la vida,
celebro tu partida
con lágrimas conformes,
que piensan mis enojos
templar el fuego con llorar los ojos.
¡Cuánto mejor me fuera
que en los tuyos hermosos
con lazos amorosos
el alma despidiera!
que no parece vida
esto que me ha dejado tu partida.
A la forzosa muerte,
Lisis, que ya me alcanza,
detiene la esperanza
para volver a verte,
pues no es justo que muera
quien tiene en ti su vida y verte espera.
Si vieses este prado,
lástima te daría
aquel que florecía
tu blanco pie nevado;
tu pie blanco y pequeño,*

*de tantas almas como flores dueño.
Para que le gozases,
le cultivé, señora,
que no para que ahora
a los dos nos dejases;
que en mí y en estas selvas
no habrá vida ni flor hasta que vuelvas.
En cárceles doradas
prendí los pajarillos,
que pienso que de oírlos
como de mí, te agradas;
que en tus prisiones de oro
al alba canto y a la noche lloro.
Aquí puse una fuente
para que te bañaras,
y más perlas dejaras
que tiene su corriente;
y tú, por darme enojos,
dos me dejaste en mis ausentes ojos.*

Llegó la animosa y desdichada Diana, después de haber caminado algunos días a un lugar cerca de Béjar, que no había querido tocar en Plasencia, por temor de algunos deudos que allí tenía. Salió a la plaza y, parada en ella, daba a entender que esperaba dueño. Viola un labrador rico y, admirado de su gentil disposición y hermoso rostro, le pareció cosa fingida, como realmente lo era. Llegose a Diana e hízole algunas preguntas; ella le supo satisfacer, mintiendo su nombre y patria, de suerte que le llevó consigo.

Tenía conocimiento este labrador con el mayoral de los ganados del Duque, y sabía que buscaba un zagal (por ser ya casado el que tenía) para cuidar de la comida y otras cosas necesarias que se llevan al campo donde el ganado es mucho. Dio de comer a Diana y escribió con ella un billete al mayoral referido, poniéndole en el camino con algunas señas y sustento hasta el siguiente día.

No hubo visto el mayoral a Diana cuando comenzó a reírse del billete, del amigo y de ella. Llamó los demás labradores, y entre todos se compuso, al uso de su malicia, una graciosa burla. Preguntóle el mayoral que de dónde era natural, y él le dijo que del Andalucía, pero que el no venir tostado, como el hábito requería, causaba el haber estado mucho tiempo en un bosque donde sólo le daba el sol cuando quería. Finalmente, le supo decir tantas cosas y mostrar tanta alegría y brío, defendiéndose de las malicias y donaires de los villanos que, aficionado el mayoral, le recibió en su casa. Y viéndole aquella noche murmurar cantando, mientras sacaba algunos calderos de agua de un pozo para hinchir una pila en que bebiese el ganado doméstico, le preguntó si sabía tañer algún instrumento, como suelen de ordinario los pastores andaluces. Diana dijo que un laúd, con que tal vez aliviaba algunas tristezas a que era sujeta naturalmente. Admirado Lisandro, que así se llamaba el mayoral, de que un pastor tañese un instrumento tan fuera de propósito para el campo, comenzó a mirarle con diferentes ojos, y no menos cuidadosa Silveria, hija suya, que desde que entró en su casa no los había quitado de su rostro.

Paréceme que dice vuestra merced que claro estaba eso, y que, si había hija en esa casa se había de enamorar del disfrazado mozo. Yo no sé que ello haya sido verdad, pero por cumplir con la obligación del cuento, vuestra merced tenga paciencia y sepa que la dicha Silveria tendría hasta diecisiete o dieciocho años, edad que obliga a semejantes pensamientos.

Vivía no lejos un estudiante que la miraba, pasando más en estas imaginaciones el curso de las leyes que había traído de Salamanca que en los Bártulos y Baldos. Aquí envió Lisandro por un instrumento, que aunque no era laúd, supo componerle y acomodarle a su voz, como el estudiante seguirle, que aunque no entró dentro oyó muy bien desde la calle que Diana cantaba así:

*Por entre casos injustos
me han traído mis engaños,
donde son los daños daños,
y los gustos no son gustos.
Amores bien empleados,
aunque mal agradecidos,
eso tenéis de perdidos,
que es teneros por ganados.
¿Qué importan gustos pasados,
si los presentes disgustos
son mayores que los gustos,
y que el favor el desdén,
pues he perdido mi bien
por entre casos injustos?
Trajéronme posesiones
a tan justas confianzas;
y a tan extrañas mudanzas,
iguales satisfacciones;
mas como las sinrazones
anticipan desengaños
a la verdad de los años,
siento que la culpa soy,
pues al estado en que estoy
me han traído mis engaños.
Discretos sois, pensamientos,
algo tenéis de adivinos,
pues por tan varios caminos
me dijiste mis tormentos.
No daros fe mis intentos
fue trataros como a extraños,
pues no puede haber engaños
que más venzan la razón,
que pensar que no lo son
donde son los daños daños.
Entre dudas y recelos
andaban mis gustos ya,
como quien temiendo está
la tempestad de los cielos.
Cesen mi amor y mis celos;
no quiero gustos injustos,
llenos de tantos disgustos
que en siendo la fe dudosa,
anda el alma temerosa,
y los gustos no son gustos.*

Esto cantó Diana, que de todo lo que sabía, ninguna cosa era más a propósito de sus disgustos, con tal artificio, que ni por la voz se conociese que era mujer ni por quererla disfrazar se entendiese que lo disimulaba. Perdida quedó Silveria de ver añadir tal gracia a las que Diana tenía exteriores.

Paréceme que le va pareciendo a vuestra merced este discurso más libro de pastor que novela; pues cierto que he pensado que no por eso perderá el gusto el suceso, ni que puede tener cosa más agradable que su imitación.

Pasados algunos días dio Silveria en solicitar la voluntad de Diana, y en las ocasiones que se le ofrecían hacerle gusto. Hasta que una fiesta por la tarde, que se acertaron a hallar solos en un huertecillo, más de árboles que de flores, al uso de las aldeas, le comenzó a preguntar por su tierra, la causa por qué la había dejado y si habían sido amores, dándole la disculpa en la edad y abonando su error, porque comenzaba a dársela del que pensaba proponerle. A todas estas cosas respondía Diana con mucha discreción y prudencia, fingiendo que el haberse casado su padre la había desterrado de su casa, encareciendo la áspera condición de su madrastra. Vino gente y dividióse la conversación con gran sentimiento de Silveria, que de allí adelante con más declarados ojos la miraba.

Murmuraban los labradores el encogimiento de Diana; y ella, por no ser entendida, dio en hacer del galán con las villanas que venían a visitar a su ama. Y como por ser casa grande y de mucha gente de servicio luego se inventasen bailes, Diana dio en salir a ellos y despejarse, con que no desagradaba las labradoras, mayormente una hermana del estudiante referido, que era bachillera y hermosa, y picaba en leer libros de caballerías y amores; pero desagradaba a Silveria que, abrasada de celos, le comenzó a decir una tarde con algunas lágrimas que cómo había sido tan desdichada, que no había negociado su inclinación como las demás labradoras, y que supiese que no era justo que, ya que no la quisiese, por ser ella más desdichada, la matase de celos con su vecina.

Sintió tanto Diana el ver apasionada a su señora, que mil veces estuvo determinada de decirle que era mujer como ella; pero temiendo que se había de descubrir quién era, de que le había de resultar tanto daño, mostrose agradecida y asegúrole los celos con decir que se atrevía a las otras y a ella no por el debido respeto de ser su dueño, mas que de allí adelante se enmendaría en todo, de cuyas esperanzas quedó Silveria contenta y engañada. Tomole la mano y, aunque Diana la resistía, se la besó dos veces, templando con su nieve el fuego del corazón, si lo que aumentaba los dos se puede llamar templanza.

Ya el amor de Silveria se comenzaba a echar de ver en casa, que amor, dinero y cuidado dicen que es imposible disimularse: el amor, porque habla con los ojos; el dinero, porque sale al lucimiento de su dueño, y el cuidado, porque se escribe en el semblante del rostro. Diana, temerosa, andaba buscando ocasión para despedirse, y era tanto el amor que todos la tenían, que estimaba en más el no ser ingrata que el peligro de su vida.

Pero sucedió a sus fortunas mejor de lo que esperaba y de lo que solía, tan hecha estaba a que le fuese adversa. Pues andando el duque de Béjar a caza por su tierra, vino a ser huésped una noche en casa del mayoral de sus ganados, que por su mayordomo conocía, y porque el viejo le solía llevar algunos presentes, de que el Duque se tenía por bien servido, que suele agrandar a los príncipes la hacienda de los campos más que la riqueza y abundancia de sus palacios. Deseando el mayoral entretenerle, claro está que había de llamar a Diana, y ella parecerle bien al Duque y asimismo mandarle que cantase. Aquí fue menester que el estudiante trajese su instrumento de mala gana, porque de celos de Diana y Silveria perdía el juicio; ella le acomodó las cuerdas a su voz y, escuchando todos, cantó así:

*Selvas y bosques de amor
en cuyos olmos y fresnos
aún viven dulces memorias*

*del pastor antiguo vuestro;
por lo que os tengo obligados,
os pido que estéis atentos
a mis quejas, y veréis
cuán dulcemente me quejo.
Oíd de vuestro pastor,
en este nuevo instrumento,
más lágrimas que razones
y más suspiros que versos.
Sabed que vengo perdido.
¿Perdido os he dicho? Miento,
que ninguno se ha ganado
tan bien como yo me pierdo.
Ganado vengo y perdido,
que por tan alto sujeto
gano, perdiendo la vida,
la gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
yo vengo muerto y contento:
muerto de amor de unos ojos,
contento de verme en ellos.
Las señas quiero deciros,
pero temo los ajenos,
que aun no me atrevo a mirarlos²,
aunque adorarlos me atrevo.
Quererlos me cuesta el alma,
y con vivir, si los veo,
para mirarlos mil veces
me ha faltado atrevimiento.
Si os digo que negros son,
yo os juro que digan luego:
«los ojos son de Jacinta,
si este se pierde por ellos».
«Pero», diréis, «en el valle,
¿no hay más de unos ojos negros?»;
muchos hay, pero en ningunos
puso tanta gracia el cielo.
Creedme, selvas, a mí,
que de buen gusto me precio,
que si no fueran tan vivos,
no estuviera yo tan muerto.
Árboles, no soy yo solo
quien de esta suerte los quiero,
que jamás miraron vida
que no se fuese tras ellos.
Quien se burlare de mí,
yo le remito a su fuego,
porque para tanto sol
no valen montes de hielo.
Alma de nieve tenía*

*antes que llegase a verlos,
y ya deshecha en sus rayos,
si ellos dicen que la tengo.
No han sido conmigo ingratos:
piadosamente me dieron
ocasión para perderme;
mi daño les agradezco.
El mal que tengo es saber
que no merezco quererlos,
si bien es, selvas, verdad
que su hermosura merezco.
Y he llegado a tal estado,
entre esperanzas y miedos,
que con saber que me matan,
no puedo vivir sin ellos.
Ausente estoy animoso,
y en llegando a verlos tiemblo,
siendo el primero en el mundo
que tiembla con tanto fuego.
Cosas que se tratan mucho
suelen estimarse en menos;
y yo, mientras más los trato,
más los estimo y respeto.
En los campos de mi aldea
les digo tantos requiebros,
que he visto parar las aguas,
callar las aves y el viento.
Y en llegando a ver sus ojos,
quedar más mudo y suspenso
que a media noche las fuentes
en las prisiones del hielo.
A tanto amor he llegado,
que muchas veces que tengo
tiempo de gozar sus luces,
pierdo temeroso el tiempo.
Cuando menos los amaba,
era más mi atrevimiento;
ahora que más los amo,
es mi atrevimiento menos.
Mas os juro, verdes selvas,
que quiero yo más por ellos
estas penas que las glorias
de cuantos el cielo ha hecho.
Verdad es que entre las mías
celos me quitan el seso,
porque no hay renta de amor
sin pagar pensión de celos.
No sólo de los pastores,
que la miran cerca o lejos,
mas de cuantas cosas mira,*

*de celos me abraso y muero.
De mí mismo alguna vez
me ha acontecido tenerlos,
porque pienso que soy otro,
si la agradan mis deseos.
Cuando sale de su aldea
la voy mirando y siguiendo,
que lleva en sus pies mis ojos
y el alma en sus pensamientos.
Con estas celosas ansias
la sigo rogando al cielo
que cuantos pastores vea
sean robustos y feos.
Mil veces he codiciado
hacer pedazos su espejo,
porque hace dos Jacintas
y guardar una no puedo.
Selvas, lastimaos de mí;
mas no lo hagáis, que os prometo
que en sólo verla me paga
cuanto por ella padezco.*

Notablemente se agradó el Duque de la persona de Diana, pero mucho más después que vio la gracia, la destreza y la dulce voz con que había cantado los referidos versos. Preguntóle todo lo que en esta ocasión se puede imaginar de un señor, que los señores preguntan mucho, y es la causa que de las cosas que pasan entre la gente humilde saben poco. En razón de su patria y padres, que fue en lo que hacía más fuerza, le dijo que la había criado en Sevilla un hombre a quien llamaba padre, y que de dos a dos meses venía a su casa un hombre que le daba dineros y cartas y le encargaba su regalo, de que había tenido sospecha que su padre debía de ser otro más noble y que vivía lejos de Sevilla. Y así, un día, habiéndole hallado de buen humor, le había dicho que le dijese de quién era hijo, pues ya él sabía que no era suyo; pero que ni en aquella ocasión ni en muchas pudo obligarle con grandes servicios y encarecimientos a que se lo dijese, si bien le traía en palabras de un día en otro, jurándole que sin licencia de aquella persona era imposible. Y que en medio de estas esperanzas se le había muerto de mal, que cuando quiso decírselo no pudo. Y que quedando desamparado, no supo aplicarse a ningún oficio, por más que había deseado intentarlo; y que así, había querido elegir el de pastor y hombre del campo, más por vivir en soledad, hallándose tan triste y sin saber quién era, que no porque entendiese que aquel camino podía en ningún tiempo mejorar su fortuna.

-En eso te engañaste -le respondió el Duque-, porque yo te quiero llevar conmigo y estimarte en lo que mereces; que es gran violencia de tus estrellas que con tantas gracias vivas entre gente tan humilde, porque es ingratitud al cielo o emplearlas mal o encubrirlas.

Besó Diana las manos al Duque con las cortesías y ceremonias que había aprendido en mejores paños, y aceptó la merced que le hacía con humildes y discretas razones, que por instantes iban hallando mayor gracia en los ojos de aquel gran señor que, haciéndola acomodar de lo necesario, la llevó consigo. El disgusto de Silveria no halló con qué poder compararle, sino es, a contrario sentido, con el gusto del estudiante celoso, que de ver que se iba Diana estaba con tanto gusto como Silveria y su hermana tuvieron pena, celebrando con lágrimas su partida.

¿Quién duda, señora Leonarda, que tendrá vuestra merced deseo de saber qué se hizo nuestro Celio, que ha muchos tiempos que se embarcó para las Indias, pareciéndole que se

ha descuidado la novela? Pues sepa vuestra merced que muchas veces hace esto mismo Heliodoro con Teágenes, y otras con Clariquea, para mayor gusto del que escucha, en la suspensión de lo que espera. A Celio sucedió tan mal en su viaje que, con una tormenta deshecha, no siendo parte la industria de los marineros, rompiendo cables y amarras y todas las demás jarcias del navío, estuvo a pique de perder la vida en el rigor inexorable de las ondas. Entre la confusión de las voces del «amaina», el «iza», «vira», «zaborda», el acudir por diversas partes a la faena, desatinado el viento y descompuesto el orden de la navegación, Celio, más que el navío, desordenadas las jarcias de los sentidos, sólo atendiendo a perder a Diana, a quien él imaginaba sol del mundo Antártico, decía, casi en imitación de Marcial, un poeta latino por quien a vuestra merced le está mejor no saber su lengua:

*Ondas, dejadme pasar
y matadme cuando vuelva.
Y lo imitó el divino Garcilaso:
Ondas, pues, no se excusa que yo muera,
dejadme allá pasar y a la tornada
vuestro furor ejecutá en mi vida.*

Y aquí, de paso advierta vuestra merced que a muchos ignorantes que piensan que saben, espanta que con tales vocablos se dé a Garcilaso nombre de príncipe de los poetas en España. «Tornada», y otros vocablos que se ven en sus obras, era lo que se usaba entonces; y así, ninguno de esta edad debe bachillerear tanto que le parezca que si Garcilaso naciera en esta no usara gallardamente de los aumentos de nuestra lengua. Pero a vuestra merced ¿qué le va ni le vi ene en que hablen como quisieren de Garcilaso? Así decía una canción que cantaban un día los músicos de un señor grande:

*Las obras de Boscán y Gracilazo
se venden por dos reales,
y no las haréis tales,
aunque os preciéis de aquello del Parnaso.*

Atrévome a vuestra merced con lo que se me viene a la pluma, porque sé que, como no ha estudiado retórica, no sabrá cuánto en ella se reprehenden las digresiones largas.

Llegó Celio derrotado con su nave, después de tan larga tormenta, a una isla en las partes de África, donde algunos navíos suelen hacer agua, aunque es menester salir por ella mucha gente con buenas armas y no menos cuidado, porque la guardaban moros, por los daños que les solían hacer las galeras y navíos de España. La de Celio venía tan maltratada de la tormenta, que no pudiendo pasar adelante se determinaron a aderezarla. Salieron en tierra los pasajeros y el patrón, y no de mala gana, que al hombre siempre le fue madre la tierra y madrastra el agua. Comieron sobre unas yerbas que les servían de manteles, y en el fin de la más descansada comida que había tenido el viaje, porque tenía la mesa más firme, el patrón, conociendo la tristeza de Celio, le rogó que le dijese la causa. Él, movido de su piadoso ánimo, le contó quién era, lo que le había sucedido y lo que buscaba, a la traza que suelen ser las narraciones de las comedias, que hay poeta cómico que se lleva de un aliento tres pliegos de un romance.

-En esa tierra -dijo el patrón-, tengo yo un tío, cuya es la mayor parte de la hacienda que llevo en este navío donde, una noche que yo venía de darle cuenta de las ganancias de la flota pasada, viniendo ya despedido, con orden de lo que había de hacer, casi al filo de la media noche, por una calle arriba, me llamó desde un balcón una dama y me preguntó si era hora, a quien yo respondí que cualquiera era buena; y entonces me dio un cofrecillo lleno de joyas y dineros diciéndome que aguardase a la puerta. No sé qué condición pudo

moverme a cosa tan mal hecha, que tomando a toda furia la calle, no quise aguardar el suceso, porque hay fábulas que hasta la segunda jornada llegan felizmente y a la tercera se pierden. Empeñé las joyas en Sevilla para cosas que me fueron necesarias, con determinación que, si Dios me volvía con bien del comenzado viaje, volvería las joyas a su dueña.

-Pero si por la relación -añadió el piloto-, que me habéis dado conocéis esta dama, este diamante es suyo; mirad si le conocéis.

Celio, conociendo que con el primer papel se le había dado a Diana, atravesada la garganta de un fuerte nudo, apenas pudo ni supo responderle; y más cuando añadió el piloto que si en Sevilla se lo hubiera dicho, no tenía para qué buscar a Diana, porque él sabía infaliblemente que no iba en la armada. Celio, satisfecho y muerto, le dijo que aquel anillo era la primera cosa que había dado a Diana, y que las joyas no tenía que tratar de volverlas, porque la dama era de calidad y le podría costar la vida, por haber sido hurto; que lo callase y gozase, dándole sólo el anillo, que él no quería otra cosa para consolarse. Pero por diligencias que hizo Celio, por ruegos, por amenazas, jamás pudo acabar con aquel bárbaro que le diese el anillo.

Las palabras suelen ser más dueños de las pendencias que los agravios; de unas en otras vinieron Celio y el patrón a descomponerse, porque el mayor contrario del amor no es la ausencia, los celos, el olvido, el interés, ni la inconstancia de la condición, sino la porfía. Llegó, pues, a tanto extremo que Celio con la daga le dio dos puñaladas de que quedó muerto. La gente de la nave acudió al alboroto, y aunque él desesperadamente intentó defenderse, le prendieron y llevaron al navío que, calafateado y puesto a punto, partió con buen viento y con Celio atado a una cadena, en el lastre, a Cartagena de las Indias, habiendo hecho el escribano del navío una pequeña información a causa de no negar Celio la muerte del piloto, porque decía llanamente que él le había muerto por ladrón de su hacienda, de su vida y de su honra. Depositáronle, finalmente, en la cárcel, porque en la tierra no había gobernador, y estaba, como tan nuevamente conquistada, llena de alborotos y robos, inobediente por remota y varia por ambiciosa; y como dijo el mayor Plinio: «Ningún gobierno es más aborrecido que aquel que más conviene al pueblo».

Servía en estos medios Diana al Duque, a quien por el cuidado de su ropa, limpieza y aseo de sus vestidos, hizo en breve tiempo su camarero, porque en todo tenía buen gusto y le ayudaba el deseo, que nadie sirve bien si no desea agradar a quien sirve.

Determinose el Rey Católico en la conquista del reino de Granada, y envió a llamar los grandes de los cuales no fue el postrero el Duque, pues apenas había recibido la carta, cuando nombró los criados que habían de acompañarle y los vistió y adornó de ricas libreas. No tuvo Diana en sus trabajos otro día de contento, porque imaginó que si Celio la buscaba, en ningún lugar la podía hallar como en la corte; y a todos les dio tan grande, que le daban el parabién de verla alegre, porque la amaban y respetaban todos, porque a todos con mucha discreción llevaba sus condiciones; cosa tan necesaria en palacio que el que pensare lograr la suya sin sufrir y acomodar la de los otros, ni podrá conservar la gracia del señor, ni dejará de perder sus pretensiones por envidia.

En este viaje se acreditó mucho Diana, y le mostró mayor amor el Duque, que los caminos y las cárceles hacen notables amistades y descubren más los entendimientos. Estaban un día haciendo hora para caminar, y mandó el Duque a Diana que le cantase alguna de las «Selvas» que solía. Ella, con graciosa obediencia, comenzó la segunda, diciendo así:

*Verdes selvas amorosas,
oíd otra vez mis quejas,
que en fe de que fuisteis mudas,
os quiero contar mis penas.*

*Pues hallo mi compañía
en las soledades vuestras,
no os canse ahora el oírlas,
pues descanso en padecerlas.
Si os pareciere importuno,
sabed, amorosas selvas,
que ha dado el cielo a los males
para quejarse licencia.
Si cuando os conté mis dichas
os alegrasteis con ellas,
haced oficio de amigo
y acompañad mis tristezas.
Aquella aldeana hermosa,
cuya divina belleza
para criar vuestras flores
trajo al sol en dos estrellas;
la que bajaba a matar
fieras por vuestra aspereza,
y mentía, que eran almas
las que ella llamaba fieras;
por celos de una pastora,
selvas, que miraba apenas,
tan fea y tan enfadosa
como si no fuera necia,
se fue del aldea airada,
sólo porque fuese aldea,
porque fue con ella corte,
porque fue cielo con ella.
¿Cómo os diré mi dolor,
si no sabéis qué es ausencia?
mas sí sabéis, pues tres meses
aguardáis la primavera.
Otros tantos ha que vive
de esa parte de la sierra,
que quiso pasar sus nieves
por dejar su fuego en ellas.
Hay pastores donde está,
de quien es justo que tema,
no sé si con menos alma,
mas sé que con más riqueza.
Ya sabéis, selvas, sus partes.
¿quién habrá que no la quiera?
¿quién habrá que no me mate?
¿quién habrá que no me ofenda?
Todos pienso que la miran
y que todos la desean;
pues ¿cómo estaré seguro,
cuando por celos me deja?
Con esto muriendo vivo,
porque mis desdichas piensan*

*que alguno será dichoso
para que yo no lo sea.
Escribible mis enojos
y que no quiero quererla:
¡qué necias tretas de amor,
si estoy muriendo por ella!
Porfío por ver si escribe
alguna palabra tierna,
de donde tome ocasión
para rogarle que vuelva.
Mas como mi loco amor
la tiene tan satisfecha,
sabiendo que he de rogarla,
responde que allá se queda.
Que sus papeles la envíe,
porque no quiere que tenga
por donde, pasado el plazo,
pueda pedirle la deuda.
Con esto, celoso y triste,
fuíme a la sierra por verla,
fiándome de la noche
por encubrir mi flaqueza.
Y viéndola en su cabaña,
más que otras veces compuesta,
rogáronme mis desdichas
que creyese sus sospechas.
Selvas, quien ama y se viste
con celos y con ausencia,
no digo que tiene amor,
que amor es todo tristeza.
Pareciome más hermosa,
que los enojos aumentan
la hermosura, porque en fin
ya parece que es ajena.
Volvime y juré vengarme;
mas en estas diferencias,
así me quisiera hablar
como mil almas le diera.*

Caminaban todos entretenidos con el donaire y gracia de Diana, que le tenía para todas las cosas; mayormente el Duque, que ya llevaba cuidado de hacerle merced, y se la hubiera hecho si la hubiera visto inclinada a casarse, porque algunas veces lo habían tratado él y la Duquesa, con una criada de su cámara, que era toda su privanza y gusto, de que Diana se guardaba todo lo posible, porque era imposible.

Aposentose el Duque en la corte con la grandeza que a tal príncipe convenía. Iba y venía a palacio, llevando siempre en su coche a Diana, que se convertía en los ojos de Argos para ver si por aquellas calles o en los patios y corredores del alcázar parecía Celio, que con fuertes prisiones estaba en Cartagena de las Indias.

El Rey se ponía muchas veces en un balcón, que sobre la puerta del palacio hacía una hermosa vista, para ver desde los cristales de los marcos entrar los grandes. Quiso la fortuna de Diana, que ya se cansaba de tantos accidentes, que sobre pasar los coches o

llegar a la puerta se descomidiese un criado con el Duque; y como los que le acompañaban se embarazasen³, como cortesanos nuevos, Diana, que por donaire solía tomar las espadas negras, con que se entretenían Otavio, su hermano y Celio, con las doncellas de su casa, quitando airosamente el estribo, antes que se afirmasen le dio una gentil cuchillada. La confusión fue grande; el Duque interpuso su autoridad y metió consigo a su camarero hasta la puerta del retrete; habló el Rey al Duque, y como se riese hablándole, el Duque le preguntó que de qué se reía Su Alteza, y él le dijo:

-Del buen aire de aquel gentilhombre vuestro, que dio aquella cuchillada al que se os descomidió tan descortés y atrevido.

El Duque, viendo que el Rey no estaba enojado, le alabó y encareció las partes, gracias y virtudes de Diana, de suerte que quiso verla, y entró y le besó la mano. El buen talle de Diana, la gala, la discreción y el despejo obligaron al Rey a pedirle al Duque, y él dijo que, aunque era todo su regalo, desde que le había recibido tenía este pensamiento de ofrecérselo.

Contenta estará vuestra merced, señora Leonarda, de la mejoría de nuestro cuento, pues ya queda Diana en servicio del Rey Católico, y en pocos días tan privado, que en mil cosas que se le ofrecían holgaba de su parecer y, de lance en lance, ya tenía los papeles de más calidad e importancia. Pues prometo a vuestra merced que no lo estaba la pobre dama, porque tenía el alma en dos Celios, y ausentes entrambos, uno en las Indias y otro en tierra de Plasencia: aquel su esposo y este su hijo. Creció tanto el amor del Rey con las gracias y servicios de Diana que, antes que saliese de la corte el Duque, ya le había pagado lo que por ella había hecho, y Su Alteza le había dado, a ruego suyo, la encomienda mayor de Alcántara, y para su hermano segundo seis mil ducados de renta.

La gracia de la voz de Diana no se había encubierto en palacio, pero ya con el nuevo estado y oficio estaba en silencio; error del mundo que, en llegando los estados a la autoridad, pierdan calidad por las gracias, y que si a un hombre le dio el cielo gracia de cantar, tañer o hacer versos, queda inhábil para otros oficios, y se murmura de estas virtudes como si fuesen fealdades. Alejandro tañía y cantaba, Otaviano hacía versos y no por eso dejaron el uno de tener en paz el mundo y el otro de conquistarle. Servía un hijo de un gran señor una dama, y ella deseaba con extremo oír cantar a Diana, cuya persona y entendimiento no debían de desagradarle. Pidió con grande encarecimiento al amante referido que le pidiese que la cantase una noche. Diana, por no disgustarle y creyendo que no importaría que se supiese, cerca de la una de la noche, en el terrero, cantó así:

*Selvas, en mi vida tuve
 más ocasión de hacer versos,
 más causa para ser altos,
 más amor para ser tiernos.
 Hoy sabréis el mal que tuve
 y veréis el bien que tengo,
 porque viene a ser mi voz
 alma de vuestro silencio.
 No he querido en el aldea,
 selvas, hablar, porque temo
 los secretarios de cifra
 de pensamientos ajenos.
 Hállome bien en vosotras,
 porque si algún arroyuelo
 murmura de lo que digo,
 al fin corre y pasa presto.
 En los palacios de Circe*

*estuvo mi entendimiento
cautivo sin hermosura,
y agradecido sin premio.
En esta transformación
no pude ver sus defectos:
¡mal haya amor que, pasado,
es todo arrepentimiento!
Pero ya, selvas amigas,
soy por mi bien de otro dueño,
tan hermoso que parece
de imaginaciones hecho.
Verdes y pintados son
sus ojos; mirad, os ruego;
si esto se llama pintado,
¿qué será lo verdadero?
Cuando los miro me admiro,
y que es milagro sospecho
que siendo soles pintados,
despidan rayos de fuego.
En ellos viven dos niñas,
no como los ojos bellos
pintadas, sino pintoras,
pues me retratan en ellos.
Este cielo de sus ojos
permite a dos arcos negros
por amistad hermosura,
que no es poco junto a ellos.
Naturaleza y la diosa
que vuestros prados amenos
visten por abril y mayo,
en su boca compitieron.
Y aunque os dio la primavera
la rosa en honra de Venus,
perdió con la de sus labios
donde yo también me pierdo.
De dos corales la hizo;
mas las perlas que vi dentro
su misma risa las diga,
que yo turbado no acierto.
Sus manos son de marfil,
y flechas de amor sus dedos,
porque a ser de nieve el sol
hubiera rayos de hielo.
Lo demás, aunque es lo más,
no lo digo, porque pienso
que me tendréis por dichoso
y estaré cerca de necio.
Pero imaginad el alma
que anima su hermoso cuerpo,
y veréis por un cristal*

*la luz de su entendimiento.
Tres dicen que son las Gracias,
los que las tuyas no vieron,
porque las hicieran más,
o fueran las otras menos.
De esta belleza que digo,
seis años anduve huyendo,
pero en un hora de amor
le pago cuanto le debo.
Aquí vivo de mirarla
y como sin verla muero,
siempre digo que me voy,
imaginando que vuelvo.
Estoy contento y celoso:
¿quién vio celoso contento?
mas téngolos de mi dicha,
sin darme ocasión de celos.
¡Ay de mí, si alguna vez
fuese verdad lo que temo!
pero no quiero pensarlo,
por no morir de temerlo.*

Esta fue la desdicha o la dicha de Diana, que habiéndola oído algún celoso que no estaba en desgracia del Rey, y lo estaba de esta dama, se lo dijo y afeó notablemente. Él, que lo había oído y disimulado, comenzó a dar orden solicitado de muchos a quien era odiosa su privanza, como cosa sin fundamento de sangre y dignos servicios de paz y guerra. Habiendo sabido que en las Indias había tantos alborotos, y conociendo que a Diana, que siempre se llamó Celio, comenzaba a emprender la envidia, porque no viniese a caer por sus calumnias en su desgracia, le nombró por gobernador y capitán general de todo lo nuevamente conquistado, y para castigar los culpados en la muerte del que lo había sido, de que cada día venían a España quejas y procesos.

No pudo Diana dejar de aceptar el cargo; y besando la mano al Rey, con sus despachos y la gente necesaria, partió de Valladolid a Sevilla donde estaba la armada y se hacía la gente que había de pasar con ella, que a la fama de la inmensa riqueza que aquella tierra producía, era infinita. Pasó por Toledo, su patria; y como allí la novedad moviese las damas y caballeros, salieron todos a ver el nuevo Virrey, cuyo talle y entendimiento en todas las ciudades de Castilla tenía fama. Salió su hermano Otavio, y como ella le viese entre los otros, cubriéndosele el rostro de lágrimas, cerró las cortinas del coche y, echándose en las almohadas, pensó rendir el alma. No quiso parar en Toledo y cuando estaba lejos de ser vista, haciendo descubrir el coche, miraba la ciudad con entrañables suspiros.

Desde Sevilla comenzó la fortuna de Diana a mejorar de intento, y la de la mar le puso con tiempo próspero en la tierra deseada, con grande aplauso de los españoles e indios que, viendo de la suerte que se hacía respetar y temer, lo que castigaba y premiaba, la limpieza de sus manos y la entereza de su justicia, así por esto como porque le imaginaban tan mozo y tan casto, le llamaban el Sol de España. A muchos enviaba a ella con los procesos y averiguaciones, y a muchos hacía dar garrote en secreto y sepultura en el mar, si allí le había.

Llegó últimamente a Cartagena y, visitando los presos, vio a Celio que, aunque estaba flaco y descolorido, le conoció luego, que como amor está en la sangre, vase presto al corazón y da aviso al alma. La alegría de Diana compitió con la disimulación y estuvo

cerca de vencerla. Informose de la causa y quisiera librarle, pero dos hermanos del muerto, el uno mercader rico y el otro capitán belicoso, y que hasta entonces le habían guardado en la cárcel y perseguido, daban voces y pedían justicia de suerte que no le fue posible a Diana ponerle en libertad.

Hizo salir de la sala a todos y quiso saber de su boca todo el suceso dándole palabra de caballero, si le decía la verdad, de ayudarle cuanto le fuese posible. Creyendo Celio que el Virrey se le había aficionado, y creyendo la verdad, aunque no la entendía, contola por extenso toda su historia, desde los amores de Toledo, la ausencia de Diana, lo que él había padecido por buscarla y cómo el hombre que había muerto era el que le había hurtado sus joyas, que por no le querer restituir el diamante, y ser la primera prenda de su amor, vino en tanta desesperación y renovado sus desdichas. Diana miraba a Celio y volvía las lágrimas desde los ojos al corazón, llorando sobre él lo que fuera en el rostro a estar más sola. Hizo retirar a Celio, y de secreto a su mayordomo que, con notable cuidado le regalase; y le hablaba todos los días, haciéndole siempre referir su historia, de que Celio se admiraba, viendo que no quería que le tratase de otra cosa.

Acabadas todas las que tenía que hacer en aquella tierra, hechos los castigos y dado a los leales los merecidos premios, como el Rey le mandaba por sus provisiones y despachos, viendo que no había sido posible aplacar con ruegos ni dineros la rigurosa parte del piloto difunto, le embarcó en su capitana y a título de preso llevó consigo, comiendo y jugando con él todo el viaje.

Halló Diana al Rey Católico en Sevilla; fue a besarle la mano con grande acompañamiento, y no sin Celio, que allá le llevó también con la disculpa de algunas guardas.

Pienso, y no debo de engañarme, que vuestra merced me tendrá por desalentado escritor de novelas, viendo que tanto tiempo he pintado a Diana sin descubrirse a Celio después de tantos trabajos y desdichas; pero suplico a vuestra merced me diga, si Diana se declarara y amor ciego se atreviera a los brazos, ¿cómo llegara este gobernador a Sevilla? Pues no ha faltado también quien me ha dicho que, hablándose los dos a solas, los murmuraron y dieron cuenta al Rey, donde le fue forzoso a Diana declararse y ellos quedar corridos. Lo cierto es que, entre las mercedes que pidió a Su Majestad por los servicios de la India y su pacificación, fue el perdón de Celio, y luego que le hiciese cumplir la palabra que le había dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados y Celio, conociendo que el gobernador era su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le había costado.

Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes las fiestas que se hicieron a sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron luego personas de confianza. Trájole la pastora en hábito de grosero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros.

El contento de estos amantes, cuando descansaron en los brazos de tantas fortunas, vuestra merced, con su grande entendimiento, le figure, pues ya su imaginación se habrá adelantado a exagerársele. Que yo me parto a Toledo a pedir albricias a Lisena y Otavio de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

La desdicha por la honra

Pienso que me ha de suceder con vuestra merced lo que suele a los que prestan, que pidiendo poco y volviéndolo luego, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandome vuestra merced escribir una novela: envíele Las fortunas de Diana. Volviome tales agradecimientos, que luego presumí que quería engañarme en mayor cantidad, y hame salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro de ellas, como si yo pudiese medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que vuestra merced no ha de pagarme; y en esta desconfianza y fuerza que hago a mi inclinación, que halla mayor deleite en mayores estudios, aparece como la luz que guiaba a Leandro, la llama resplandeciente de mi sacrificio, así opuesta al imposible como a las objeciones de tantos; a que está respondido con que es muy propio a los mayores años referir ejemplos, y de las cosas que han visto contar algunas -verdad que se hallará en Homero, griego, y en Virgilio, latino, bastantes a mi crédito, por ser los príncipes de las dos mejores lenguas, que de la santa no se pudieran traer pocos, si mi propósito fuera disculparme.

Confieso a vuestra merced ingenuamente que hallo nueva la lengua de tiempos a esta parte, que no me atrevo a decir aumentada ni enriquecida; y tan embarazado con no saberla que, por no caer en la vergüenza de decir que no la sé para aprenderla, creo que me ha de suceder lo que a un labrador de muchos años, a quien dijo el cura de su lugar que no le absolvería una cuaresma porque se le había olvidado el credo, si no se le traía de memoria. El viejo, que entre los rústicos hábitos tenía por huésped desde el principio de su vida una generosa vergüenza, valiose de la industria por no decir a nadie que se le enseñase, que a la cuenta tampoco sabía leerle. Vivía un maestro de niños dos casas más arriba de la suya; sentábase a la puerta mañana y tarde, y al salir de la escuela decía con una moneda en las manos: «Niños, esta tiene quien mejor dijere el credo». Recitábale cada uno de por sí, y él le oía tantas veces que, ganando opinión de buen cristiano, salió con aprender lo que no sabía.

Paréceme que vuestra merced se promete con esta prevención la bajeza del estilo y la copia de cosas fuera de propósito que le esperan; pues hágala a su paciencia desde ahora, que en este género de escritura ha de haber una oficina de cuanto se viniere a la pluma, sin disgusto de los oídos aunque lo sea de los preceptos. Porque ya de cosas altas, ya de humildes, ya de episodios y paréntesis, ya de historias, ya de fábulas, ya de reprehensiones y ejemplos, ya de versos y lugares de autores, pienso valerme para que ni sea tan grave el estilo que canse a los que no saben, ni tan desnudo de algún arte que le remitan al polvo los que entienden.

Demás que yo he pensado que tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte; y esto, aunque va dicho al descuido, fue opinión de Aristóteles.

Y por si vuestra merced no supiere quién es este hombre, desde hoy quede advertida de que no supo latín, porque habló en la lengua que le enseñaron sus padres, y pienso que era en Grecia. Con este advertimiento, que a manera de proemio introduce la primera fábula, verá vuestra merced el valor de un hombre de nuestra patria, tan necio por su honra que, si lo fuera el fin como el principio, la lástima le cubriera de olvido y la pluma de silencio.

En una villa insigne del arzobispado de Toledo, con todas sus circunstancias de grave, hasta tener voto en Cortes, se crio un mancebo de gentil disposición y talle, y no menos virtuosas costumbres y entendimiento. Enviáronle sus padres en sus tiernos años a estudiar a la famosa academia que fundó el valeroso conquistador de Orán, fray Francisco Jiménez

de Cisneros, cardenal de España, persona que peleaba y escribía, era severo y humilde, y que dejó de sí tantas memorias, que aun siendo este lugar tan ínfimo, no se pasó sin ella.

Habiendo oído Felisardo (que así se ha de llamar este mancebo y, como si dijésemos, «el héroe» de la novela), algunos años la facultad de cánones, mudó intento por algunos respetos; y viniendo a la corte de Felipe III, llamado el Bueno, aplicose a servir en la casa de un grande de los más conocidos de estos reinos, así por su ilustrísima sangre como por la autoridad de su persona. Era la de Felisardo tan buena, sus partes y costumbres tan amables, -porque, después de ser muy valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua- que se llevó los ojos de este príncipe y las voluntades de los amigos que le trataban, de los cuales tuvo muchos, y yo participé de su conversación y compañía algunas horas.

Mal he hecho en confesar que escribo historia de tiempos presentes, que dicen que es peligro notable, porque en habiendo quien conozca alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado por buena intención que tenga. Pues no hay ninguno que no quiera ser por nacimiento godo; por entendimiento, Platón, y por valentía, el conde Fernán González. De suerte que, habiendo yo escrito El asalto de Matrique, dio el autor que representaba esta comedia el papel de un alférez a un representante de ruin persona; y saliendo yo de oírla, me apartó un hidalgo y dijo muy descolorido que no había sido buen término dar aquel papel a hombre de malas facciones, y que parecía cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil hombre; que se mudase el papel, o que me esperaría en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido don Diego Ordóñez y, dando el papel a otro, le dije que hiciese muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente. Aquí no correrá este peligro con Felisardo, porque irá su desdicha a solas, sin comprender participantes cuando la historia fuera sangrienta.

Finalmente, señora Marcia, deseos de aumentar honor y ver la hermosa Italia llevaron este mancebo a uno de los reinos que Su Majestad tiene en ella, en servicio de un príncipe que había de gobernarle, como lo hizo felicísimamente. En habiendo este señor comunicado a Felisardo, puso en él los ojos, honrándole y favoreciéndole sin envidia de los demás criados, que parece imposible; y yo no hallo en el servir, con ser vida tan miserable, cosa tan áspera como este infalible aforismo: «Si el señor os ama, los criados os aborrecen». De que se sigue lo contrario, pues para que ellos os quieran el señor os ha de tener en poco. Mas la virtud de Felisardo, lo apacible comunicado, lo deseoso de hacer a todos gusto, y el hablar bien al dueño en su ausencia y solicitar que se le hiciese a todos, venció con novedad de suceso la bárbara naturaleza del servicio.

Gastaba algunos ratos Felisardo en escribir versos a una señora de aquella ciudad, no menos hermosa que discreta, a quien se había inclinado; y ella, por su gentil disposición admitía en los ojos las veces que con los suyos solicitaba este favor desde la calle.

No le será difícil a vuestra merced creer que era poeta este mancebo, en este fertilísimo siglo de este género de legumbres, que ya dicen que los pronósticos y almanaques ponen entre garbanzos, lentejas, cebada, trigo y espárragos: «Habrán tales y tales poetas». Dejemos de disputar si era culto, si puede o no puede sufrir esta gramática nuestra lengua, que ni vuestra merced es de las que madrugan las cuaresmas al sermón discreto, ni yo de los que se rinden en esta materia por parecerlo, juzgando lo que desean entender por entendido, y remitiendo al que lo escribió la inteligencia y la defensa.

Pienso que está vuestra merced diciendo: «Si queréis decirme algún soneto en cabeza de este hombre, ¿para qué me quebráis la mía?». Pues vaya de soneto:

*Quien se pudo alabar después de veros,
si puede ser que se libró de amaros,
ni mereció quereros ni miraros,*

*pues que pudo miraros sin quereros.
Yo, que lo merecí sin mereceros,
mil almas cuando os vi quisiera daros,
si lo que me ha costado el deseáros
a cuenta recibís del ofenderos.
Mándame amor que espere, y yo le creo,
por lo que dicen que esperando alcanza,
aunque tan alta la esperanza veo.
Pero si os ha ofendido mi esperanza,
dejadle la venganza a mi deseo,
y no queráis de mí mayor venganza.*

Con una criada tuvo lugar Felisardo de enviar este soneto a la señora Silvia, dama verdaderamente en quien concurrían todas las partes que hacen una mujer perfecta en sus primeros años. Apetecía este mancebo en ella lo que no tenía, porque Silvia era rubia y blanca, y él no del todo moreno y barbinegro, pero de suerte que parecía español desde el principio de una calle.

Con esta gala de escribir en verso, licencia que no se niega y libertad con que se dice más de lo que se siente, continuaba Felisardo su voluntad y Silvia le correspondía, disimulando por su calidad lo que no hubiera hecho sin ella; así la tenían obligada los servicios personales de este mancebo y las fuerzas de amanecer en su calle, que ya ella, aunque con algún recato, se levantaba a verle.

Por no impedir el curso de este amor hemos llegado aquí sin tomar en la boca a Alejandro, caballero insigne de esta ciudad que voy encubriendo, y notablemente rendido a la hermosura de esta dama. Parecíale al referido que, pues Silvia no le amaba, no habría en el mundo quien la mereciese; con que llegó el descuido a no reparar en Felisardo hasta que le halló más veces que él quisiera asida la mano a una reja baja de su casa, y le pareció que en la nueva manera de conversación le favorecía. No le agradó asimismo a Felisardo el cuidado de Alejandro, porque no le faltaban a este caballero méritos, si bien blancos y rubios, que por ser comunes en aquella tierra no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dejar las noches desierta la campaña, guardando cada uno su puesto y enviando centinelas perdidas. Sintió Alejandro que estaba en mejor lugar Felisardo, y dándole a los celos, como el verdadero amor nunca tuvo término en el amar, que así lo sintió Propercio, llegó a ser descompostura en su autoridad y modestia; y más declarado que solía, habiendo conducido una noche con varios instrumentos excelentes músicos, quiso que a sus mismas rejas dos voces de las mejores la cantasen así:

*Deseos de un imposible
me han traído a tiempos tales,
que no teniendo remedio
solicitan remediarme.
Dando voy pasos perdidos
por tierra que toda es aire,
que sigo mi pensamiento,
y no es posible alcanzarle.
Desengañanme los tiempos,
y pídoles que me engañen,
que es tan alto el bien que adoro,
que es menor mal que me maten.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
que me disculpa quien la causa sabe!*

*Busco un fin que no le tiene,
y con saber que en buscarle
pierdo pasos y deseos,
no es posible que me canse.
Vivo en mis males alegre,
y con ser tantos mis males,
la mayor pena que tengo
es que las penas me falten.
Contento estoy de estar triste,
no hay peligro que me espante,
que, como sigo imposibles,
todo me parece fácil.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
que me disculpa quien la causa sabe!
Hermoso dueño deseo,
y es tanto bien desearle,
que ver que no le merezco
tengo por premio bastante.
Tanto le estimo, que creo
que pudiendo darle alcance,
si su valor fuera menos,
me pesara de alcanzarle.
Para su belleza quiero
la gloria de lo que vale,
y para mí siendo tuyas
tristezas y soledades.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
que me disculpa quien la causa sabe!*

No dormía en este tiempo Felisardo, que con cuidadosos pasos había reconocido el dueño de aquellos pensamientos y de la música, haciéndole más celos el estar tan bien escritos que el haber tenido atrevimiento para cantarlos.

Desagradó a Alejandro sumamente la bachillería de los pies de Felisardo, que más curiosos de lo que fuera justo traían al dueño; y determinado a saber quién era, aunque ya la gentileza bastantemente lo publicaba, le dio dos giros (pienso que en español se llaman «vueltas»; perdone vuestra merced la voz, que pasa esta novela en Italia). Felisardo, que no era bien acondicionado en materia de la honra, cosa que solamente le hacía soberbio, declarase a manera de enfadarse, y diciéndole que era descortesía, respondió Alejandro:

-Io non sono discortese; voi si, que havete per due volte fatto sentir al mondo la bravura de li vostri mostachi.

Creo que aquí vuestra merced me maldice, pues para decir «yo no soy descortés; vos sí, que por dos veces habéis hecho sentir al mundo la braveza de vuestros bigotes», no había necesidad de hablar tan bajamente la lengua toscana. Pues no tiene razón vuestra merced, que esta lengua es muy dulce y copiosa y digna de toda estimación; y a muchos españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo latín bastantemente, copian y trasladan de la lengua italiana lo que se les antoja y luego dicen: «Traducido de latín en castellano.» Pero yo le doy palabra a vuestra merced de que pocas veces me suceda, si no es que se me olvida, porque soy flaco de memoria. Si vuestra merced tiene en la suya la ocasión con que se amohinaron estos dos amantes, haya de saber que Felisardo no llevó bien que le hablase en la braveza ni en el cuidado de los bigotes, que aunque no había los estantales que les ponen ahora (ya de cuero de ámbar, ya de lo que solía ser fealdad y ahora

o los hace más gruesos o los sustenta, que se llama en la botica Bigotorum duplicatio, como si dijésemos por donaire a un gordo «tiene dos barbas»), no los traía con descuido y, porque se levantaban con sólo el cuidado de las manos los llamaba «los obedientes». Y retirándose un poco, principio de quien quiere acercarse, le dijo, la voz más alta (que nunca tuvo el enojo hijos pequeños de cuerpo):

-Caballero, yo soy español y criado del Virrey; traje estos bigotes de España no para espantar cobardes, sino para adorno de mi persona; la música lleva de las orejas este sentido.

Replicó Alejandro:

-Desde lejos la pudiera oír quien las tiene tan largas que, por lo que oye, juzga que los que no conoce son cobardes; que hay hombre aquí que se las cortará de dos cuchilladas y las clavará a los instrumentos para que los oigan desde más cerca.

A tan descompuestas palabras, respondió Felisardo:

-La espada es la respuesta.

Y sacándola con gentil aire y un broquel de la cinta, le hizo conocer que no desdecía de la compostura de los bigotes. Todos los músicos huyeron, que es gente a quien embarazan los instrumentos, por la mayor parte, que no se entiende en todos, y yo he conocido músico que traía tan bien las manos en la espada como en las cuerdas; pero en fin tienen disculpa con que van a guardar los instrumentos, que aventurar aquello con que se gana de comer es extrema ignorancia; demás de que quien canta está sin cólera, y no le trajeron a reñir, sino a hacer pasos de garganta, y el huir también es pasos, y se pueden hacer con los pies a una necesidad, como se ve en los que bailan, que no carecen los pies de armonía y música, que por eso la llaman «compás», que es todo el fundamento de la música. Esto es guardar el decoro a los señores músicos que cantan en nuestra lengua, porque no son poco de temer enojados, pues con sólo venir a cantar mal a la calle de quien los hubiese ofendido, pueden matar un hombre como con una pieza de artillería. Los criados de Alejandro hicieron rostro, riñeron cuatro con uno. Si eran valientes, no lo disputemos; oigamos a Carranza, que dice en su Libro de la filosofía de la espada: «Hay hombres de tan bajos ánimos, que no hace mucho uno solo en aventajarse a muchos». Y prosigue más adelante: «Cuando un hombre solo riñe con otro, se puede decir que riñe, pero si con dos o tres, ellos riñen con él y él solo se defiende.» Y prosiguiendo esta materia, da la razón en que cuatro movimientos constituyen cuatro heridas, y que han de dar en cuatro lugares indeterminados, y que el objeto no podrá resistir a cuatro, pues a dos no pudo Hércules, como lo dice el adagio latino.

Cumpliendo voy lo que dije, cansando a vuestra merced con cosas tan fuera de propósito, ya que lo sean del mío. Pero ¿por qué no tengo yo de pensar que vuestra merced es belicosa y que si se hallara al lado de Felisardo, por haber nacido tan cerca de su patria, estar en la extranjera, enamorado y con buen talle, no se holgara de ayudarle, aunque fuera con voces? Las de la cuestión fueron tantas que, acudiendo la justicia, se libró Felisardo de aquel peligro que por el vulgo amenaza a los españoles en toda Europa; en lo demás, no salió herido, y lo quedó Alejandro y dos criados suyos. Llevole la justicia al Virrey, que no estaba acostado, porque era noche de ordinario a España; mostró indignación a Felisardo y al alguacil o capitán, como allá se llama, mucho agradecimiento de su cuidado. Mandole poner grillos y una cadena en su aposento, y en estando solos bajó a hacérselos quitar; y dándole los brazos y una cadena, de las que llaman «banda», de peso de ciento cincuenta escudos (que soy tan puntual novelador, que aun he querido que no le quede a vuestra merced este escrúpulo de lo que pesaba), le dijo que le contase todo el suceso.

Oyole el Príncipe con mucho gusto; y habiendo convalecido Alejandro, le hizo llamar y, llevándole al aposento de Felisardo, a quien para este efecto mandó poner la cadena y grillos, le dijo que mirase la pena que quería darle que, aunque fuese destierro a España, le

enviaría luego. Alejandro, que entendió que el Príncipe le obligaba por aquel camino a perdonarle, y que de no hacerlo caería en la desgracia de entrambos, escogió como discreto y dio los brazos a Felisardo que, por estar herido su contrario, había visto y hablado a Silvia todas las noches, que desde la bizarría de la pendencia estaba más rendida.

Creció el amor, cultivado de la vista y de las privaciones de la ejecución de los deseos en conversaciones largas, que tantas honras han destruido y tantas casas abrasado. Llegaron las palabras a darse con juramento de matrimonio, en dando el Virrey a Felisardo algún grave oficio, que para la calidad de Silvia era necesario; y como amor es mercader que fía, aunque después nunca se pague (que esto tiene de señor cuando ama, que no hay cosa que le den en confianza que no reciba ni alguna que después, si no es por justicia, pague), permitió que Felisardo llegase a los brazos, hasta allí tan cuidadosamente defendidos, de que resultó poder encubrir mal lo que antes de esta determinación estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con qué común alegría celebraban sus vistas los amantes, en su imaginación esposos, y cómo revalidaba Felisardo el juramento y Silvia le creía; que como cada uno se ama a sí mismo (por opinión del Filósofo), aunque tema, da crédito por entretener su gusto, que nadie quiso tanto a otro que no se quisiese más a sí mismo. Y así, cuando vuestra merced oiga decir a alguno cosa que no le puede suceder, pero por si le sucede, que la quiere más que a sí, dígale que Aristóteles no lo sintió de esa suerte; y que a vuestra merced le consta que este filósofo era más hombre de bien que Plinio, y que trataba más verdad en sus cosas.

Notable es la Fortuna con los mercaderes, terrible con los privados, cruel con los navegantes, desatinada con los jugadores, pero con los amantes notable, terrible, cruel y desatinada. En medio de esta paz, de esta unión, de este amor, de esta esperanza y de esta agradable posesión, se dividieron por el más extraño suceso que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento; pues sin dar disculpa ni ocasión a Silvia pidió licencia al Virrey Felisardo para ir a Nápoles a unos negocios, y se partió de Sicilia.

¿Dije ya la ciudad? No importa, que aunque la novela se funda en honra, no vendrá por esto a menos, aunque fuese conocida la persona; y yo gusto de que vuestra merced no oiga cosas que dude; que esto de novelas no es versos cultos, que es necesario solicitar su inteligencia con mucho estudio, y después de haberlo entendido es lo mismo que se pudiera haber dicho con menos y mejores palabras.

En sabiendo Silvia que era partido este hombre, con tan fiera e indigna crueldad del amor que le había tenido, de la honra que le había costado y de las joyas y regalos con que le había servido, comenzó a derramar inmensa copia de lágrimas; y sin comer algunos días fue quitando a su hermosura el lustre, y a su vida el término. Retirábase de noche con Alfreda, una fiel criada suya, y en un pequeño jardín, que por unas rejas miraba al mar (no poca dicha, en aquella ocasión, que sus ventanas tuviesen rejas), decía:

-¡Oh, cruel español, bárbaro como tu tierra! ¡Oh, el más falso de los hombres, a quien no iguala la crueldad de Vireno, duque de Selandia (que a la cuenta debía de ser esta dama leída en el Ariosto), ni todos los que olvidados de su nobleza y obligación dejaron burladas mujeres principales e inocentes! ¿Adónde vas y me dejas sin honra y sin ti, de quien ya solamente podía esperarla? Pues habiendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda que me dejas, más me la quita y solo podré deberle mi muerte, pues es imposible que deje de sentir tu crueldad, y que su sentimiento me quite a mí la vida. ¿Quién pensará, Felisardo mío, que en la modestia y compostura de tu rostro, en la gentileza y gallardía de tu cuerpo cupiera tan duro corazón y alma tan fiera? ¿Tú eres español, enemigo? No es posible, pues de ellos oigo decir y he leído que ninguna nación del mundo ama tan dulcemente las mujeres, ni con mayor determinación pierde por ellas la vida. Si se te ofreció alguna precisa fuerza para ausentarte, ¿por qué no me la diste por disculpa y, despidiéndote de mí, me mataras con menos crueldad, aunque más presto?

¿Es posible, fiero español, que ayer estabas en mis brazos diciendo que por mí perderías mil vidas, y que hoy te vas con una sola que me habías dado? ¡Ay de mí, que tú por ventura ahora te estás riendo de mis lágrimas, afeando mis libertades e infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad sino tu gentileza, no mi libertad sino mi adversa fortuna! Que cierto será que estés ahora contando a otra más dichosa que yo, pero tan cerca de ser tan desdichada, las locuras que me has visto hacer y las penas que me has hecho sufrir. Pues no se burle ahora de mí la que te cree y te escucha, que presto me ayudará a quejarme de ti y, sabiendo quién eres, me disculpará porque te quise, y me tendrá lástima porque te quiero.

Estas y muchas decía Silvia llorando, sin bastar los consuelos de Alfreda a templar su furia, tan fundada en razón como en desdicha.

En estos medios llegó Felisardo a Nápoles, ciudad que vuestra merced habrá oído encarecer por hermosura y riqueza, y donde viven más españoles que en el resto de Italia, desde que el Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, echó de ella los franceses, adquiriendo aquel famoso reino a la corona de Castilla; servicio que, con los demás suyos, no podrá olvidar el tiempo ni acabar el olvido, si bien un escritor moderno, más envidioso que elocuente y docto, presumió que podía su poca autoridad en un libro que escribió, llamado Raguillos del Parnaso, oscurecer el nombre que no le pudieron negar hasta las naciones bárbaras. Con la tristeza que en ella vivía Felisardo no merece encarecimiento, porque en las cosas tan conocidas no se han de gastar palabras. Allí se determinó de escribir al virrey de Sicilia la causa original de su ausencia. Recibió aquel magnánimo príncipe la carta, y leyéndola quedó admirado. No sé si lo estará vuestra merced, pero en ella decía así:

Al partirme de Sicilia no dije a Vuestra Excelencia la causa, que no me dio lugar la vergüenza, y ahora sabe Dios la que escribiendo tengo, pues con estar solo me salen tantas colores al rostro como a los ojos lágrimas. Estando en servicio de Vuestra Excelencia, bien descuidado de tan gran desdicha, me escribieron mis padres diciéndome que en el nuevo bando del rey don Felipe III acerca de los moriscos habían sido comprendidos; cosa que a mi noticia jamás había llegado, antes bien me tenía por caballero hijodalgo; y en esta fe y confianza me trataba igualmente con los que lo eran, porque mis padres eran de los antiguos de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, y si no me engañan, dicen que Bencerrajes, linaje que trae consigo la desdicha y los merecimientos. Pareciome dejar su casa de Vuestra Excelencia, con harto dolor mío, porque le amo naturalmente, que no es justo que un hombre a quien pueden decir esta nota de infamia siempre que se ofrezca ocasión, viva en ella, ni mi tristeza y vergüenza me dieran lugar, aunque yo me esforzara, por no estar con este recelo cada día, y más adonde he tenido buena opinión. Vuestra Excelencia me perdone, que ni acierto a escribir, ni pienso que hasta llegar esta a sus manos podrá durar mi vida.

Notable fue el sentimiento de aquel gran señor con esta carta, y tal que se le conoció en su tristeza por muchos días, al fin de los cuales le respondió así:

Felisardo:

Vos me habéis servido tan bien y procedido tan honradamente en todas vuestras acciones, que me siento obligado a quereros y estimaros mucho. En el nacer no merecen ni desmerecen los hombres, que no está en su mano; en las costumbres, sí, que ser buenas o malas corre por su cuenta. Hacedme gusto de volver a Sicilia, que os doy palabra por vida de mis hijos, de hacer de vos mayor estimación que hasta aquí, y tomar en mi honra cualquiera cosa que sucediere contra la vuestra. Y no sé yo por qué habéis de estar corrido siendo como sois caballero, pues no lo está el príncipe de Fez en Milán, sirviendo a Su Majestad con un hábito de Santiago en los pechos, y tan honrado del Rey II y de la señora Infanta que gobierna a Flandes, que él le quitaba el sombrero y ella le hacía reverencia.

Porque la diferencia de las leyes no ofende la nobleza de la sangre, y más en los que ya tienen la verdadera, que es la nuestra, como vos la tenéis, y confirmada por tantos años. Volved, pues, Felisardo, que en ninguna podréis estar más defendido que en mi compañía, donde os haré capitán, y procuraré casaros de mi mano, sin apartaros de mí, lo que tuviere oficios de Su Majestad y vida.

Recibió Felisardo esta carta, toda escrita de su mano de este generoso príncipe, acción tan digna de su ilustrísima sangre; y llorando infinitas lágrimas con ella, besando mil veces la firma, se dispuso a responderle así:

Generoso y magnánimo Príncipe:

cuando me partí de Vuestra Excelencia, fui con desesperado ánimo de hacer alguna demostración de mi valor. Yo estimo y agradezco, como es justo, tanta merced y favor, y la escribo con sangre en mi alma para algún día. Yo voy a Constantinopla, donde ya estarán mis padres que, como hombres nobles, escogieron la corte de aquel imperio, no queriendo quedarse en las costas de España por no acordarse. Desde allí sabrá Vuestra Excelencia qué intento llevo, que pienso que será para hacer un gran servicio a Dios, al Rey y a mi patria. Desde que entré en Palermo, serví, quise y merecí a la señora Silvia Menandra, cosa que jamás comuniqué a ninguno. Creo que le queda en el pecho alguna desdichada prenda mía. Suplico a Vuestra Excelencia que fíe esa carta de quien se la pueda dar sin que aventure su honor, y favorezca lo que naciere, haciendo cuenta que le expone la fortuna a los pies de su grandeza.

Con esto se embarcó Felisardo, atrevido y desatinado mancebo cuya acción yo no puedo alabar, pues en casa de tan generoso príncipe pudiera estar seguro cuando viniera a España, que en Italia no lo había menester, aunque fuese en los reinos de Su Majestad, pues solo pretendió echarlos de aquella parte con que presumieron levantarse, como se ve por las cartas y persuasiones del ilustrísimo Patriarca de Antioquía, Arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera, de santa y agradable memoria. Dentro de nuestra Europa, a solos cuatro estadios del Asia (tanto que habiéndose helado aquel mar por un puente de hielo y nieve que cayó encima, se pasaba del Asia a Europa) yace Constantinopla, primera silla del romano imperio, después del griego y ahora del turco, que por la inmensidad de la tierra que posee le llaman Grande; destruyola el emperador Severo, reedificola Constantino e ilustra Teodosio. Tuvo cincuenta millas de muro, que Anastasio fabricó por defenderla de los bárbaros; hoy, dieciocho, que son seis leguas. Sus vecinos son setecientos mil, las tres partes turcos, las dos cristianos y el resto judíos. Tomola Mahometa Segundo, el año de 1453, y desde entonces es corte de sus emperadores que, comúnmente, llaman el Gran Señor. Está puesta en triángulo: en el un extremo está el palacio real, que mira al levante, al encuentro de Calcedonia, parte del Asia; el otro ángulo mira al mediodía y poniente, donde están las siete torres, que sirven de fortalezas y de cárcel mayor de la ciudad; desde este se va al tercero por la parte de tierra, dispuesto a tramontana, y donde está el palacio antiguo de Constantino, en sitio eminente y de quien se descubre toda, si bien inhabitable. Desde el cual al que tiene el turco, todo es puerto de una legua de mar, que entra por espacio de dos de largo y de ancho poco más de un tercio, habitado de varia gente y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete torres baña el mar las murallas, dejando el sitio donde antiguamente fue la ciudad de Bizancio, de cuya grandeza solo se ven ahora las ruinas. Tiene insignes mezquitas, fábricas de sultán Mahameth, Baysith y Selín, aunque ninguna iguala con la que hizo Solimán, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran templo de Santa Sofía, célebre edificio de Constantino el Grande. Conserva en ella el tiempo, a pesar de los bárbaros, algunas columnas de grandeza inmensa, mayormente la de este príncipe, labrada toda de historias de sus hechos. Tiene asimismo cuatro fuertes serrallos para las riquezas y mercaderías de propios y extranjas, una calle mayor famosa, hasta la puerta de Andrinópolis, con la plaza en que se venden los

cautivos cristianos, como en España los mercados de las bestias, y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y una, al levante, poniente y tramontana, con guarda de genízaros; las casas, bajas, cuyos techos de madera labrada cubren ricas labores de oro. No usan tapicerías, porque su grandeza y aparato es vestir el suelo, que cubren de riquísimas alfombras. Son las barcas que de ordinario pasan la gente de una parte a otra, y que en su lengua llaman «caiques» o «permes», más de doce mil, que es una cosa notable. Su sitio es tan frío que desde diciembre hasta fin de marzo está cubierta de nieve. Los templos famosos de cristianos, mayormente el de Nuestra Señora y el de San Nicolás, con otros muchos, han intentado quitar los moriscos de la expulsión de España; y permitiendo el gran Visir que los derribasen y destruyesen por doce mil escudos que le daban, se fueron a despedir del Turco los embajadores de Francia, Alemania y Venecia, diciendo que aquello era no querer paz con sus príncipes y por esta ocasión no salieron con su intento o, lo más cierto, porque Dios no permitió que tantos cristianos careciesen del fruto de los tesoros de su iglesia donde tanto peligro corren sus almas.

Aquí llegó Felisardo, y me parece que vuestra merced estaba ya cansada de esperarle, no se le dando nada del estado que ahora tiene y tuvo esta ciudad insigne, porque a mujer que tan poca estimación ha hecho de los hombres de su ley, ¿qué se le dará del turco? Pues sepa vuestra merced que las descripciones son muy importantes a la inteligencia de las historias, y hasta ahora yo no he dado en cosmógrafo por no cansar a vuestra merced, que desde su casa al Prado le parece largo el mundo; aunque vaya por su gusto en hábito de tomar el acero, con tan buenos de matar lo que topa, que en ninguno la he visto más enemiga de la quietud humana.

Vio Felisardo a sus padres, que como eran nobles lloraron el deshonor juntos y el peligro que corría su salvación en aquella tierra, si bien el ver tantas iglesias y hospitales les consolaba. La común fortuna hace mayores las confianzas del remedio y menores los sentimientos de las adversidades, como dijo no sé si era el filósofo Mirtilo, como solía la buena memoria de fray Antonio de Guevara, escritor célebre a quien de aquí y de allí jamás faltó un filósofo para prohiarlo una sentencia suya. Y cierto que algunas veces es menos lo que de ellos dijeron que lo que podría decir ahora cualquier moderno; pero dase autoridad a lo que se escribe diciendo: «como dijo el gran Tamorlán», o «se halla escrito en los Anales de Moscovia, que están en la librería de la universidad del Cairo». Porque si ello es bueno, ¿qué importa que lo haya dicho en griego o en castellano? Y si malo y frío, ¿cómo podrá vencer la autoridad al entendimiento?

Hallé una vez en un librito gracioso, que llaman Floresta española, una sentencia que había dicho un cierto conde: «Que Vizcaya era pobre de pan y rica de manzanas», y tenía puesto a la margen algún hombre de buen gusto cuyo había sido el libro: «Sí diría», que me pareció notable donaire.

Pues, como digo, y volviendo al cuento, estuvieron algunos días Felisardo y sus padres dando trazas en su remedio, si para tal fortuna podía haber alguno. Y aquí confieso a vuestra merced, señora, que no sé, porque no me lo dijeron, cómo o por dónde vino a ser Felisardo nada menos que bajá del Turco, que parece de los disfraces de las comedias, donde a vuelta de cabeza es un príncipe lagarto, y una dama, hombre y muy hombre, y a la fe que dice el vulgo que no le hablen en otra lengua.

Turco, pues, era Felisardo; no lo apruebo. Sus hopalandas traía y su turbante, y como era moreno, alto y bien puesto de bigotes, veníale el hábito como nacido. La disposición, el brío, el aire, la valentía y la presunción dieron motivo al Turco para tenerle muchas veces cerca de su persona, y así trataba con él de las cosas de España familiarmente. Llamábase el Turco sultán Amath, hombre en esta sazón de treinta y tres años. Tenía preso un hermano suyo llamado Mustafá, de edad de treinta, a quien deseando matar, fiera costumbre de aquellos bárbaros, envió una mañana al Vostán Gibasi con otros ministros, y

hallando la cárcel cerrada y al dicho Mustafá paseándose fuera de ella, lo dijeron al Turco que, teniéndolo por milagro, le dejó preso. Aconsejado después del Mufiti, que es el principal de los que enseñan su ley, quiso matarle, y aquella noche soñó que veía un hombre armado que con una lanza le amenazaba, y con este temor le dejó con vida. Si bien después le provocaron tanto que, desde una ventana que caía a un jardín de Mustafá, le quiso tirar una flecha con veneno y, habiéndole apuntado, fue tal el temblor que le dio, que se le cayó el arco de las manos. Tanta ha sido, finalmente, la humildad de este turco, que ni vestido, ni oro, ni regalo ha querido tomar de su hermano. Él vive, y se entiende que le ha de heredar, aunque sultán Amath tiene muchos hijos, de los cuales dos varones y dos hembras se ven y comunican; los demás están recogidos y ocultos en su palacio. Tenía tanto gusto de ver imágenes y retratos de cristianos, que enviaba por ellos a los embajadores y mercaderes, y en habiéndolos visto se los volvía. Estando, pues, una fiesta mirando algunos que en una nave que tomaron estaban en la tienda de un rico hebreo, hizo llamar a Felisardo, que ya se llamaba Silvio Bajá, nombre de aquella dama de Sicilia, por quien vivía en la mayor tristeza que tuvo amante ausente, pues ni la desconfianza que tenía de verla, ni la mudanza de cielo y costumbres, era parte para que la olvidase, ni creo que lo fuera el río Sileno, donde se bañaban los antiguos, cuya propiedad era olvidar toda amorosa pasión, aunque fuese de muchos años. Venido Felisardo a su presencia, le preguntó si conocía aquellos retratos y él le respondió que sí, y se los fue mostrando por sus nombres, diciendo lo que tan bien sabía de la grandeza de sus personas, apellidos y casas. Holgose mucho Amath de conocer al emperador Carlos V, al Rey II y III, al famoso duque de Alba, conde de Fuentes y otros señores. ¿Quién dijera que el Turco se había de holgar de esto?

Entre las mujeres que entonces tenía sultán Amath, era la más querida una cierta señora andaluza, que fue cautiva en uno de los puertos de España. Esta holgaba notablemente de oír representar a los cautivos cristianos algunas comedias y ellos, deseosos de su favor y amparo, las estudiaban comprándolas en Venecia a algunos mercaderes judíos para llevárselas, de que yo vi carta de su embajador entonces para el conde de Lemos, encareciendo lo que este género de escritura se extiende por el mundo después que con más cuidado se divide en tomos.

Quiso nuestro Felisardo (mal dije, pues ya no lo era) agradar a la gran sultana doña María y estudió con otros mancebos, así cautivos como de la expulsión de los moros, la comedia de La fuerza lastimosa. Vistiose para hacer aquel conde gallardamente, porque había en Constantinopla muchos de los que hacían bien esto en España, y las telas y pasamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho a aquel traje desde que había nacido, no le hubo visto la Reina cuando puso los ojos en él, y ellos fueron tan libres que se llevaron de camino el alma.

Representó Felisardo únicamente, y viéndose en su verdadero traje lloraba lágrimas verdaderas, enternecido de justas memorias y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta, comenzó en Sultana este cuidado, y en todas las ocasiones que podía daba a entender a Felisardo que le deseaba, de suerte que a pocos lances fue entendida, porque no hay papeles más declarados y efectivos que unos ojos que asisten a mirar amorosamente. Y así, un día, alabándole la buena disposición y lastimándose de que por su voluntad hubiese dejado la verdadera ley, él le dijo que su ánimo no era vivir en la de aquel infame y falso profeta, que aunque era verdad que desesperación le había traído adonde estaban sus padres, él venía con ánimo de hacer alguna cosa señalada en servicio del rey de España, porque tenía el ánimo tan bizarro que no volvería a ella sin ser estimado y favorecido por alguna insigne hazaña.

-Si yo puedo -respondió Sultana-, favorecerte, aquí tienes la mujer más rendida y más poderosa para ayudarte, porque a mí no me tiene sultán Amath como a las demás que le permite su ley y su grandeza.

Besole entonces la mano Felisardo e, hincado de rodillas, lloró mirándola. Ella, conociendo la fiereza de Marte y la blandura de Adonis en aquel mancebo, levantándole de la tierra le juró por la ley que tenía en el corazón impresa de no desampararle en cuantas acciones intentase, aunque perdiese la vida. La ocasión que tomaron para verse fue decir al Turco lo que gustaba de oír cantar a Felisardo, y así entraba y salía con libertad a entretenerla, y tal vez esta ndo presente el mismo sultán Amath, donde cantó así:

*Dulce silencio de amor,
si tanta gloria callando
consigue quien sirve amando,
no la pretendo mayor.
Poner en duda el favor
suspende mi atrevimiento,
y dice mi pensamiento
que más la causa le culpa,
pues no puede haber disculpa
donde no hay merecimiento.
Amar, sin osar decir
tanto amor, es cobardía,
mas perder el bien sería
determinarse a morir.
Pero yo quiero sufrir
la pena a que me condena
fuerza de respetos llena,
y no temer su mudanza,
pues no pierdo la esperanza
mientras no pierdo la pena.
Del silencio que he tenido
ya vive mi amor quejoso,
pues no llega a ser dichoso
quien no pasa de atrevido.
Quisiera ser entendido
cuando a entender no me doy,
mas no decir lo que soy
por llegar a merecer,
sin ser querido, querer,
mientras que callando estoy.
Mi pensamiento contento
consigo mismo se halla,
que por lo que piensa y calla
le llamaron pensamiento.
Algunas veces intento
decir mi mal y su mengua,
por ver si el dolor se amengua;
pero son locos antojos,
que quien habla con los ojos
no ha menester otra lengua.
Dadme penas inmortales,*

*que siendo vos en el suelo
tan viva imagen del cielo
serán penas celestiales.
Si llama gloria los males
quien a su bien los prefiere,
señora, bien es que espere
que os obligue a que le deis
un bien de los que tenéis,
quien tanto sus males quiere.
Sin mí conoced mi mal,
oh causa hermosa por quien
le tiene el alma por bien,
que vos sois bien celestial.
Y si, con ser tan mortal,
que le entendáis no merezco,
como en los ojos le ofrezco,
no quiero, aunque me consuma,
que otra lengua ni otra pluma
os diga lo que padezco.*

Pareciole a Sultana que Felisardo había compuesto estos versos a su sentimiento y propósito, y engañábase Sultana porque los había escrito por Silvia al principio de sus amores en Palermo; pero no se engañaba en la intención, pues Felisardo buscó estas décimas porque lo creyese así, entre los muchos versos que sabía, como suele suceder a los músicos que traen capilla por las festividades de los santos que, con solo mudar el nombre, sirve un villancico para todo el calendario; y así es cosa notable ver en la fiesta de un mártir decir que bailaban los pastores trayéndolos de los cabellos desde la noche de Navidad al mes de julio.

Notablemente crecía el amor en Sultana, conquistando la voluntad ausente de este mozo que ya con libertad de hombre se determinaba, y ya con las obligaciones de hombre de bien se defendía. Pidíole que suplicase al Turco le diese algunas galeras y gente, de que le nombrase capitán, lo que alcanzó fácilmente. Y así, comenzó a salir de Constantinopla con seis galeras bien armadas, sin consentir en ellas morisco alguno, que no gustaba de su trato ni les osaba fiar su pensamiento. Hizo algunos de alguna consideración, y con poca guerra trajo a Constantinopla algunos cautivos, pero ninguno de España, que presentaba a Sultana, de quien recibía en satisfacción joyas de notable precio, porque ella gustaba de que las trajese en el turbante que coronaba de diversas plumas.

Corrió una vez la costa de Sicilia atrevidamente, y fue lo tanto que se puso a la vista de Palermo. Silvia tenía de Felisardo un hijo de tres años, que criaba con libertad por ser muertos sus padres, aunque no con tanta que se persuadiesen los bien intencionados que era su hijo; que los que no lo son, en las doncellas más recatadas presumen mayores yerros. Sucedió, pues, que como en tanto tiempo no hubiese tenido nueva de Felisardo, la desconfianza la tenía con algún consuelo, y pienso que por la sinrazón le hubiera olvidado, a no le tener en su hijo todos los días presente, con la mayor semejanza que ha visto el refrán castellano en materia de esta duda, de que pido perdón a su imaginación de vuestra merced, que bien le merezco, pues no dije adagio. Con esto, solicitada de algunas amigas, que no era mucho en tres años de injusta ausencia, ni saber si era muerto o vivo Felisardo, salió en una tartana de un mercader calabrés a pasear la mar, que con la bonanza la convidaba y con la piedad de su adversa fortuna la movía, que tal vez se cansa de hacer disgusto, o porque algún breve bien sea para sentir el mal con mayor fuerza. Y en esta parte no puedo dejarme de reír de la definición que da Aristóteles de la Fortuna; no le

faltaba más a este buen hombre sino que en las novelas hubiese quien se riese de él. Dice, pues, que la buena fortuna es cuando sucede alguna cosa buena y la mala cuando mala. Mire vuestra merced si tengo razón, pues en verdad que lo dijo en el segundo de los Físicos, que yo no se lo levanto. Harto mejor lo sintió Plutarco Queroneo, diciendo por afrenta que era palabra de mujer decir que ninguno podía evitar sus hados, sentencia católica, como si él lo fuera, porque los albedríos son libres para justificar el cielo sus juicios. No suele descender milano, las pardas alas extendidas, el pico prevenido y las manos abiertas, con más velocidad y furia a los miserables pollos que se alejaron del calor de las plumas de su madre, como la capitana de Felisardo a la tartana de Silvia.

Tomola en breve, con notable llanto suyo y de sus amigas; pasáronlas a ella abordando un barco, y quitando una parte de la banda de los filaretos lleváronlas a la popa, donde Felisardo estaba recostado sobre una alfombra turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado persiano, color de nácar. Hincose de rodillas Silvia y, con lágrimas en los ojos, le dijo en lengua siciliana que tuviese piedad de la mujer más desdichada del mundo, poniéndole para moverle el pequeño infante en los brazos a los turbados ojos, a quien ya los oídos habían avisado de que aquella voz parecía la de Silvia.

Aquí, señora Marcia, ni aun los hipérboles de los versos serían bastantes cuanto más la llaneza de la prosa, que ni es historial ni poética, aunque la escribiera el autor de las relaciones de los toros, quejoso de su fortuna adversa; y tiene muy justa causa, pues le están en tanta obligación los de Zamora, de quien no se acordara este lugar después que se dejaron de cantar los romances del rey don Sancho, la traición de Bellido de Olfos y las tristezas de doña Urraca, que casi llegaron a competir con los de don Álvaro de Luna, que duraran hasta hoy si no se hubiera muerto un cierto poeta de asonantes, que arrendó esta obligación por veinte años a los regidores de la Fortuna. Y ya que nos hemos acordado de Bellido de Olfos, suplico a vuestra merced me diga si conoce algún pariente suyo, que me ha dado cuidado ver que, en siendo un hombre ruin, no le queda pariente en este mundo, y en habiendo procedido virtuosamente o hecho alguna cosa digna de memoria, todos dicen que descenden de él. Y yo conocí un hombre que decía por instantes: «Adán, mi señor», y podía muy bien, porque esto es lo más cierto, aunque un hombre haya nacido en la Cochinchina, tierra donde dicen que se halló Pedro Ordóñez de Zavallos, natural de Jaén, y convirtió una infanta, bautizando más de doscientas mil personas, e hizo muy bien, y Dios se lo pagará si fue verdad, y si no, no.

Todos estos intercolumnios han sido, señora Marcia, por aliviar a vuestra merced la tristeza que le habrán dado las lágrimas de Silvia, y excusarme yo de referir el contento y alegría de los dos amantes, habiéndose conocido. Prometo a vuestra merced que me refirió uno de los que se hallaron presentes que en su vida había visto más amorosas razones ni más tiernas lágrimas. Satisfizo Felisardo de aquella novedad a Silvia, asegurándole que no había dejado la verdadera fe y que presto vendría a Sicilia, donde hiciese al rey de España un gran servicio, sin el que recibiría la Iglesia con reducirle infinitas almas. Enloqueciole su hijo, y después de haber estado aquella noche tratando de estas cosas, la hizo volver a Mecina antes del alba, cargada de ricas telas y preciosos diamantes, fuera de diez mil cequíes de oro que llevó en dos cajas.

Iba Silvia instruida para hablar al Virrey y darle cuenta de estos sucesos, cuando él prevenía el salir a pelear con las galeras turcas. Pensó infinitas veces este gallardo príncipe si sería bien verse con Felisardo, y al fin se vino a concertar que él saliese en una barca con dos soldados cerca de la playa, y el Virrey en otra con los que fuese servido. Hízose así, y acostándose el uno al otro, saltó Felisardo en la barca del Virrey y, echándose a sus pies, le hizo fuerza para besárselos. Admirados estaban los cristianos de ver la gentileza y lengua del turco, porque no llevó el Virrey consigo hombre que le conociese. Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse le dio Felisardo una rosa de diamantes que le había dado

Sultana, de precio de veinte mil escudos, que esto se decía en Constantinopla, porque no se había llegado a vender por ejecución de ningún señor ni por otra necesidad.

Hízose a la vela Silvio Bajá, si le hemos de llamar así, dejando en admiración la ciudad, que casi toda asistía en la playa, al Virrey de su determinado propósito, y a Silvia de haber visto lo que no esperaba, y en tan diverso hábito y costumbres de lo que le había conocido.

La causa de no quedarse entonces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa y su hijo, donde se le quedaba el alma, presentando aquella escuadra de galeras con sus turcos al Virrey, fue el agradecimiento que debía a Sultana por tantas buenas obras, y el deseo y ánimo que tenía de reducirla a la fe, pues ella lo deseaba, y restituirla a sus padres, que tantas lágrimas habían derramado por ella; fuera de tener él tan segura mayor presa siempre que tuviese gusto de volver a España.

Entró Felisardo por el canal de Constantinopla casi a la entrada del invierno, llevando algunos cautivos de las islas y de otras costas, sin tocar en vasallo de Su Majestad, ni tomar tierra en parte que fuese suya. Hizo gran salva a las torres y palacio real del Turco; saltó en tierra y besándole el pie alegró la ciudad, entristeció la envidia y esforzó la esperanza de Sultana que, con lo que de sus deseos había conocido y no esperaba verle, tenía por sin duda que, faltando a la palabra dada y a tantas obligaciones, se había quedado en España.

Había llegado pocos días antes a Constantinopla Nasuf Bajá, primer visir del Turco, victorioso a su parecer de la guerra de Persia, cuya ostentación y aplauso fue tan grande que después de un copioso ejército de gente, traía doscientas sesenta y cuatro acémilas cargadas de cequies de oro. Y advierta vuestra merced que, por ser tan grande ejemplo de la fortuna de los príncipes, quiero decirle el suceso de este hombre, que también fue causa del que tuvieron los pensamientos de Felisardo. Era este Nasuf Bajá, yerno del Turco, y el más estimado y temido de todo aquel grande imperio. Mamut Bajá, hijo de Cigala, aquel famoso corsario que ninguno después de Ariadeno Barbarroja tuvo más nombre, competía con la grandeza de Nasuf y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana. Sentía Mamut envidiosamente la ostentación de su enemigo, y en aquella jornada particularmente, donde me ha quedado escrúpulo si a vuestra merced le han parecido muchas las acémilas, y los soldados pocos. Y a este propósito quiero que sepa que un gentilhombre de este lugar, más dichoso en hacienda que en ingenio, visitaba una dama de las que estiman más el ingenio que la hacienda, que deben de ser pocas. Contábale un día la renta que tenía y, entre otras necedades, acabó con decir que encerraba trecientas anegas de trigo y ciento de cebada con treinta carros de paja, y añadió que le dijese lo que le parecía de su hacienda; a quien ella respondió: «Páreceme, señor, que el trigo es mucho y poca la cebada y paja para lo que vuestra merced merece». Pero dejando aparte esta cantidad de acémilas, que a quien sabe la soberbia de aquella gente no le parecerán muchas, digo que Nasuf Bajá volvió a Constantinopla, diciendo que dejaba firmadas paces con el Persiano, en fe de lo cual trajo consigo su embajador con ricos presentes de telas, cequies, piedras y otras cosas de valor y curiosidad increíble. Mas, como viese el Cigala que el de Persia molestaba algunas tierras del Turco, vino en sospecha de que Nasuf tenía algún trato doble con él, en grave ofensa de su señor; así por esto, como porque escribiendo a entrambos desde los confines de Persia, donde estaba por gobernador, ninguno le respondía. Con esto se partió a Constantinopla, y hallando en el camino un correo que Nasuf enviaba al Persiano, le convidó a cenar aquella noche, y habiéndole dado muy bien a beber (cosa que saben hacer donde no lo vea Mahoma, con muy buen aire), durmiese el correo. Quitole Mamut Cigala las cartas en que halló todo lo que deseaba; y la traición descubierta hizo matar al correo y enterrole en su misma tienda. Y llegado a Constantinopla pidió licencia a Nasuf para entrar; negósele Nasuf si no le daba trecientos mil cequies. El Cigala, que estaba casado con la hermana del Turco, y no había llegado a ejecución su deseo por su larga ausencia, dio orden que ella

supiese el inconveniente porque no entraba. Resolvióse Fátima (si a vuestra merced le parece que se llame así, porque yo no sé su nombre) a ir a ver a su marido, de quien supo la causa por que no entraba; y ella volviendo a Constantinopla la refirió a su hermano, el cual envió de noche con gran secreto por Mamut Cigala y, llegando en un caique (si vuestra merced se acuerda que le dije que era pequeña barca, pero no escuso una palabra turca, como algunos que saben poco griego), entró por una puerta falsa del palacio y, recibido bien de su cuñado, le refirió cuanto sabía y le mostró las cartas.

Deseó desde entonces sultán Amath quitar la vida a su yerno justamente, y como se encubra tan mal un grande enojo, adivinando Nasuf la causa por el semblante, faltó tres días del consejo dando por disculpa de esta falta la de su salud. Con esta ocasión el Turco dijo que quería ir a ver a su hija, y se previno la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas para que no fuese visto, que solo tiene obligación a dejarse ver un día en la semana, y ese es el viernes, que entre ellos es fiesta, y va a su gran mezquita a hacer el zalá. Con este engaño de las telas pasó un coche en que iba el Vostán Gibasi con muchos ayamolanos, hombres fortísimos, y creyendo que fuese el Turco, a quien esperaban más de cuatro mil personas, entró en casa de Nasuf el referido, y como iba entrando, iban asimismo cerrando las puertas los soldados con cuidado y silencio. Estaba Nasuf con dos eunucos en un aposento, bien descuidado de su fortuna; hízolos salir afuera el presidente y, haciendo una gran reverencia a Nasuf, le dio un decreto del Turco, en que le pedía su real sello. Turbado Nasuf se le dio y dijo:

-¿Tiene el Gran Señor hombre que con más lealtad pueda servirle en este oficio?

Entonces el Vostán Gibasi le dio otro papel en que le pedía la cabeza. Dio voces Nasuf diciendo:

-¿Qué traición es esta?, ¿qué envidia?, ¿quién ha engañado a mi gran señor a quien yo con tanta lealtad como obligación he servido?

Pero viendo que allí no había remedio para huir, razón para replicar, ni armas para defender la vida, se resolvió a la muerte, pidiendo al Vostán que le dejase hablar y despedir de su mujer, que estaba en otro cuarto; y no pudiendo conseguirlo le suplicó de rodillas le dejase siquiera hacer el zalá para que su alma fuese tan llena de necedades como había vivido. Esto le concedieron, pareciéndoles que tocaba a la religión, siendo tan gran desatino; pero, de afligido y turbado, no fue posible y esforzando la naturaleza al mayor contrario (que no sé cómo se entienda aquí aquel consuelo de Séneca en la primera epístola, que nos engañamos en la consideración de la muerte por mayor, pues todo lo que pasó de la edad ya lo tiene la muerte), se sentó en una silla y dispuso la voluntad a la fuerza, y el ánimo del valor al miedo de la pena. Pero si dijo el mismo filósofo que el morir de buena gana era la mejor muerte, ¿cómo puede quien moría con tan poca tenerla por buena, ni consolarse con que ya estaba muerto lo que había vivido? Mirándole estaba el Vostán, y los soldados llenos de admiración y miedo a quien volviendo Nasuf severamente el rostro dijo:

-Canalla, ¿qué estáis mirando? Haced vuestro oficio.

Entonces se le atrevieron cuatro de ellos y, echándole una soga a la garganta, le ahogaron. Cerró luego el Vostán las puertas y, dando cuenta al Turco, le pidió la cabeza que, habiéndosela traído, la mandó echar en el suelo y, dándola con el pie, le llamó brecaín, que quiere decir «traidor».

Tomó el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el cuarto de su mujer. Fue la mayor riqueza que en hombre particular se ha visto, pues entre las armas solas se hallaron mil doscientas espadas con guarniciones de plata y oro; que si a vuestra merced le parecieren como las acémilas, podrá quitar las que fuere servida, porque no tengo cuento a propósito, ni me atrevo a decir que tenía a su devoción en Constantinopla

treinta mil hombres, sustentando en varias partes siete mil quinientos caballos, con que si le ayudara más el secreto que le favoreció la Fortuna, fuera señor del Asia.

Quedó Fátima viuda y rica, y aunque la pretendían muchos, y entre ellos un gran bajá de los del turbante verde, le pareció al Turco levantar los pensamientos de Felisardo con hacerle cuñado suyo, y darle mujer con tal ejemplo en dote. Comunicó este pensamiento con Sultana que, atónita de ver el camino que tomaba su desdicha para descaminar su deseo, solicitó impedirle con decir mal al Turco de Felisardo, y que le parecía hombre de ánimo soberbio y no mal aficionado a la patria en que había nacido, y que muchas veces le reprehendía la afición que mostraba a los reyes y señores de España, donde era justo presumir que alguna vez se quedaría, y que, pues su yerno Nasuf Bajá era tan deudo suyo y natural de su patria, criado en su ley y enseñado en sus costumbres, y le había salido traidor, no era razón pensar que le había de ser leal un hombre extranjero y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria y en otras costumbres. Satisfizo esta última razón el entendimiento de Amath, y puso dilación en el casamiento, tibieza en la voluntad y sospecha en el suceso.

Entre tanto Sultana prevenía la partida a España con gran cuidado y tuvo tanto que, habiendo la primavera siguiente alcanzado del Turco saliese Felisardo a quietar el mar del Archipiélago, donde era fama que andaban seis galeras de la religión de Malta, dispuso la partida y recogió sus joyas.

Tiene el palacio del Turco dos leguas de cerca, y por la parte del mar que mira a Calcedonia mucha artillería; la puerta principal, al poniente, enfrente de la iglesia de Santa Sofía; a mano derecha de la puerta un hospital que llaman Timarina, para todos los enfermos de palacio y a la izquierda, la iglesia antigua de cristianos, título de San Jorge, donde están las armas del Rey. Síguese la segunda puerta, donde se apean los que van a consejo, y a esta una famosa calle de un tercio de legua o poco menos. Por la parte de tramontana hay una puerta por donde entra y sale la gran Sultana y todas las mujeres del serrallo. (Aquí doble vuestra merced la hoja). Junto a la segunda puerta hay un jardín y huerta con mil hermosos árboles y venados, y a su lado una gran plaza cubierta donde suele estar la guarda de los genízaros, y comer los días de consejo, porque los otros quedan de guarda. Hay asimismo doce capigis, que son porteros en cada puerta de las referidas, y por la parte de mediodía las cocinas para el Gran Señor y la familia de palacio, y para toda la corte el día que es de consejo. Y es tan inmenso el número que come, que el de los cocineros es de cuatrocientos cincuenta hombres, cosa que la cuentan y la escriben, y que podrá vuestra merced no creer sin ser descortés a la novela ni a la grandeza del Turco. Después de todo se llega a la gran puerta de la casa real, guardada de eunucos blancos, donde no puede entrar persona alguna sin orden del Turco, no siendo de la familia aunque sea el Gran Visir.

Por la puerta que dejó advertida salió, señora Marcia, la gran Sultana con dos renegados de quien se había fiado, y en hábito de soldado genízaro, que de otra suerte fuera imposible. Caminó a la mar con gran peligro donde fue recibida con igual silencio del animoso Felisardo, que con valor intrépido mandó alargar al mar la escuadra, y que a la vuelta de Sicilia pusiesen las proas donde decía que pensaba hacer una famosa hazaña.

Tan desdichado fue este miserable mancebo, aunque digno de mejor fortuna, que apenas comenzaron las galeras a alargarse y, zarpando la capitana, azotar el agua y el aire con los remos y velas, cuando cubriéndose el cielo de improviso de una oscurísima nube, comenzó a bramar con horribles truenos por los cuatro ángulos del mundo, acompañada de temerosos relámpagos que en cada uno parecía que venían infinitos rayos. Entumeciose el mar, revolviéronse las olas trabando entre sí mismas tan espantosa batalla, que daban con la espuma en las estrellas que, con el temor de apagarse en las aguas, se escondían. Ya no aprovechaba amainar las velas, ni en tanta confusión hallaba remedio el ánimo, ni el

ejercicio resistencia. Porfiaba Felisardo a que prosiguiesen el viaje hasta sacar la espada, pero no pudo ser obedecido, por voluntad del cielo, que al declararse el alba dio con su capitana y las demás galeras casi en el puerto. Él quiso pasar en su abrigo el día ocultando a doña María en la cámara de popa, pero como ya fuese conocida su falta de algunas griegas y turcas que la servían, habían dado tantas voces que, asombrados los genizaros dieron parte a su capitán, y él a Mahamut Bajá, de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento pensó luego que de envidia la habrían muerto otras mujeres o amigas suyas. Mas discurriendo entre varios pensamientos en unas y en otras cosas (que, como Séneca dijo, sucede fácilmente la inconstancia a los que tienen el ánimo dudoso), dio en pensar que se había partido la misma noche Felisardo, de quien Sultana decía tanto mal, arguyendo de eso mismo que le quería bien porque es muy ordinario en las mujeres, o por disimular lo que quieren o por engañar a otros. Y con esta imaginación hizo que Vostán Bajá fuese con cien ayamolanos y con algunos genizaros a las galeras, sabiendo que la tempestad las había vuelto al puerto tan perdidas que era imposible sin rehacerse volver al agua.

No los hubo visto Felisardo cuando conociendo el peligro se resolvió a morir como caballero, y no con varios tormentos a las manos de un verdugo infame. Bien quisiera el Bajá llevarle vivo, pero no dejándose prender y resistiéndose en la cureña de la capitana, sembró la crujía de cuerpos muertos con sola una espada ancha que traía y una rodela embrazada. Viendo Vostán que sería imposible llevarle como él deseaba mandó a los genizaros que le tirasen, y en un instante cayó muerto de cuatro manos, aunque de ningún deseo, porque fue sumamente amado de aquellos bárbaros. Dicen que dijo poco antes que cayese:

-Turcos, sed testigos que muero cristiano, y no he ofendido al Gran Señor mas que en llevar a doña María donde lo fuese.

Con esto el Bajá le cortó la cabeza para llevarla al Turco, y halló a Sultana que, cubierta de lágrimas, había mirado el valor y la desdicha de aquel mancebo trágico. Fue grande la alegría de Vostán y consolándola con la mayor decencia que pudo, la llevó a palacio. No quiso el Turco verla en cuatro días; pero vencido del amor grande que la tenía, se determinó de perdonarla, que las iras que intervienen amando (como lo siente el Anfitrión de Plauto), vuelven los que se aman a mayor amistad y gracia. Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su patria y padres, pues siendo imposible la licencia, no podía de otra suerte intentar verlos, y el celoso Turco también creerla, porque deseaba abreviar sus enojos, cosa que en los coléricos no da lugar a que las mujeres lo sean.

Y en este lugar me acuerdo de haber leído en una comedia portuguesa tratar un viejo con un amigo suyo de que quería casar su hijo, y diciéndole el otro: «No lo hagáis, que está enamorado de una cortesana», respondió el viejo: «Ya lo sé, y si intento casarle es porque han reñido y averiguado unos celos, y es buena la ocasión de este enojo para apartarle de ella». A quien replicó el amigo: «¡Qué poco sabéis de lo que puede una voluntad antigua fundada en trato! Esta es la hora que anda vuestro hijo buscando disculpas a esa mujer para el mismo agravio que le ha hecho».

Este fue el fin de Felisardo, esta la desdicha por la honra; así quedaron sus pensamientos burlados, y Silvia criando aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte. Entre tanto, lea ese epitafio o elogio a su desdicha:

*Aquí yace un desdichado,
que de sí mismo nacido,
vivió por desconocido,
murió por desconfiado;
del propio honor engañado,*

*aunque no sin culpa alguna,
dejó el sol, buscó la luna;
donde se ve que el valor
quiere a fuerza del honor
resistir a la Fortuna.*

La prudente venganza

Prometo a vuestra merced, que me obliga a escribir en materia que no sé cómo pueda acertar a servirla, que como cada escritor tiene su genio particular a que se aplica el mío no debe de ser este, aunque a muchos se lo parezca. Es genio, por si vuestra merced no lo sabe, que no está obligada a saberlo, aquella inclinación que nos guía más a unas cosas que a otras, y así defraudar el genio es negar a la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el poeta satírico. Púsole la Antigüedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad o sin ella. Esto es sin meternos en la opinión de Platón con Sócrates y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó que todos los lugares tenían su genio, cuando dijo:

*Así después habló, y un verde ramo
ceñido por las sienas, a los genios
de los lugares y a la diosa Telus,
primera entre los dioses, a las ninfas
e ignotos ríos ruega humildemente.*

Advirtiéndome primero que no sirvo sin gusto a vuestra merced en esto, sino que es diferente estudio de mi natural inclinación, y más en esta novela, que tengo de ser por fuerza trágico, cosa más adversa a quien tiene como yo tan cerca a Júpiter. Pero, pues en lo que se hace por el gusto propio se merece menos que en forzarle, oblíguese más vuestra merced al agradecimiento, y oiga la poca dicha de una mujer casada, en tiempo menos riguroso, pues Dios la puso en estado que no tiene que temer cuando tuviera condición para tales peligros.

En la opulenta Sevilla, ciudad que no conociera ventaja a la gran Tebas (pues si ella mereció este nombre porque tuvo cien puertas, por una sola de sus muros ha entrado y entra el mayor tesoro que consta por memoria de los hombres haber tenido el mundo), Lisardo, caballero mozo, bien nacido, bien proporcionado, bien entendido y bienquisto, y con todos estos bienes y los que le había dejado un padre, que trabajó sin descanso (como si después de muerto hubiera de llevar a la otra vida lo que adquirió en esta), servía y afectuosamente amaba a Laura, mujer ilustre por su nacimiento, por su dote y por muchos que le dio la naturaleza, que con estudio particular parece que la hizo.

Salía Laura las fiestas a misa en compañía de su madre; apeábase de un coche con tan gentil disposición y brío, que no solo a Lisardo, que la esperaba a la puerta de la iglesia como pobre, para pedirle con los ojos alguna piedad de la mucha riqueza de los suyos, pero a cuantos la miraban, acaso o con cuidado robaba, el alma. Dos años pasó Lisardo en esta cobardía amorosa, sin osar a más licencia que hacer los ojos lenguas, y el mirar tierno, intérprete de su corazón y papel de su deseo. Al fin de los cuales, un dichoso día vio salir de su casa algún apercebimiento de comida, con alboroto y regocijo de unos esclavos; y preguntando a uno de ellos con quien tenía más conocimiento la causa, le dijo que iban a una huerta Laura y sus padres, donde habían de estar hasta la noche. Tiénelas hermosísimas Sevilla en las riberas de Guadalquivir, río de oro, no en las arenas, que los antiguos daban a Hermo, Pactolo y Tajo, que pintaba Claudiano:

*No le hartarán con la española arena,
preciosa tempestad del claro Tajo,
no las doradas aguas del Pactolo
rubio, ni aunque agotase todo el Hermo,
con tanta sed ardía,*

sino en que por él entran tantas ricas flotas, llenas de plata y oro del Nuevo Mundo.

Informado Lisardo del sitio, fletó un barco y con dos criados se anticipó a su viaje y ocupó lo más escondido de la huerta. Llegó con sus padres Laura y pensando que de solos los árboles era vista, en solo el faldellín cubierto de oro y la pretinilla, comenzó a correr por ellos a la manera que suelen las doncellas el día que el recogimiento de su casa les permite la licencia del campo.

Caerá vuestra merced fácilmente en este traje que, si no me engaño, la vi en él un día tan descuidada como Laura, pero no menos hermosa. Ya con esto voy seguro que no le desagrada a vuestra merced la novela, porque como a los letrados llaman ingenios, a los valientes Césares, a los liberales Alejandros y a los señores heroicos, no hay lisonja para las mujeres como llamarlas hermosas. Bien es verdad que en las que lo son es menos; pero si no se les dijese, y muchas veces, pensarían que no lo son, y deberían más al espejo que a nuestra cortesía.

Lisardo, pues, contemplaba en Laura, y ella se alargó tanto, corriendo por varias sendas, que cerca de donde él estaba la paró un arroyo que, como dicen los romances, murmuraba o se reía, mayormente aquel principio:

*Riéndose va un arroyo,
sus guijas parecen dientes,
porque vio los pies descalzos
a la primavera alegre.*

Y no he dicho esto a vuestra merced sin causa, porque él debió de reírse de ver los de Laura, hermosa primavera entonces que, convidada del cristal del agua y del bullicio de la arena, que hacía algunas pequeñas islas, pensando detenerla, competían entrambos. Se descalzó y los bañó un rato, pareciendo en el arroyo ramo de azucenas en vidrio. Fuese Laura, que verdaderamente parece palabra significativa, como cuando decimos «Aquí fue Troya». Sus padres la recibieron con cuidado, que ya les parecía larga su ausencia; así era grande el amor que la tenían y le sintió el Trágico:

*¡Con cuán estrecho lazo
de sangre asido tienes,
naturaleza poderosa, a un padre!*

Hiciéronla mil regalos, aunque riña Cremes a Menedemo, que no quería en Terencio que se mostrase amor a los hijos.

Avisó en estos medios un criado de Lisardo a Fenisa, que lo era de Laura, de que estaba allí su dueño. Estos dos se habían mirado con más libertad, como su honor era menos, y la advirtió de que habían venido sin prevención alguna de sustento, porque Lisardo sólo le tenía de los ojos de Laura (que los criados disimulan menos las necesidades de la naturaleza, que sufren con tanta prudencia los hombres nobles). Fenisa lo dijo a Laura, que encendiéndose de honesta vergüenza como pura rosa, se le alteró la sangre, porque de la continuación de los ojos de Lisardo había tenido que sosegar en el alma con la honra y en el deseo con el entendimiento, y a hurto de su madre le dijo:

-No me digas eso otra vez.

Creyó Fenisa lo severo del rostro; creyó lo lacónico de las palabras. (Y advierta vuestra merced que quiere decir «lo breve», porque eran muy enemigos los lacedemonios del hablar largo; creo que si alcanzaran esta edad se cayeran muertos. Visitome un hidalgo un día, y habiéndome forzado a oír las hazañas de su padre en las Indias más de tres horas, cuando pensé que era su intento que le escribiese algún libro, me pidió limosna.) Fenisa finalmente creyó a Laura, que parece principio de relación de comedia; y como sabía su recato no le volvió a decir cosa ninguna. Pero viendo Laura que era más bien mandada de lo que ella quisiera, le dijo a solas:

-¿Cómo tuvo ese caballero tanto atrevimiento que viniese a esta huerta, sabiendo que no podían faltar de aquí mis padres?

-¿Cómo ha dos años que os quiere?, respondió Fenisa.

-¿Dos años? -dijo Laura-. ¿Tanto ha que es loco?

-No lo parece Lisardo -replicó la esclava-, porque tal cordura, tal prudencia, tal modestia en tan pocos años, yo no la he visto en hombre.

-¿De qué le conoces tú? -dijo Laura.

-De lo mismo que tú -respondió Fenisa.

-Pues ¿mírate a ti? -prosiguió la enamorada doncella.

-No, señora -replicó la maliciosa esclava-, que a la cuenta vos sola en Sevilla merecéis el desatinado amor con que os adora.

-¿Con que me adora? -dijo riéndose Laura-. ¿Quién te ha enseñado a ti ese lenguaje? ¿No basta que me quiera?

-Bastara a lo menos -replicó Fenisa- pues vos no correspondéis a tanto amor, siendo igual vuestro, y que fuera tanta dicha de los dos casaros.

-No tengo yo de casarme -dijo Laura- que quiero ser religiosa.

-No puede ser eso -respondió Fenisa-, porque sois única a vuestros padres y habéis de heredar cinco mil ducados de renta, y vale vuestro dote sesenta sin más de veinte que vuestra abuela os ha dejado.

-Mira que te aviso -dijo Laura entonces-, que no te pase por la imaginación hablarme más en Lisardo; Lisardo hallará quien merezca ese amor que dices, que yo no me inclino a Lisardo, aunque ha dos años que Lisardo me mira.

-Yo lo haré, señora -replicó Fenisa-, pero muchos Lisardos me parecen esos en tu boca para no tener ninguno en el alma.

Ya se llegaba la hora del comer y ponían las mesas -para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasión-, cuando Laura dijo a Fenisa:

-Lástima es, Fenisa, que ese caballero no coma por mi causa.

-¿No decías -respondió la esclava- que no te hablase en él?

-Así es verdad -replicó Laura-, y yo no hablo en él sino en que coma; haz por tu vida de suerte que nuestro cocinero te dé alguna cosa que le lleves, y dásela a su criado como que es tuya esta memoria.

-Que me place -dijo Fenisa-, para merecer algo como quien lleva al pobre la limosna que otro da, para que sea tuya la piedad y mía la diligencia.

Hízolo así Fenisa, y tomando un capón y dos perdices con alguna fruta y pan blanco, de que es tan fértil Sevilla, lo llevó al referido y le dijo:

-Bien lo puede comer Lisardo con gusto, que Laura se lo envía.

Túvole de manera este caballero, agradecidísimo a tanto favor, que ya se desesperaban los criados y se atrevieron a decirle:

-Si así come vuestra merced, ¿qué ha de quedar para nosotros?

-No sois -replicó Lisardo-, dignos vosotros de los favores de Laura; tanto que, si algo queda, se me ha de guardar para la tarde.

Crueldad le habrá parecido a vuestra merced la de Lisardo, aunque no sé si me ha de responder: «No me parece sino hambre.» Y cierto que tendrá razón, si no sabe lo que come un enamorado favorecido a tales horas. Pero, porque no le tenga vuestra merced por hombre grosero, sepa que les dio dos doblones de a cuatro (que era siglo en que los había) para que fuese el uno a Sevilla por lo que tuviese gusto; lo que ellos no hicieron y partiendo la moneda se llegaron hacia la casa de la huerta, donde las criadas los proveían de todo lo necesario.

Algo de esto veía Laura con harto gusto suyo; y no escondiéndose a sus padres, quisieron saber quién eran aquellos hombres que preguntados, respondieron que músicos. Y deseando alegrar a Laura, dijo el padre que entrasen, de que ellos se holgaron en extremo; y trayendo un instrumento, que claro está que le había de haber en la huerta o traerle las criadas de Laura, que algunas por lo moreno eran inclinadas al baile, con extremadas voces Fabio y Antandro cantaron así:

*Entre dos mansos arroyos,
que de blanca nieve el sol,
a ruego de un verde valle,
en agua los transformó;
mal pagado y bien perdido
(propia de amor condición,
que obliga con los agravios,
y con los favores no),*

*estaba Silvio mirando
del agua el curso veloz,
corrido de que riendo
se burle de su dolor.
Y como por las pizarras
iba dilatando el son,
a los risueños cristales
dijo con llorosa voz:
Como no saben de celos
ni de pasiones de amor,
ríense los arroyuelos
de ver cómo lloro yo.*

*Si amar las piedras se causa
de sequedad y calor,
bien hace en reírse el agua,
pues por fría nunca amó.
Lo mismo sucede a Filis,
que para el mismo rigor
es de más helada nieve
que los arroyuelos son.
Ellos en la sierra nacen,
y ella entre peñas nació,
que sólo para reírse
ablanda su condición.*

*Al castigo de sus burlas
tan necia venganza doy,
que estos dos arroyos miran
en mis ojos otros dos.*

*Lágrimas que dan venganza
notables flaquezas son;
mas deben de ser de ira
que no es posible de amor.
No me pesa a mí de amar
sujeto de tal valor,
que apenas puede a su altura
llegar la imaginación.*

*Pésame de que ella sepa
que la quiero tanto yo,
porque siempre vive libre
quien tiene satisfacción.*

*Por eso digo a las aguas
que risueñas corren hoy,
trasladando de su risa
las perlas y la ocasión:
Como no saben de celos
ni de pasiones de amor,
ríense los arroyuelos
de ver cómo lloro yo.*

Dudosa estaba Laura mientras cantaban Fabio y Antandro estos versos, si se habían hecho por ella; y aunque en todo convenían con el pensamiento de Lisardo, en quejarse de celos le parece que difería mucho de su honestidad y recogimiento, si bien esto no satisfacía a la duda, porque los amantes sin dárselos tienen celos, y no han menester ocasión para quejarse, a la traza de los niños, que se suelen enojar de lo que ellos mismos hacen. Pidieron los padres de Laura a Fabio no se cansase tan presto, y él y Antandro, en un tono del único músico Juan Blas de Castro, cantaron así:

*Corazón, ¿dónde estuvisteis,
que tan mala noche me disteis?
¿Dónde fuisteis, corazón,
que no estuvisteis conmigo?,
siendo yo tan vuestro amigo,
¿os vais donde no lo son?
Si aquella dulce ocasión
os ha detenido así,
¿qué le dijisteis de mí
y de vos qué le dijisteis,
que tan mala noche me disteis?
A los ojos es hacer,
corazón, alevosía,
pues lo que ellos ven de día,
de noche lo vais a ver.
Ellos me suelen poner
en ocasiones de gloria,
pero vos con la memoria
yo no sé dónde estuvisteis,
que tan mala noche me disteis.
Corazón, muy libre andáis,
cuando preso me tenéis,
pues os vais cuando queréis,
aunque yo quiero que os vais.
Allá vivís y allá estáis;
no parece que sois mío,
si pensáis que yo os envío;
¿qué esperanzas me trajisteis,
que tan mala noche me disteis.*

Ya se quedaban los instrumentos con el eco de las consonancias (aunque si bien me acuerdo, no era más de uno), cuando Laura preguntó a Fabio quién era el escritor de aquellas letras. Fabio le respondió que un caballero que se llamaba Lisardo, mancebo de veinticuatro años, a quien ellos servían.

-Por cierto -dijo Laura-, que él tiene muy cuerdo ingenio.

-Sí tiene -dijo Antandro-, y acompañado de linda disposición y talle, pero sobre todo de mucha virtud y recogimiento.

-¿Tiene padres? -dijo el de Laura.

-No, señor -respondió Fabio-, ya murió Alberto de Silva, que vuestra merced habrá conocido en esta ciudad.

-Sí conocí -dijo el viejo-, y era grande amigo mío y de los hombres ricos de esta ciudad; y me acuerdo de ese caballero su hijo, cuando era niño y comenzaba a estudiar gramática, y me alegro que haya salido tan semejante a su padre. ¿No trata de casarse ahora?

-Sí trata -dijo Antandro-, y lo desea en extremo, con una hermosa doncella igual a sus merecimientos en dotes naturales y bienes de fortuna.

Con esto los mandó regalar Menandro, que así era el nombre del padre de Laura, y ellos se despidieron contando entre los árboles a Lisardo todo lo que les había sucedido, que los estaba esperando desesperado. Laura quedó cuidadosa, llena de solícito temor, que así define el amor Ovidio, porque dio en imaginar que aquella doncella con quien quería casarse Lisardo era otra, y que las finezas eran fingidas, no conociendo que Antandro lo había dicho para que Laura entendiese su deseo; así es temeroso el amor, atribuyendo siempre en su daño hasta su mismo provecho. No pudo alegrarse más y dando prisa a sus padres con no sentirse buena se volvieron a Sevilla. Durmió mal aquella noche, y el día siguiente la afligió tanto aquel pensamiento que se vino a resolver en escribirle. Vuestra merced juzgue si esta dama era cuerda, que yo nunca me he puesto a corregir a quien ama. Borró veinte papeles y dio el peor y el último a Fenisa, que con admiración, que se pudiera llamar espanto, le llevó a Lisardo, que en aquel punto iba a subir a caballo para pasear su calle. Casi fuera de sí oyó el recado de palabra y, llevándola de la mano a un jardín pequeño, que en frente de la puerta principal de su casa ofrecía a la vista algunos verdes naranjos, la dio muchos abrazos; y recibiendo el papel con más salvas que si trajera veneno, abrió la nema, guardó la cubierta y leyó así:

Los años que vuestra merced me ha obligado a su conocimiento, parece que me fuerzan en cortesía a darle el parabién de su casamiento, que a mis padres contaron sus criados, mayormente siendo tan acertado con dama tan hermosa y rica. Pero suplico a vuestra merced que ella no sepa este atrevimiento mío, que me tendrá por envidiosa, y vuestra merced no ha menester hacer gala de mi cortesía para acreditarse, pues no será esa señora tan humilde que no piense que lo que ella merece vale por sí mismo esta general estimación de todas.

Con una blanda risa, más en los ojos que en la boca, dobló el papel Lisardo y, por lo que había contado Antandro, conoció el engaño de Laura, o que se había valido de aquella industria para provocarle a desafío de tinta y pluma, que en las de amor es lo mismo que de espada y capa. Llevó a Fenisa a un curioso aposento bien adornado de escritorios, libros y pinturas, donde le dijo que se entretuviese mientras escribía. Fenisa puso los ojos en un retrato de Laura, que un excelente pintor había hecho al vuelo de sólo verla en misa; y Lisardo escribió, haciendo gala de que fuese aprisa y con donaire; y cerrado el papel abrió un escritorio y, dando cien escudos a Fenisa, le abrió las entrañas. Fuese la esclava, y Lisardo volvió a leer el papel otras dos veces, y poniéndole la cubierta encima, le acomodó en una naveta de un escritorio donde tenía sus joyas, porque así le pareció que le engastaba.

Llegó Fenisa donde Laura esperaba la respuesta con inquietud notable; dióle el papel, contole el gusto con que la había recibido, el aseo de su aposento, la grandeza de su casa, y calló los cien escudos, aunque hizo mal, que también esto obliga a quien ama y desea ser amada. Pero peor hubiera sido que confesara la mitad, como hacen muchos criados, en ofensa grave de la liberalidad de los amantes. Abrió Laura el papel con menos ceremonias, aunque por ventura con más sentimiento, y leyó así:

La señora que yo sirvo, y lo es de mi libertad, y con quien deseo casarme, es vuestra merced; y esto mismo dijo Antandro para que en este sentido se entendiese. Con esta satisfacción pudiera vuestra merced tener envidia de sí misma, si yo mereciera lo que dice para honrarme, que no tengo ni tendré otro dueño mientras tuviere vida.

Cuando yo llego a pensar por dónde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra más excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la filosofía que consiste en él la generación y conservación de todas las cosas en cuya unión viven, aunque entre la armonía de los cielos, que el aforismo de que todas las cosas se hacen a manera de contienda, eso mismo que las repugna, las enlaza. Y así se ve que los elementos que son los mayores contrarios simbolizan en algunas cosas y comunican sus calidades. Convienen el fuego y el aire en el calor, porque el fuego le tiene sumo y el aire moderado; el fuego y la tierra en lo seco; el aire y el agua en lo húmido; y el agua y la tierra en lo frío, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y a este ejemplo, las demás de la generación y corrupción de la naturaleza. Pero dirá vuestra merced: «¿qué tienen que ver los elementos y principios de la generación de amor con las calidades elementales?» Mas bien sabe vuestra merced que nuestra humana fábrica tiene de ellos su origen, y que su armonía y concordancia se sustenta y engendra de este principio que, como siente el Filósofo, es la primera raíz de todas las pasiones naturales.

Notable edificio, pues levanta amor en esta primera piedra de un papel que sin prudencia escribió esta doncella a un hombre tan mozo, que no tenía experiencia de otra voluntad desde que había nacido. ¿Quién vio edificio sobre papel firme? ¿Ni qué duración se podrá prometer la precipitada voluntad de estos dos amantes, que desde este día se escribieron y hablaron, si bien honestamente fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda que si luego pidiera Lisardo a Laura, Menandro lo hubiera tenido a dicha; pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, a lo menos asegurarse de ella, dio causa a que la dilación trajese varios accidentes como suele en todas las cosas, donde se acude con la ejecución después del maduro acuerdo, como sintió Salustio.

Tenía Lisardo un amigo que desde sus tiernos años lo había sido, igual en calidad y hacienda, llamado Otavio, procedido de ciertos caballeros genoveses que en aquella ciudad habían vivido y a quien la mar no había correspondido, ingrata, a lo que en confianza suya habían aventurado. Este amaba desatinadamente una cortesana que vivía en la ciudad, tan libre y descompuesta, que por su bizarría y despejo público era conocida de todos. Pasaba el pobre Otavio sus locuras con inmenso trabajo de su espíritu y no pequeño daño de su hacienda, porque a vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecía que tenía adquirido.

Amor no se conserva sin esto, yo lo confieso; pero en este género de mujeres es la codicia insaciable. Hame acontecido reparar en unas yerbas que tengo en un pequeño huerto que con la furia del sol de los caniculares se desmayan de forma que, tendidas por la tierra, juzgo por imposible que se levanten; y echándolas agua aquella noche, las hallo por la mañana como pudieran estar en abril después de una amorosa lluvia. Este efecto considero en la tibieza y desmayo del amor de las cortesanas, cuando la plata y oro las despierta y alegre tan velozmente, que el galán que de noche fue aborrecido porque no da, a la mañana es querido porque ha dado. Olvidada finalmente Dorotea, que así se llamaba

esta dama, de las obligaciones que tenía a Otavio, puso los ojos en un perulero rico -así se llaman-, hombre de mediana edad y no de mala persona, aseo y entendimiento. A pocos lances conoció Otavio la mudanza, y siguiéndola un día, la vio entrar disfrazada en la casa del indiano referido, donde esperó desatinado a que tomase puerto en la calle de aquella embarcación tan atrevida y, asiéndola del brazo, la dio, con poco temor del perulero y vergüenza de la vecindad, algunos bofetones. A sus voces y de la criada, que llegando a defenderla partieron la ganancia, salió Fineo, que este fue su nombre, o lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor que si se quedara en ella, pero con más provecho suyo. Corrido Otavio, como era justo, porque al huir, dice Carranza (y lo aprueba el gran don Luis Pacheco), no hay satisfacción, dio parte a su amigo Lisardo de su disgusto. Y con los dos criados músicos referidos fueron a esperarle dos o tres noches, porque él no salía sin cuidado de su casa; y la última, que venía de visitar un amigo (¡oh noche, qué de desdichas tienes a tu cuenta!; no en balde te llamó Estacio acomodada a engaños, Séneca, horrenda; y los poetas hija de la tierra y de las Parcas, que es lo mismo que de la muerte, pues ellas matan y la tierra consume lo que en tierra), salieronle al paso Otavio y Lisardo con los criados, y dándole muchas cuchilladas se defendió valerosamente con los suyos hasta que cayó muerto, dejando a Otavio herido de una estocada, de que también murió de allí a tres días. Estos estuvo retraído Lisardo; y queriendo hacer fuerza la justicia en sacarle de la iglesia, le fue forzoso ausentarse, y con grandes lágrimas de Laura y suyas salió de Sevilla, y por ser ocasión en que se partía la flota de Nueva España, aconsejado de amigos y deudos, se pasó a las Indias.

Fue tan difícil de remediar este caso, aunque de entrambas partes había dos muertes, que no pudo volver a Sevilla Lisardo cuando pensaba.

En triste ausencia quedó Laura con tan notable sentimiento de su partida, conocido de sus padres, que con algún advertimiento reparaban en Lisardo y no les pesara de que fuera su yerno; pero habiendo pasado dos años de inmensa tristeza, le propusieron algunos casamientos para sacarla de ella, de personas ilustres y dignas de su hermosura, calidad y hacienda. Era de suerte lo que Laura sentía que le tratasen de esto, que cada vez que lo intentaban la tenían por muerta; pero habiéndose informado de Fenisa, y entendiendo que mientras estuviese en esperanza de casarse con Lisardo no admitiría casamiento alguno, determinó Menandro de fingir una carta que diese nuevas; entre otras relaciones, de que, Lisardo se había casado en México, y una aparte para un amigo suyo que, visitándole, dejase caer al descuido, que hallada de Laura decía así:

En este viaje no tengo que advertiros más de que todo se despacha bien, y mejor lo que vos menos pensabais. Llegó bueno el Virrey, y creo que nos hemos de hallar muy bien con él, porque es un gran príncipe, celoso del servicio de Dios y de Su Majestad. Hacedme placer de saber en qué estado están los negocios de Lisardo de Silva en esa ciudad, porque ya son tan propios míos, que le he casado con mi hija Teodora, con mucho gusto de entrambos, porque se querían mucho. Esto me importa notablemente, porque quiere ir Lisardo a España y pretender un hábito en la corte, y yo deseo ver honrada mi casa y que comience su valor en este caballero, a quien por el que tiene en todo he dado en dote sesenta mil ducados.

Cómo quedaría Laura con esta carta, echada con tan falso descuido para darle tan verdadero cuidado, no es posible encarecerlo: pobre amante que, cuando estaba solicitando su libertad para verla, se la estaban quitando con tan notable industria. Y no se engañaron, aunque vuestra merced lo sienta, que pasados algunos días de lágrimas se consoló, como lo hacen todas, y dijo a sus padres que quería obedecerlos. Los cuales, así como conocieron el efecto de la industria, trataron de darle marido que deshiciese con su presencia fácilmente la voluntad de Lisardo, que no había podido tan larga ausencia.

Había un caballero en la ciudad, no de tan gallarda persona pero de más juicio, años y opinión constante, rico y lustroso de familia, y codiciado de muchos para yerno, porque traía escrita en la frente la quietud y en las palabras la modestia. Tratose entre los deudos de la una y otra parte el concierto, y estando a todos con igualdad, no fue difícil de llegar a ejecución con la brevedad que los padres de Laura deseaban.

Casose Laura, y en esta ocasión dijera un poeta si había asistido Himeneo triste o alegre, y si tenía el hacha viva o muerta, ceremonia de los griegos, como llamar a Talasio de los latinos. Y porque vuestra merced no ignore la causa por que invocaba la gentilidad en las bodas este nombre, sepa que Himeneo fue un mancebo, natural de Atenas, de tan hermoso y delicado rostro que, con el cuidado de los rizos del cabello, como ahora se usan, era tenido por mujer de muchos. Enamorose este mancebo ardentísimamente de una hermosa y noble doncella, sin esperanza de fin a su deseo, porque en sangre, hacienda y familia era inferior y desigual, con diferencia grande. Con esta desconfianza, Himeneo, para sustentar sus ansias siquiera de la amada vista de esta doncella, vestíase su mismo hábito; y mezclándose con las demás que la acompañaban, ayudado de los colores de su rostro, en amistad honesta vivía con ella y la seguía a las fiestas y campos sin osar declararse por no perderla.

En este tiempo le sucedió lo que a muchos que pensando engañar lo quedan ellos; porque habiendo salido fuera de la ciudad su dama con otras muchas a los sacrificios de Ceres Eleusina, saltaron de improviso en tierra y con las demás doncellas le robaron. Ellos, la presa y la nave tomaron puerto cerca; y habiendo repartido a su gusto lo que a cada uno le tocaba, hicieron fiesta sobre la yerba, y andando Ceres y Baco dando calor a Venus, con el trabajo del remo y descanso del vino se rindieron al sueño. Himeneo, valerosamente gobernado de su ánimo en ocasión tan fuerte (que la hermosura en los hombres no estorba la valentía del corazón, y yo he visto muchos feos cobardes), sacó la espada de la cinta al capitán de los piratas, y uno a uno los cortó las cabezas, embarcó las doncellas y con inmenso trabajo volvió a Atenas. Los padres de las cuales, en remuneración de tanto beneficio solicitaron al de su dama, y se la dio por mujer, con la cual vivió en paz, sin celos, sin disgusto y con muchos hijos, de donde tomaron ocasión los atenienses de invocarle en sus bodas como a hombre tan dichoso en ellas, y poco a poco se fue introduciendo el cantarle himnos, como a su protector, de que se hallan tantos en los poetas griegos y latinos, y a recibirse su nombre por las mismas bodas.

No pienso que le habrá sido a vuestra merced gustoso el episodio, en razón de la poca inclinación que tiene al señor Himeneo de los atenienses; pero por lo menos le desvié la imaginación del agravio injusto que hicieron estas bodas al ausente Lisardo, y la facilidad con que se persuadió la mal vengada Laura. Aunque por el camino que fue la industria, ¿a qué mujer le quedara esperanza cuando no quisiera vengarse? Cosa que apetecen enamoradas con desatinada ira, tanto que en viendo cualquier retrato de mujer, pienso que es la venganza.

Puso Marcelo, que así se llamaba su marido, ilustre casa; hizo un vistoso coche, el mayor deleite de las mujeres. Y en esta parte soy de su parecer por la dificultad del traje y la gravedad de las personas, y más después que se han subido en un monte de corcho, haciéndose los talles tan largos que se hincan de rodillas con las puntas de los jubones. Casose un hidalgo, amigo mío, de buen gusto, y la noche primera que se había de celebrar el himeneo en griego y la boda en castellano, vio a su mujer apearse de tan altos chapines y quedar tan baja, que le pareció que le habían engañado en la mitad del justo precio. Dijo entonces ella: «¿Qué os parece de mí?»

Y él con poco gusto le respondió: «Paréceme que me han dado a vuesa merced como a mohatra, pues he perdido la mitad de una mano a otra». A quien yo consolé con la respuesta de aquel filósofo que, diciéndole un amigo suyo que por qué se había casado con

una mujer tan pequeña, respondió: «del mal lo menos». Mas cierto que todos se engañan; que una mujer virtuosa, o sea grande o pequeña, es honra, gloria y corona de su marido, de que hay tantas alabanzas en las divinas letras. Y ¡ay del enfermo que ellas no curan, el solo que no regalan y el triste que no alegran!

Entre otras cosas que trajo Marcelo a su casa fue un esclavo de quien fiaba mucho, alarbe de nación, que en una presa del general de Orán había sido cautivo. Este tenía cuenta de los caballos del coche y de otros dos en que paseaba, de los Valenzuelas de Córdoba, que también hay linaje de caballos con su nobleza. No se olvide, pues, vuestra merced de Zulema, que así se llamaba, que me importa para adelante que le tenga en la memoria.

Casados vivían en paz (aunque sin señales de hijos, que lo suelen ser del matrimonio) Marcelo y Laura, cuando habiéndose acabado con ruegos y dineros y años, que lo vencen todo, el pleito de Lisardo, apareció en Sanlúcar con los galeones de Nueva España; y como de su pensamiento no diese parte a nadie, y por coger de improviso a Laura con la alegría de su presencia, ignorante de su casamiento, vino a Sevilla.

No le dijeron en su casa nada, o ya ocupados en verle o ya porque pensaron que cosa tan notable para él como estar casada Laura ya la sabría, o por no le recibir con malas nuevas, que suele ser la mayor ignorancia de los deudos y amigos. Con esto, así como estaba, y solo quitándose las espuelas, se fue a su casa. Serían las ocho de la noche, y vio Lisardo en el patio tan diferente ruido que se le turbó el corazón y heló la sangre. Y después de un rato preguntó a un criado que ayudaba a poner en su lugar aquel vistoso coche, en que debía de haber venido Laura, quién vivía en aquella casa.

-Aquí vive Menandro -le respondió-, y Marcelo, su yerno.

Pasole el corazón esta palabra y todo temblando le dijo:

-Pues ¿casó a la señora Laura?

-Sí -replicó el criado con sequedad.

Y se lo pagó Lisardo con muchas lágrimas, que de improviso vinieron a los ojos por ayudar al corazón en tan justo sentimiento. Sentose en un poyo que estaba junto a la puerta, y no pudiendo hablar porque le ahogaba el dolor vertió parte del veneno, con que sintió algún alivio. Levantose finalmente, porque ya reparaban en él, que la buena disposición lo solicitaba, con las galas y plumas del camino en las cuales fue la primera venganza, porque haciéndolas pedazos sembró de ellas la calle diciendo:

-Estas y mis esperanzas todo es uno.

De allí pasó a los guantes, y tirándose de una cadena de piezas, la perdió toda.

Bien había hora y media que andaba el afligido mozo por la calle cuando, habiendo oído algún ruido en una sala, asió las manos a los hierros de su reja y, sin mirar él qué hacía se asomó a uno de los postigos de la ventana, donde vio sentarse a la mesa a Laura, a su marido y a sus padres. Aquí perdió el sentido y, cayendo en tierra, estuvo desmayado un rato. Volvió en sí y, trepando segunda vez por los hierros, vio la ostentación de la plata y familia con que se servían, el contento que mostraban y los platos y regalos que Marcelo hacía a Laura tan amorosamente. Reparaba en su rostro, en su vestido y en el buen aire con que cenaba (que el comer aseadamente y con despejo se cuenta entre las cosas a que está obligado un hombre bien nacido), y le parecía que en su vida había visto hombre más hermoso. ¡Oh celos, qué de cosas feas habéis hecho que parezcan lo contrario! Allí se extendía la imaginación a cosas terribles de sufrir y, entre todas, a creer que Laura estaría enamorada de Marcelo, como era razón, y como a él le parecía que era forzoso merecerlo. Suspiraba Lisardo, deseando que le oyese Laura. ¡Qué locura! Mas ¿quién tuviera prudencia en tal desdicha? Acabose la cena de Marcelo y la paciencia de Lisardo a un mismo tiempo. Ellos se recogieron después de un rato de conversación, y él se quedó con todas sus esperanzas en la calle.

La pena de su casa era forzosa y así salieron a buscarle por varias partes sin que dejasen amigo donde no fuesen. Acordose Antandro de los pensamientos de Laura, partió a su casa y halló en su calle a su señor poco menos que loco y algo más que desdichado. Quitole, después de muchas razones y conveniencias, del puesto que había tomado como soldado de amor hasta el cuarto del alba. Trájole a su casa con buenos consejos, y haciéndole acostar no durmieron entrambos, porque en contarle lo que había visto y lamentarse de Laura llegó el día. Rogó a Antandro que fuese en casa de Menandro y procurase ser visto de Fenisa. Lo cual sucedió tan bien que apenas le vio la esclava cuando, puesto su manto y aquel sombrero que con tanta bizarría se ponen las sevillanas, salió a buscarle. No habían los dos traspuesto la calle cuando Fenisa le dio muchos abrazos, y preguntándole por Lisardo llegó el esclavo Zulema referido, y ella interrumpió la plática y se volvió a su casa.

Reparó el esclavo en el forastero y, algo celoso de Fenisa, quiso seguirle; pero Antandro le burló en una de las muchas calles estrechas de aquella ciudad, y dio cuenta a Lisardo de que ya Laura sabría que él estaba en Sevilla.

Con aquella ocasión, el tierno amante tomó la pluma y, escribiendo un papel, le dijo a Antandro que le llevase, y si pudiese dárselo a Fenisa, la prometiese grandes intereses y regalos por la fe y confianza de este secreto. Sucedió así; y Laura, que ya sabía que había venido, con poca alteración y mucha curiosidad le abrió severa y leyó así:

Anoche llegué a Sevilla a vivir en tu vista de tanta muerte como he padecido en tu ausencia, y cumplir la palabra que te había dado de ser tu marido. La primera cosa que supe fue que le tenías; y la segunda, verle con tanto dolor mío, que sólo pudo impedir el matarme saber que hay alma. Cruelmente has procedido con mi inocencia. No eran esas las palabras en mi partida a México, acreditadas de tantas lágrimas; pero eres mujer, último consuelo de los hombres. Mas para que veas la diferencia que mi amor hizo al tuyo, mientras dispongo de mi hacienda viviré en Sevilla, y luego me cubrirá un pobre hábito, que quiero fiar del cielo mi remedio, porque en la tierra no le espero de nadie.

Sin alteración dije que abrió el papel Laura, pero no le volvió a cerrar sin mucha; y dudosa de que podría mentir Lisardo, como suelen muchos cuando la prueba de sus mentiras tiene ultramarino el término, abrió un escritorio donde tenía la carta fingida de su padre, más acaso que con cuidado, y había querido rasgar siempre que la veía, y poniéndole una cubierta se la envió a Lisardo.

Alguna alegría le causó entonces ver papel suyo; pero cuando desconoció la letra y vio la firma fingida de un mercader que él había conocido en México, leyó la carta y con un suspiro en voz triste dijo:

-Este me ha muerto.

Pasó aquel día y, haciendo que le cortasen de vestir de luto, al siguiente salió por la ciudad tan desconocido, que daba ocasión a todos de preguntarle la causa para la cual no le faltaba industria. Con esto volvió a escribirla, diciendo así:

Invención de mi fortuna fue esta carta para quitarme todo mi bien, y aunque parece bastante disculpa no la puede haber de no haber venido acompañada de una letra sola, que desprecios de lo que se ha querido no dan honra a quien aborrece, ni con ella cortó jamás la espada de los nobles en los que están rendidos. Yo partí de Sevilla por fuerza, navegué sin vida, llegué a México sin alma, viví muerto, guardé lealtad invencible, volví con esperanza, hallé mi muerte, y para todo he hallado consuelo en el engaño de esta carta; mas para tanto desprecio será imposible que tenerme en poco aunque sea sobra de contento en el nuevo estado, es falta de discreción en la cortesía.

A este papel respondió Laura el que se sigue:

Lo que pareciera liviandad en mi honor no ha sido descortesía al vuestro; pero cuando la hubiera usado, bien la merece un hombre que niega haberse casado en Indias, pues el

luto que trae muestra bien que, porque ha enviudado, quiere que yo crea que no se casó, y que es verdadera esa carta.

Aquí pensó rematar el juicio Lisardo, viendo que el luto que se había puesto para obligarla con el sentimiento le había resultado en mayor daño. Quitósele el mismo día y, siéndolo de fiesta, se vistió las mejores y más ricas galas que tenía, y con extremadas joyas se fue a San Pablo, donde Laura vino a misa y le vio en hábito tan diferente, que se certificó que el luto era fineza y la carta mentira. Con esto y la solicitud de Lisardo comenzó amor a revolver las cenizas del pasado fuego donde, como suelen algunas centellas, se descubrían algunas memorias. Fenisa terciaba, obligada de dineros y vestidos; Laura miraba amorosa; Lisardo se atrevía, y con esperanzas de algún favor volvió presto en sí y estaba en extremo gentilhomme. Marcelo reparaba poco en las bizarrías de Laura, pareciéndole no estrechar los pocos años a más grave estilo de recogimiento. Con esto, al paso de su descuido, crecía el cuidado de los dos y a vueltas el atrevimiento. Ya los papeles eran estafeta ordinaria, y se iba disponiendo el deseo a poco honestos fines (que Marcelo no era amoroso ni había estudiado el arte de agradar, como algunos que piensan que no importa y que todo se debe al nombre, no considerando que el casado ha de servir dos plazas, la de marido y la de galán, para cumplir con su obligación y tener segura la campaña).

Paréceme que dice vuestra merced: «¡Oh, lo que os deben las mujeres!». Pues le prometo que aquí me lleva más la razón que la inclinación, y que si tuviera poder instituyera una cátedra de casamiento donde aprendieran los que lo habían de ser desde muchachos y que, como suelen decir los padres unos a otros: «Este niño estudia para religioso», «este para clérigo», etc., dijeran también «este muchacho estudia para casado». Y no que venga un ignorante a pensar que aquella mujer es de otra pasta porque es casada, y que no ha menester servirla ni regalarla porque es suya por escritura, como si lo fuese de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traerla mil mujeres a los ojos, sin reparar, como sería justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene después del alma, como es la honra, la vida, la quietud, y aún con ella, que muchos la habrán perdido por esta causa. Diga ahora vuestra merced, suplícoselo, que si es esta novela sermonario. No, señora, responderé yo, por cierto, que yo no los estudio en romance, como ya se usa en el mundo, sino que esto me hallé naturalmente y siempre me pareció justo.

Consolado estaba Lisardo de haber perdido a Laura, pareciéndole que no era perderla estar tan cerca de la posesión que tantos años de pena le había costado; que como los deseos de amor de una y de otra manera tienen un mismo fin, aunque sea por breve hurto y con peligro del deshonor ajeno y daño propio, se buscan y solicitan. Lisardo, favorecido, amaba; Laura, libre y olvidada de lo que se debía a sí misma, no advertía qué fin suelen tener iguales atrevimientos. Antandro era el secretario, Fenisa el paraninfo; en la iglesia se miraban, en la calle se hacían amorosas cortesías y en el campo se hablaban, y algunas veces por las rejas, mientras Marcelo dormía y otras que estaba más advertido, Fabio y su amigo en el mayor silencio de la noche cantaban así:

*Belisa de mi alma,
de cuyos ojos bellos
el mismo sol aprende
a dar su luz al suelo;
Belisa más hermosa
que en el cielo sereno
al alba y a la tarde,
el cándido lucero,
que ya por este valle,
de hoy más le llamaremos*

*la estrella de Belisa,
como hasta aquí de Venus;
dejando tu hermosura,
si yo dejarla puedo,
y celebrando solo
tu raro entendimiento,
¿quién no dirá, señora,
que cuidadoso el cielo
puso por alma un ángel
en tu divino cuerpo?
Gloriosa está la mía
de tenerte por dueño,
si bien las esperanzas
me tienen vivo y muerto.
Vivo, porque me animan
al fin donde no llego;
y muerto en ellas mismas,
porque esperando muero.
Todos, Belisa mía,
se quejan que por ellos
el tiempo aprisa pasa
sin poder detenerlo.
Y yo, de que camina
tan despacio me quejo,
que pienso que se para
en mis años el tiempo.
A muchos que han amado
dio Tántalo su ejemplo;
mas como a mí ninguno
con tan alto deseo.
Lo que me dan me falta,
no tengo el bien que tengo,
viniendo a ser mis obras
mentales pensamientos.
Usa mi amor ahora
de los antojos nuevos,
cerca para los ojos,
para los brazos lejos.
Belisa, pues naciste
tesoro de los cielos,
¿quién para mí te hizo
de sueño lisonjero?
Pues, cuando más segura
pienso que te poseo,
despierto y no te hallo,
que eres verdad y sueño.
Contigo, dueño mío,
nació mi amor primero,
contigo se ha criado,
contigo fue creciendo.*

*Aciertan los que juzgan
que es mi pecho pequeño
para un amor tan grande,
mas no para tu pecho.
Y llaman esperanzas
los males que padezco;
pidiendo posesiones,
levántanme que espero.
En deseos aprisa
esperanzas de asiento
es muerte dilatada,
no habiendo mar en medio.
¡Qué pocas que me dieran,
si padecieran ellos!
Mas si años hacen penas,
¿qué amante fue más viejo?
Perdona si te canso,
que mientras no te tengo,
no puedo amarte más,
ni desearte menos.*

Así pasaba Lisardo sus esperanzas, unas veces alegre y otras triste; y Laura, con papeles y favores, unas veces le divertía y otras aseguraba cuyas dudas y deseos le significó un día en estos versos:

*Pensamiento, no penséis
que estoy de vos agraviado,
pues me dejáis obligado
con el daño que me hacéis;
antes pienso que tenéis
queja de mí con razón,
porque he puesto en condición
de quien sabéis la mudanza:
que no merece esperanza
quien no piensa en posesión.
Nunca vos y yo pensamos,
aunque vos sois pensamiento,
vernos en tan alto intento,
que los dos nos envidiamos;
pues si contentos estamos,
vos del lugar en que estáis,
y yo de que le tengáis,
no sufráis que culpa os den
de que no estimáis el bien,
pues que nunca al bien llegáis.
Este imposible forzoso
de alguna noble desdicha
hace dilatar la dicha
al que puede ser dichoso;
de confuso y temeroso,
que no lo digáis consiento,*

*que en mi grave sentimiento,
 lo que sabemos los dos,
 no lo fiara de vos
 a no ser mi pensamiento.
 Quiero, y no puedo alargarme
 a ejecutar lo que quiero;
 espero lo que no espero,
 por ver si puedo engañarme;
 sin saber determinarme
 ya determinado estoy;
 a quien me niego me doy,
 y en este mortal disgusto
 soy Tántalo de mi gusto
 y el mismo imposible soy.
 Fuerte linaje de mal
 es huir el rostro al bien,
 quien llega a que se le den
 con mérito desigual;
 en congoja tan mortal
 lo mismo que dudo creo;
 y en tal estado me veo,
 sin poderme remediar,
 que aún no puedo desear
 eso mismo que deseo.
 Vos, hermoso dueño mío,
 recibid, pues vuestro soy,
 del imposible en que estoy,
 la satisfacción que envió;
 contra mis dichas porfío
 entre atrevimiento y miedo,
 pero en laberinto quedo
 donde tengo de morir,
 pues, cuando voy a salir,
 pruebo a salir, y no puedo.*

En estos últimos versos anduvo menos cortesano Lisardo que en los demás que habló con su pensamiento, pues confesaba que había hecho diligencias para salir, si no se ha de entender con lo que dijo Séneca, que el amor tenía fácil la entrada y difícil la salida. No sé qué disculpa halle a este caballero, habiendo sido opinión del mayor filósofo que amor ni lo es para ese fin ni sin él: cosa que me holgara de preguntársela si viviera ahora, aunque fuera desde aquí a Grecia, porque parece que implican contradicción esas dos sentencias; sino es que quiere decir que puede haber amor verdadero con deseo de unión y sin él. Vuestra merced juzgue cuál de estos dos tiene ahora en el pensamiento, y perdone a los pocos años de Lisardo el no platonizar con la señora Laura.

Finalmente, de línea en línea, se acercó Lisardo a la última de las cinco que Terencio le puso en el Andria, en cuya final proposición Laura le escribió así:

Si fuera vuestro amor verdadero, él se contentara, Lisardo mío, del estado en que vuestra venida de las Indias halló mi honra, pues bien sabéis que me casé engañada, que os esperé firme y que os lloré casado. No sé cómo queréis que pueda atropellar por la obligación de mis padres, el honor de mi marido y el peligro de mi fama, cosas tan graves que por cualquiera de ellas conozco que queréis más vuestro gusto sólo que a todas juntas.

Mis padres son bien nacidos; mi marido me tiene obligada con su amor y con sus regalos; mi fama es la mayor joya de mi persona. ¿Qué haré si todo lo pierdo por vuestra liviandad? ¿Cómo cobrarán mis padres su autoridad, mi marido su opinión y yo mi nombre? Contentaos, señor mío, con que os amo más que a mis padres, que a mi dueño y que a mí misma sin que me respondáis que, si fuera así, todo lo aventurara por vos. Yo os confieso que mirado de presto parece verdad, pero considerado es mentira. Porque podré yo replicaros que, si vos no aventuráis por mi cosa que vos podéis vencer con sólo que queráis, ¿cómo queréis que yo por vos aventure lo que no puedo cobrar si una vez lo pierdo por vos? Mirad cuál hará más en esta turbada confusión de nuestro amor: yo, que sufro lo mismo que vos y soy mujer, o vos, que me queréis perder por no sufriros a vos. Quisiera traeros ejemplos de algunas desdichas, pero conozco vuestra condición, y sé que habéis de pasar por los renglones de esta materia como quien topa enemigo en la calle, que hace que no le ve hasta que sale de ella. Más pluguiera a amor que no tuviera esto más inconveniente que perder la vida, que vos vierais que no es el mío tan cobarde que no la aventurara por vos, y me fuera la muerte dulce y agradable. Reciba yo este favor de vos; que con el entendimiento consultéis este papel y no con la voluntad, que ella os templará el deseo y durará nuestro amor; que con lo que vos queréis corre peligro de acabarse.

Cuando Lisardo estaba por instantes deseando la ejecución de su deseo y el puerto de su esperanza, de que tenía celajes en las cosas que suelen prevenirle, pensó acabar la vida; lloró, que amor es niño y, como los que lo son arrojan lo que les dan, si no es todo lo que piden, trató el papel sin respeto y dijo a las letras que solía venerar algunas necias injurias. Últimamente puso la pluma en el papel y escribió así:

Mi amor es verdadero, más sin comparación que el de vuestra merced; y si mi deseo le desacredita, no he tenido yo la culpa, sino quien le ha llevado de la mano a ser tan loco, desdicha que se pudiera haber excusado entre los dos, vuestra merced favoreciéndome y yo engañándome. Sus padres de vuestra merced, su dueño y su fama pongo en los ojos con toda la veneración que debo, y del poco respeto que hasta aquí los he tenido pido perdón, con protestación de tanta enmienda que venza mi recato por infinita distancia la libertad de mis pasados pensamientos. Y suplico a vuestra merced también se tenga por servida con ellos de perdonarme la parte que le alcanza de esta ofensa, que como la comencé a querer en fe de marido, no era mucho que se continuase aquel deseo por tan honesto fin; si bien conozco que fue criarle con veneno, y que es tan poderosa esta costumbre que no pudiendo, como no puedo, olvidar a vuestra merced, será fuerza ausentarme. Mañana partiré a la Corte a mis pretensiones, que la que los dos tratábamos tuvo suspensas, donde, o se me olvidará con su variedad este desatinado pensamiento, o me dejará presto de cansar tan enojosa vida.

Muchas lágrimas costó a Laura este papel y, pensando que Lisardo no hiciera lo que a ella le pareció que no podía, descuidose de remediarlo. Aguardó el desesperado mozo dos días al fin de los cuales salió de Sevilla con Antandro y Fabio, pasando en postas por la calle de Laura, que al ruido de la corneta y al rebato del alma, dejando la labor, se puso a una reja donde estuvo sin color hasta que le perdió de vista. Lisardo llegó a la Corte con tan poco ánimo, que desde cualquier lugar que llegaban decía que se volviesen. Entretuvo los primeros días en ver el palacio, sus consejos, sus pleiteantes, sus pretendientes, el Prado, eterna procesión de coches; el río de juego de manos, que le ven y no le ven, y ya está en una parte y ya en otra; los caballeros, los señores, las damas, los trajes y la variedad de figuras que de todas las partes de España, donde no caben, hallan en ella albergue. Después comenzó con más conocimiento a continuar visitas, que le pudieran haber divertido si duraran, por más que fuera la hermosura y discreción de Laura; tales ganados crían los prados de la Corte. Pero cuando más desconfiado estaba y creía que todo el amor de Laura había sido engaño, le dieron una carta suya que decía así:

De suerte, señor mío, que en este interés se fundaba vuestro amor, y que me queríais tan mal, que sabiendo que vuestra ausencia me había de matar, os fuisteis, y cuando menos a la Corte; acertado remedio como quien sabía que estaba en ella el río del olvido, donde dicen que se quedan tantos que no vuelven a sus patrias eternamente. No os quiero decir las lágrimas que me costáis y de la manera que me tenéis, pues los que me ven no me conocen, aunque solos son los de mi casa, de donde no he salido. Yo me voy acabando si alguna de las muchas ocasiones de ese mar de hermosuras, galas y entendimientos no os tiene asido por el alma, que ya sé que sois tierno; venid antes que me costéis la vida; que ya estoy determinada a vuestra voluntad, sin reparar en padres, en dueño, en honra, que todo es poco para perder por vos.

Realmente, señora Marcia, que cuando llego a esta carta y resolución de Laura, me falta aliento para proseguir lo que queda. ¡Oh imprudente mujer! ¡Oh mujer! Pero, parece que me podrían decir lo que el ahorcado dijo en la escalera al que le ayudaba a morir y sudaba mucho: «Pues, padre, no sudo yo ¿y suda vuestra paternidad?» Si a Laura no se le da nada del deshonor y del peligro, ¿para qué se fatiga el que sólo tiene obligación de contar lo que pasó?, que aunque parece novela, debe de ser historia.

Poco menos que loco partió Lisardo de Madrid el mismo día, comprando a sus criados bizarros vestidos de aquella calle milagrosa donde sin tomar medida visten a tantos, y para Laura dos joyas de a mil escudos, porque aunque sea la mujer más rica del mundo, agradece lo que le dan y más después de ausencia. Las locuras del camino es imposible referirlas, siendo iguales a las dichas, y ellas a los deseos. Llegó a Sevilla; caso extraño es, que al siguiente día con una larga visita cumplió Laura su palabra. No hizo fin el amor, como suele en muchos, antes bien se fue aumentando con el trato y el trato llegó a más libertad de lo que fuera para conservarse justo; que aquello mismo que a los amantes les parece dicha las más veces resulta en su perdición, y cuando menos en dividirse.

Había muerto en estos medios Rosela, tía de Lisardo viuda, y fuele fuerza traer a su casa a Leonarda, sobrina suya, moza de trece a catorce años, de linda cara y talle. A pocos días que estuvo en ella, se enamoró Antandro tan desatinadamente de esta doncella que vinieron a ser públicos sus atrevimientos a las demás criadas de Lisardo, y entre ellos hubo quien le dio aviso de lo que pasaba, con temor de alguna desgracia de las que suelen suceder en la primera ignorancia de las mujeres. ¡Por qué extraños modos camina la fortuna adversa a sus desdichas!

Sintió tanto Lisardo este atrevimiento de Antandro que, habiéndole reñido y él respondido a su justo enojo con injusto atrevimiento, asió una alabarda que a la cabecera de la cama tenía y, volviendo el asta, le dio de palos, haciéndole una herida en la cabeza, que le duró un mes de cama y otro de convalecencia.

Hiciéronse las paces, que nunca se hicieran, y volvió Lisardo a fiar su secreto con necia confianza de Antandro que, habiéndole dejado un día escondido en casa de Laura, como otras veces solía estarlo, llamó a Marcelo, y en el pórtico de una iglesia le dijo que Lisardo le quitaba la honra, refiriéndole muy despacio lo que tan bien sabía desde el infeliz principio de estos amores; y que para que creyese que no le engañaba por algún interés o venganza de algún enemigo suyo, fuese a su casa, que le hallaría escondido en ella, y en un aposento junto al jardín, donde se guardaban las esteras del invierno y algunos instrumentos de cultivarle.

Marcelo en grande rato no pudo responderle, y habiendo prevenido la prudencia de que era dotado para ocasión tan fuerte, le dijo:

-Venid conmigo, que quiero que seáis el primero, como en el decírmelo, en ver que lo he vengado.

Fuese Antandro con Marcelo, y dejole en el portal de su casa, entrando como dueño de ella sólo al aposento referido donde detrás de una estera halló a Lisardo, a quien dijo estas palabras:

-Mozo desatinado, aunque merecéis la muerte no os la doy, porque no quiero creer que Laura me haya ofendido sino que vuestros atrevimientos locos os han puesto aquí.

Lisardo, todo turbado, ayudó estas palabras con grandes seguridades y juramentos. Todos fingió Marcelo que los creía y, llevándole al jardín, abrió una puerta falsa que estaba entre unas hiedras y le puso en la calle, que apenas veía el turbado mozo, desde la cual se fue a su casa, combatido de tantos pensamientos y determinando tantas cosas sin resolver ninguna que, de cansado, se dejó caer en la cama, deseando la muerte.

Salió Marcelo luego que despachó a Lisardo y dijo a Antandro:

-Vos alguna afrenta habéis recibido de este caballero, porque él no está donde decís ni en toda mi casa, y advertid que no os castigo como merecéis porque os considero tal, que la justicia pública lo hará por mí. ¿Quién os dijo que ese hombre entraba a ofenderme?

-Señor -respondió Antandro turbado-, una esclava vuestra que se llama Fenisa.

-Pues id con Dios a vuestros negocios, que no sabéis la casa que difamáis ni la mujer que yo tengo, tan indigna de estos bajos pensamientos.

Con esto se despidió Antandro turbado, y no osó volver en duda en casa de Lisardo, antes bien procuró esconderse por algunos días.

Marcelo, que de la virtud de Laura tenía diferente información en su pensamiento, dudoso entre la confianza y el dolor, y afligido entre la opinión y la verdad, se tuvo valientemente con el desengaño hasta hallar ocasión para satisfacerse. A nadie que tenga honor se le ofrezca tan duro campo de batalla.

-¡Oh traidora Laura! -decía-, ¿es posible que en tanta hermosura y perfección cupo tan deshonesto vicio, que tus compuestas palabras y honesto rostro cubrían un alma de tan infame correspondencia? ¿Tú, Laura, traidora al cielo, a tus padres, a mí y a tus obligaciones? Mas ¿qué lo dudo, habiendo visto con mis ojos y tocado con mis manos el fiero cómplice de tu delito? ¿Cómo puedo yo dudar que aun este sagrado no dejó tu mala fortuna a mi confianza, ni la fiera condición de mi desdicha a las obligaciones de la honra con que nací? Yo lo he visto, Laura; no puedo dudar lo que vi, ni hay por dónde pueda mi amor escapar mi agravio, aunque con las injurias ajenas le reboce el rostro. ¡Triste de mí!, que más haré en solicitar tu muerte que tú en perder la vida, porque la he de quitar a lo que más estimo, en tanto grado que padezco más en sola esta imaginación que tú en el dolor, con ser de todos el último.

Así hablaba Marcelo entre sí mismo, forzando el rostro a la fingida alegría en tan inmensa causa de tristeza. Dio en regalar a Laura, como quien se despedía de la víctima para el sacrificio de su honra; y para justificarle, en estando ella fuera, con llaves contrahechas hizo visita general de sus escritorios. Halló un retrato de Lisardo, algunos papeles, cintas, niñerías, que amor llama favores, y las dos joyas.

Los amantes que esto guardan donde hay peligro, ¿qué esperan, señora Marcia? Pues en llegando a papeles, ¡oh papeles, cuánto mal habéis hecho! ¿Quién no tiembla de escribir una carta? ¿Quién no la lee muchas veces antes de poner la firma? Dos cosas hacen los hombres de gran peligro sin considerarlas: escribir una carta y llevar a su casa un amigo, que de estas dos han surtido a la vida y a la honra desdichados efectos.

Ya sabía Laura todo el suceso y, como veía tan alegre a Marcelo, parecíale algunas veces que era de aquellos hombres que, con benigna paciencia, toleran los defectos de las mujeres propias; y otras, que tener tanta era para aguardar ocasión en que cogerlos juntos, de que a su parecer de entrambos supieron guardarse. Aunque Marcelo no quería juzgar de los agravios por venir, que tenía ya dada la sentencia en los pasados.

Con estos pensamientos, procuró muchas veces poner odio entre aquel esclavo y Laura, diciéndole a ella que deseaba deshacerse de él, porque le habían dicho que la aborrecía, y que mil veces había estado determinado de matarle, porque no había de tener él en su casa quien no la adorase y sirviese. Laura, en esta parte inocente, dio en tratar mal a Zulema de obra y de palabra, haciéndole castigar en público, de que Marcelo se holgaba notablemente; y esto llegó a extremo que ya la casa toda, y aun los vecinos sabían que no había cosa que tanto aborreciese el esclavo como su ama.

Laura se daba a entender que debía de ser el dueño de la traición de Antandro; y con esto deseaba su muerte y la solicitaba por puntos, sin osar pedir a Marcelo que le vendiese porque fuera de casa no la deshonrase.

Cuando ya le pareció a Marcelo que este aborrecimiento era bastantemente público llamó a Zulema y, encerrándose con él en un aposento secreto, después de largos prólogos, le incitó a matar a Laura y le dio en una bolsa trecientos escudos.

Zulema, al fin bárbaro, airado contra su ama y favorecido de Marcelo, que asimismo le ofrecía un caballo para que se huyese hasta la costa donde esperase las galeotas de Argel, que la corrían de ordinario desde los Alfaques a Cartagena, en llegando la ocasión entró con rostro feroz y ánimo determinado y, llegando al estrado de Laura, la dio tres puñaladas de que cayó sobre las almohadas con tristes voces.

A las que daban las criadas entró Marcelo, que cuidadoso esperaba el suceso; y con la misma daga que le quitó de las manos le dio tantas, ayudado asimismo de Fabio y de los demás criados, que sin que pudiese decir quién le había mandado matar a Laura rindió el feroz espíritu.

Acudieron a este miserable caso los vecinos, los deudos, la justicia y sus padres, y entre las lágrimas de todos eran las de Marcelo más lastimosas, y por ventura más verdaderas. El esclavo fue entregado a los muchachos, brazo poderoso e inexorable en tales ocasiones que, llevándole al campo, después de arrastrado por muchas calles, le cubrieron de piedras.

-¡Ay -decía el desdichado viejo padre de Laura, teniéndola en los brazos-, hija mía y sólo consuelo de mi vejez! ¿Quién pensara que os esperaba tan triste fin y que vuestra hermosura se viera manchada de vuestra misma sangre por las manos de un bárbaro parto de la tierra más infeliz del mundo? ¡Oh muerte! ¿Para qué reservaste mi vida en tanta edad, o por qué quieres matar tan débil sujeto con veneno tan poderoso? ¡Ay, quién no hubiera vivido, para no morir con el cuchillo de su misma sangre!

Lisardo, que tuvo presto las nuevas de esta desventura, desatinado vino en casa de Laura y, mezclado entre la confusión de la gente, vio tendida su hermosura en aquel estrado como suele a la tarde, vencida del ardor del sol, la fresca rosa. Allí todos tenían licencia para lágrimas; las suyas eran de suerte que conocía bien Marcelo en qué parte le dolía aquel sangriento accidente de su fortuna.

Despejose la casa y retirado Lisardo a la suya, no salió en cuatro meses de ella, ni le vieron hablar con nadie fuera de su familia: todo era suspiros, todo era lágrimas, de las cuales parecía que vivía más que del común sustento.

Entre tanto Marcelo despachó con un veneno a Fenisa sin que de ninguna persona fuese entendida la causa de su violenta muerte; y tuvo tanta solicitud en buscar a Antandro que, habiendo sabido dónde posaba, le aguardó una noche y llamando a su puerta le metió por las espaldas dos balas de una pistola.

Sólo faltaba de su castigo al cumplimiento de su venganza el mísero Lisardo, cuya tristeza le tenía tan recogido, que era imposible satisfacerla.

Bien pudiera contentarse la honra de este caballero con tres vidas, y si era mancha por las leyes del mundo, ¿qué más bien lavada que con tanta sangre? Pues, señora Marcia, aunque las leyes por el justo dolor permiten esta licencia a los maridos, no es ejemplo que

nadie debe imitar, aunque aquí se escriba para que lo sea a las mujeres que con desordenado apetito aventuran la vida y la honra a tan breve deleite, en grave ofensa de Dios, de sus padres, de sus esposos y de su fama. Y he sido de parecer siempre que no se lava bien la mancha de la honra del agraviado con la sangre del que le ofendió, porque lo que fue no puede dejar de ser, y es desatino creer que se quita porque se mate el ofensor la ofensa del ofendido; lo que hay en esto es que el agraviado se queda con su agravio, y el otro, muerto, satisfaciendo los deseos de la venganza, pero no las calidades de la honra, que para ser perfecta no ha de ser ofendida. ¿Quién duda que está ya la objeción a este argumento dando voces? Pues, aunque tácita, respondo que no se ha de sufrir ni castigar. Pues ¿qué medio se ha de tener? El que un hombre tiene cuando le ha sucedido otro cualquier género de desdicha: perder la patria, vivir fuera de ella donde no le conozcan, y ofrecer a Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho a otros le hubieran castigado. Que querer que los que agravió le sufran a él, y él no sufrir a nadie, no está puesto en razón; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por sólo quitarle a él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarles a Dios, si se les pierde el alma.

Finalmente pasaron dos años de este suceso, al cabo de los cuales Lisardo, consolado, que el tiempo puede mucho, salía en los calores de un ardiente verano a bañarse al río. Súpolo Marcelo, que siempre le seguía, y desnudándose una noche fue nadando hacia donde él estaba y le asió tan fuertemente que, con la turbación y el agua, perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del río.

Esta fue la prudente venganza, si alguna puede tener este nombre; no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sino para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol y en agua los que ofenden, pues Marcelo tenía en el corazón la ofensa, mármol en dureza, dos largos años, y Lisardo tan escrita en el agua que murió en ella.

Guzmán el Bravo

Si vuestra merced desea que yo sea su novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necesario y aun preciso que me favorezca y que me aliente el agradecimiento. Cicerón hace una distinción de la liberalidad en graciosa y premiada; benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querría caer en este defecto, pero como yo no tengo de hacer cohecho, así no querría perder derecho, que no es razón que vuestra merced me pague como Eneas a Dido, remitiéndome a los dioses, cuando dijo:

*Si el cielo a los piadosos galardona,
si en ellos hay justicia, si conocen
los ánimos, te den condigno premio.*

Fue opinión del Filósofo que naturalmente se deseaba el premio, y dijo el romano satírico:

*Nadie, si el premio le quitas,
abrazará la virtud.*

Y aunque la gracia siga al que la da y no al que la recibe, creo que hemos de ser vuestra merced y yo como el caballero y el villano que refiere Faerno, autor que vuestra merced no habrá oído decir, pero gran ilustrador de las fábulas de Isopo. Dice, pues, que llevando una liebre un rústico apiolada (así llama el castellano a aquella trabazón que hacen los pies asidos después de muerta), le topó un caballero, que acaso por su gusto había salido al campo en un gentil caballo, y que preguntando al labrador si la vendía, le dijo que sí; y pidiéndole que se la mostrase le preguntó al mismo tiempo cuánto quería por ella. El villano se la puso en las manos, viendo que quería tomarla a peso y le dijo el precio; pero apenas la tomó el caballero en ellas cuando, poniendo las espuelas al caballo, se la quitó de los ojos. El labrador burlado, haciendo de la necesidad virtud y del agravio amistad, quedó diciendo: «que le digo, señor, yo se la doy dada, cómasela de balde, cómalala alegremente y acuérdesese que se la he dado de mi voluntad, como a mi buen amigo».

Esto se ha venido aquí de suerte que no era menester buscarle las aplicaciones de don Diego Rosel de Fuenllana, un caballero que se llamaba alférez de las partes de España y que imprimió un libro en Nápoles, De aplicaciones, que no debería estar sin él ningún hipocondríaco. Pues está claro que fiando de vuestra merced estas novelas me las corre. Y así, me parece que será bien comenzar esta, diciendo por la pasada: «llévesela vuestra merced, yo se la doy de mi voluntad», si bien del villano a mí hay esta diferencia: que le engañaron a él sin entenderlo, y yo me dejo engañar porque lo entiendo.

En una de las ciudades de España, que no importa a la fábula su nombre, estudió desde sus tiernos años don Felis, de la casa ilustrísima de Guzmán, y que en ninguna de sus acciones degeneró jamás de su limpia sangre. Hay competencia entre los escritores de España sobre este apellido, que unos quieren que venga de Alemania y otros que sea de los godos, procedido de este nombre «Gundemaro». Por la una parte hacen los armiños antiguos, y por la otra, las calderas azules en campo de oro. Como quiera que sea, ellos son grandes de tiempo inmemorial, y en su familia ha habido insignes y valerosos hombres, como fueron don Pedro Ruiz de Guzmán, año de mil y ciento; don Alonso Pérez de Guzmán, principio de la casa de Medina-Sidonia, a quien su sepulcro llama «bienaventurado», y con otros muchos, dignos de eterna memoria; don Pedro de Guzmán, hijo del duque don Juan, primer conde Olivares, que en servicio del emperador Carlos hizo

valerosas hazañas a los cuales se puede sin ofensa poner al lado por su valor, ya que no por su gran estado.

El referido don Felis estudiaba, como digo (y perdone vuestra merced la digresión, que debo mucho a esta ilustrísima casa), en la ciudad por donde tuvo principio la novela. Las partes de este caballero eran tales que, así los estudiantes naturales como los extranjeros, le amaban con tanto afecto, que perdieran por él la vida y no sentían el estar fuera de sus patrias. Hizo algunos actos con muestras de tan feliz ingenio, que no parecía de día el que por la noche se hacía temer por su nunca visto esfuerzo, juzgándole comúnmente por dos hombres, y no sabiendo cómo hallaba lugar la blandura mercurial del entendimiento con la fiereza marcial de la osadía. El pretendiente a quien defendía segura tenía la cátedra; y aunque el rotular de noche le costó algunas pependencias, de todas salió con victoria, aunque el exceso fuese exorbitante; que cuando al natural valor ayuda la buena gracia de la Fortuna, no hay enemigo que ofenda ni resistencia que baste. (Y en esta parte confieso que tengo a los caracteres de almagre por blasones de honra; pero en llegando a libelos infamatorios, tengo por cobarde al dueño y por mujer la mano). Dio fin a sus estudios, o por lo menos se le dio su inclinación, que no le guiaba por aquel camino; esto sin inducir fuerza de estrellas, que Dios no crió al hombre por ellas sino a ellas por el hombre, puesto que no salió don Felis sin ocasión de su patria.

Habíale llevado algunas noches en su defensa Leonelo, un caballero mozo, amigo suyo, a quien una dama de razonable calidad pero de poca estimación había dado lugar en su casa. Y como ella viniese a entender que quedaba don Felis en la calle por tantas horas, y tenía inclinación a su fama y lástima a su desvelo (fuera de que por la mayor parte las mujeres de aquel porte codician más lo que está en la calle que lo que queda en casa), rogó a Leonelo no permitiese que con tanta descomodidad pasase un caballero el tiempo que él se entretenía, pues fuera de ser término descortés, más daño haría a su opinión un hombre toda la noche en la calle que dos dentro de casa.

Lección es esta ya tan recibida, que no se ve un hombre en puerta ni en ventana por milagro, como se veían en otros tiempos; y creo que debe de ser lo más seguro, si no es lo más honesto, porque las mujeres suelen perder más por un caballo a la puerta que por el dueño en la sala, y dice más un lacayo dormido que un vecino despierto, que los hay tales que se desvelarán por ver lo que saben, como si no lo supiesen.

Hablaba un caballero de noche con una dama de las que no pueden abrir aunque lo desean, y dio una vecina en frente en perseguirlos de suerte con los ojos que ni ellos hablaban ni ella dormía. Valíase el caballero de traer una ballesta de bodoques, y desde una esquina, lo mejor que podía, la tiraba a tiento, porque con la oscuridad de la noche no había más coral que el deseo de acertarla. Viendo la vecina curiosa el peligro en que estaba de que le quebrase un ojo, y no pudiendo contenerse de no ver si hablaban y escuchar lo que decían, tomaba un caldero, y encajándosele en la cabeza la sacaba por la ventana de suerte que dando los bodoques en él hacían ruido, con que despertaba la vecindad y era fuerza que se fuesen.

Consiguió Felicia fácilmente que don Felis la visitase, porque Leonelo sentía lo que por él pasaba y las obligaciones en que le ponía. Subió a verla en el hábito que le halló el estar de guarda: una cuera de ante sobre un jubón de tela, calzones y ferreruelo de paño, medias y ligas de nácar, sombrero de falda grande, sin trancelín ni toquilla; en la pretina el broquel, y en las manos la espada. Era don Felis moreno; tenía más de agradable que de hermoso, cabello y bozo negro, gentil disposición, adornada de notable talle, modestia y cortesía, no a la traza de la lindeza de ahora, con alzacuello de tela que por disfraz llaman gola, horrible traje de hombres españoles. No hubo hablado un rato don Felis con Felicia cuando ella se prometió en su imaginación que sería mujer dichosa si le conquistaba la voluntad; y de noche en noche se le fue declarando con los ojos, a hurto de los de Leonelo,

que ya sentía la familiaridad con que se afatelaban. (Esta voz, señora Marcia, es italiana; no se altere vuestra merced, que ya hay quien diga que están bien en nuestra lengua cuantas peregrinidades tiene el universo, de suerte que aunque venga huyendo una oración bárbara de la griega, latina, francesa o garamanta, se puede acoger a nuestro idioma, que se ha hecho casa de embajador, valiéndose de que no se ha de hablar común, porque es vulgar bajeza). Después de muchas determinaciones y dudas, Felicia escribió así:

Parece que se desentiende vuestra merced de los principios, que creía había merecido que me correspondiese, pues cada día me va mostrando menos voluntad; debe de ser que con más trato ha conocido los defectos de mi persona y entendimiento. Con todo eso, le suplico que como caballero favorezca una mujer a quien ha dado ocasión para este desatino, si es bien que dé este nombre a los efectos de tal causa.

Admirose don Felis del papel de Felicia, porque aunque algunas veces conocía que sus favores excedían del justo límite de una voluntad doméstica, no creyó que llegaran jamás a determinación tan loca, y respondió así:

La misma obligación de caballero me ha enseñado qué respeto se debe a los amigos, y en esta parte no podré usar de más cortesía con mi voluntad que la que pide la razón. Con esto, será fuerza retirarme poco a poco de dar más ocasión a vuestra merced, porque ni el amigo lo entienda, ni yo deje de servirle en acompañarle, si escuso algún peligro.

Sintió neciamente Felicia esta repulsa, no sucediéndole lo que temía la vieja Dipsas, cuando en la elegía octava de los Amores de Ovidio, enseñaba la cortesana el arte de portarse con los galanes:

*No le consientas que padezca mucho,
porque amor repelido muchas veces
viene a entibiarse.*

Ella se encendió más con este desdén súbito, y pareciéndole que era el primer combate, segura de lo que puede la porfía, escribió así:

En el siglo de los caballeros andantes se debía, señor don Felis, de usar esa limpieza de trato, que en este el más falso es más discreto, y el más desleal, más gustoso. Deje vuestra merced esa fidelidad para Amadís de Gaula, que su amigo no lo ha de saber para agradecérselo, ni yo el tenerme en poco. Vuestra merced está obligado en razón natural a ser mío, porque me ha quitado el gusto de Leonelo, de quien no le tendré en mi vida, y no es razón que los pierda a entrambos.

Pesole a don Felis de esta locura tan declarada, y aunque estuvo determinado a no responder, porque no volviese a escribirle, la escribió así:

Siempre se usó en el mundo, señora Felicia, el término que en todas las ocasiones los caballeros se deben a sí mismos; si la falsedad es discreción y la deslealtad gusto serán hijos bastardos de la nobleza que, quien como yo la heredó de sus padres, no sabe más leyes en el mundo que las de la honra, y quien vende a su amigo no la tiene.

De estas en otras epístolas vino a desengañarse el antojo de esta necísima señora, porque solo a los hombres es permitida, amando, la porfía, que las mujeres no han de imitarlos en semejantes acciones, ni obligarlos con la blandura de sus palabras a cometer bajezas. Pero es notable la condición de amor, que al contrario de todas las cosas, que se corrompen para volver a engendrarse, pocas veces deja amor de dar el último paso sin que el primero que le sigue no sea el del odio. Comenzó Felicia a aborrecer a don Felis; y como ya no le miraba ni hablaba como solía, vino Leonelo en sospecha de que por alguna novedad se guardaban de él. Persuadió a Felicia con los extremos de los celos a que le dijese la causa y ella, aprovechando la ocasión le dio a entender que don Felis la solicitaba, y enseñándole los papeles que le había escrito, los rompió luego. Bastole conocer la letra al engañado mozo, y quejándose de la deslealtad de su amigo (como si fuera cosa no

sucedida, siendo tan usada que ya los hombres, si son discretos, solo se han de guardar de sus amigos), intentó satisfacerse, deseándolo Felicia para perderlos a entrambos.

Había venido a esta ciudad un caballero de otro reino, llamado Fabricio, con quien Leonelo comenzó nueva amistad, y se fue poco a poco desviando de la que tenía con don Felis, no sin conocimiento suyo, porque el semblante dice luego lo que pasa en el corazón, que con ser tan amigos, nunca le guardó secreto: ejemplo que deberían tomar los hombres que, pues la cara no le guarda a su mismo principio, no hay que tener confianza de lo que está tan fuera del corazón, que por instantes se muda. Con esto ya Leonelo decía mal de don Felis, (¡Dios nos libre de enemistad de amigos!). Y como hay tantos que tienen por amistad dar pesadumbres, arrieros de palabras, que las trajinan de un lugar a otro, llegó a noticia de don Felis, que le escribió esta carta. (Y si le parece a vuestra merced que son muchas para novela, podrá con facilidad descartar las que fuere servida):

Después que vuestra merced se fue secando de voluntad conmigo, entré en sospechas de que sería con causa; y como no la he dado a tan áspero término, dime por olvidado de vuestra merced en que estuve engañado, pues me dicen que se acuerda de mí donde quiera que se halla, con menos amistad que le merezco. Lo que le suplico sea servido de excusar, porque de otra suerte haré cargo a vuestra merced de tan grande ingratitud.

Leonelo, que estaba dispuesto como la leña seca a recibir la llama, respondióle:

Cuanto yo he hecho nace de justa causa, pues no lo puede ser mayor entre amigos que la deslealtad. Haré lo que me manda, por no acordarme de quien ha pagado mi amor con poner el suyo donde sabe.

Admirado, y justamente, don Felis disculpaba a Leonelo conociendo que Felicia le había engañado, treta ordinarísima en las mujeres; y no hallando remedio para que esto no quedase sin la satisfacción que merecía, se resolvió a que tratase un amigo de los dos a dársela de su parte, a quien Leonelo respondió:

-Decid a don Felis que yo he visto cartas suyas, y que bien sabe que conozco su letra.

Don Felis, dando lugar a la ira, contra su natural modestia, partió en casa de Felicia; e iba tan ciego que, con haber topado en la misma calle a Leonelo, no le vio y se entró furioso por la puerta hasta el estrado de Felicia, que se levantó con notable alegría a recibirle en los brazos. Leonelo le había seguido y puesto detrás de un paño.

-No vengo a eso -dijo entonces don Felis con airado rostro.

-¿Pues a qué, señor mío? -respondió Felicia, y sin dejarle hablar, le tomaba las manos y le hacía amorosas caricias y regalos.

Desatinado Leonelo de lo que veía, y no entendiendo el ánimo de don Felis, entró por la sala metiendo mano y diciendo:

-Así se ha de castigar a los traidores.

Volvió de presto don Felis y, como hay ocasiones que dar satisfacciones de la verdad parece cobardía, sacó la suya y, habiéndose afirmado, le dio una estocada por los pechos de que cayó muerto. Las voces fueron las ordinarias, la justicia la que siempre, las diligencias las que suelen; Felicia halló sagrado.

Déme licencia vuestra merced para dejar este muerto e irme con el famoso Guzmán, que ya comienza a ser Bravo por esos mundos adelante.

Había determinado Selín, Gran Turco en este tiempo, con sus bajaes (que en aquella edad en toda Europa concurrieron valientes hombres, así cristianos como bárbaros) tomar la isla de Chipre. Fue Mostafá capitán general de su armada, que a fuerza de armas, con estupendo estrago de los que la defendían, la tomó, habiendo muerto a Nicolao Dándulo, Julio Romano y Bernardino. Desde allí fue Mostafá a Famagusta, y Pialí Bajá se volvió con la armada a Constantinopla. Después de esto había salido Ochalí de Negroponte y llevado mil cautivos de Corfú, Candía y Pétimo, con no menor estrago del Zante y la Cefalonia. Desde allí sitió a Cátaro con un ejército de turcos que le vino a socorrer por

tierra. Defendiola valerosamente Mateo Bembo, veneciano, que era de su república. La cristiandad, alborotada toda con la braveza de Selín, cuyas victorias no refiero, que no son de mi propósito, determinó oponerse al enemigo común, honrándole en juntar sus fuerzas contra las de este bárbaro el sacro pastor de Roma, padre universal de la Iglesia, Pío V, de felicísima memoria, el rey de las Españas, don Felipe Segundo, y el prudente senado de Venecia. Fue general de esta Santa Liga aquel mancebo ilustrísimo, honra y gloria de nuestra nación, el señor don Juan de Austria a quien ayudó el valor y envidió la fortuna. Llevó consigo este heroico príncipe a esta empresa a nuestro don Felis, por orden de don Pedro de Guzmán, mayordomo de Felipe Segundo y padre del gran don Enrique, embajador que fue en Roma y virrey en Sicilia y Nápoles, condes de Olivares entrambos, que es tanto lo que les debo, que aun en esta novela me alegro de nombrarlos, pues fueron abuelo y padre del que hoy con tanta felicidad honra y premia las armas y las letras.

Nec nos ambitio, nec nos amor urget habendi, etc.

Ya vuestra merced tendrá perdonado el verso por lo arriba contenido, y sabrá que nuestro don Felis era soldado en la batalla naval, tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de tantos poetas, que ni a mí está bien referirla ni a vuestra merced escucharla. Y aunque para esta ocasión pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fue tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis comedias, donde la entenderá con menos cuidado.

En esta, pues, ocasión (como dicen que ha de decir nuestra lengua), hizo con una espada y rodela tan notables cosas don Felis, que allí se le confirmó el nombre de Bravo; y rindiendo una galera sacó veintidós heridas de flechas y cuchilladas, que a quien le veía ponía espanto, porque en las flechas parecía erizo y en las cuchilladas toro; y no de otra suerte que del coso le suelen sacar rendido, aunque no muerto, le llevaron a curar y milagrosamente tuvo vida.

Acuérdome en esta ocasión de aquella pintura famosa que hace Lucano de Casio Sceva, de quien escribe el emperador Julio César, en el libro tercero de sus Guerras civiles, que sacó en aquella memorable batalla el escudo pasado por doscientas treinta partes, y afirma haberle visto; persona debía de ser de crédito pues fue señor de Roma, que lo era entonces del mundo. Mas no diremos por don Felis lo que por Sceva Lucano:

*Dichoso tú por tan heroico nombre,
si huyera de tus armas el teutonio,
el ibero o el cántabro,*

pues no empleó las armas en las guerras civiles, sino contra enemigos de la Iglesia y de la patria, ensoberbecidos con tantas victorias, tan sangrientos sacos y tan injustos robos sobre las aguas pacíficas del Archipiélago. Pusieron al serenísimo don Juan de Austria dignas estatuas por este vencimiento (que desde entonces ha tenido a sus pies la indignación del Asia), una de las cuales vive en Sicilia, si bien mayor es la inmortalidad de las historias donde no acabará jamás la memoria de su nombre; que los bronces y los mármoles están sujetos al tiempo, pero no alcanza su jurisdicción a la virtud magnánima.

Convaleció don Felis y con el nombre de Bravo vivió en Nápoles algunos días con justa estimación de aquellos príncipes, hasta que pasó a Flandes donde con no menor nombre continuó sus hazañas y su fama por algún tiempo. En él se le ofrecieron algunos desafíos con diferentes armas, de que salió laureado en general aplauso de muchas naciones que a tales espectáculos concurrían, así del ejército como de otras partes. Allí, a la traza de aquel ilustre mancebo, Chaves de Villalba, que venció en Roma en público desafío a aquel tudesco de las grandes fuerzas, en defensa de la antelación a otros reyes de Fernando el Católico, le tuvo don Felis de Guzmán con un capitán flamenco, que le pidió que señalase las armas, y él hizo fabricar unas porras de a cuatro arrobas, que apenas pudo

levantar del suelo el contrario, y él esgrimió a una y otra parte con espantosa admiración del ejército.

Bien sabe vuestra merced que siempre la suplico que, adonde le pareciere que excedo de lo justo, quite y ponga lo que fuere servida. Pesadas son estas armas, pero por eso no las ha de llevar el lector a cuestras; y esta no es historia sino una cierta mezcla de cosas que pudieron ser, aunque a mí me certificaron que eran muy ciertas, y como dijo el poeta antiguo castellano:

*Las cosas de admiración
no las cuentas,
porque no saben las gentes
cómo son.*

Cierto que tiemblo de decirlas, pero la fuerza de este caballero fue tan grande que facilita el crédito. Todos conocimos a don Jerónimo de Ayanza, Hércules español, de quien hay una alabarda en la recámara del marqués de Priego, en Montilla, cuya punta hizo lechuguillas, y lo dice el soneto a su muerte:

*Luchar con él es vana confianza,
que hará de tu guadaña lechuguillas.*

Y hoy tenemos con diecinueve años a Soto, que ha tirado con cuatro arrobas de peso y detiene un carro, y por quien dijo una dama:

¿Qué hará cuando mayor?

Pasando a Valencia a los casamientos de Felipe Tercero, que Dios tiene, vi un labrador que llevó consigo a Nápoles el conde de Lemos que, habiendo levantado entre muchos hombres una columna que de unas ruinas de unos arcos estaba en tierra, se la ató con una soga a las espaldas y la levantó tres dedos, agobiando el cuerpo. El temor que me da el mentir, aunque no sea cosa de importancia, me ha hecho traer estos ejemplos. Vuestra merced tenga en opinión a la naturaleza, que sabe hacer de estas cosas para ostentación de su poder, aunque pocas veces. Y ¿para quién no es mayor milagro una mujer hermosa que un hombre fuerte? Pues el que más lo es podrá vencer un hombre, y la hermosura rinde cuantos mira. Un ingenio grande comprende los secretos de la naturaleza; ayuda la vida en peligro por la enfermedad del sujeto; penetra las cosas altas; describe el mundo; da términos a las ciencias y leyes a las repúblicas, que no lo harán todas las fuerzas de los hombres. Y así pintó Luciano, retórico, aquella prosopografía de Hércules con el arco en la mano siniestra, la clava en la derecha y en la boca aquellas cuerdas con que llevaba aprisionados innumerables hombres, para dar a entender que no con las fuerzas ni las armas los había vencido, sino con la elocuencia, diciendo:

*Den ventaja las armas a la toga,
porque atrae los duros corazones
la elocuencia a su voto.*

Bien descuidado estuvo algunos años en Flandes Guzmán el Bravo, cuando ya cerca de partirse le encomendó un soldado amigo un paje de estos que llaman «regachos», con su capote de cintas, sombrero grande, vuelta la copa a la falda, con medalla y plumas, no mal hablado y ligero de pies y lengua para cualquier cosa. Fuese a Alemania con unas cartas para el duque de Cleves, que estaba junto a Dura, lugar famoso por la expugnación de Carlos Quinto, con cuarenta piezas de campaña, que hay fama también por las desdichas. No pudo este soldado llevar el paje que digo, que se llamaba Mendoza, respeto de ser el camino largo y áspero y haber de atravesar aquella selva que está entre el Rin y la Rura, llena de fragosos montes, en cuya caza el Duque se entretenía por la diversidad de

animales, que la abundancia de sus frutos y amenidad de sus arroyos cría hasta caballos salvajes.

No mostró tristeza el paje de perder su antiguo dueño, o porque le esperaba volver a ver con brevedad, o porque holgó de servir a un hombre de tanta fama, que debía de tener el ánimo belicoso. Mas habiéndose ofrecido ocasión a don Felis de ir a Malta con deseo de un hábito de aquella religión, a que se había inclinado, quiso también dejar a Mendoza, pero no fue posible, y llorando le pidió que no le desamparase, porque mientras estaba lejos de su patria no le parecía que, sirviendo español, la había perdido. Don Felis, que le estaba aficionado porque, entre otras gracias, cantaba y tañía con igual destreza, le llevó consigo.

Y habiéndose embarcado con otros pasajeros en un navío, tomaron la derrota de Malta por el mar Líbico; pero, sobreviniéndoles una tempestad furiosa, anduvieron perdidos algunos días sin poder tomar el Peñón de Vélez, donde la soberbia de las ondas los arrojaba. Era ya lugar de cristianos, que don García de Toledo se le había quitado a los moros de la Gomera con una armada, de que le hizo capitán Felipe II, para reprimir la furia de los marítimos corsarios. Pero por diligencias de los pilotos y favor de los pasajeros, que todos se ayudaban, como lo tienen mandado las leyes del peligro, no fue imposible tomarle, tanta era la furia con que el mar surtía de aquellas peñas, convirtiendo las ondas en espuma y desviándola de que pudiese surgir, al contrario del peñasco de Polifemo, que le acercaba a tierra. Aquella noche pensaron que se fuera a pique, porque llegó a su punto la soberbia del mar y la borrasca de agua, truenos y rayos, de suerte que parecía que entre dos mares se anegaba, aunque le sucedió lo que dicen de los dos venenos, que se impide el uno al otro. Finalmente, al alba reconocieron a un tiempo el cielo y la tierra, dando en la costa de Berbería donde con gran peligro salieron con las vidas; y cautivos de algunos moros, los llevaron a Túnez.

Presto hallaron dueño los dos esclavos, rogando nuestro Guzmán a Mendoza que no dijese su nombre porque es sin duda que a saberle, o no saliera jamás de cautiverio o fuera tarde. Tuvieron dicha en que a entrambos los compró un judío que sabía la lengua de Castilla, como quien en ella tenía deudos. No trataba mal este hombre, cuyo apellido era David, a los nuevos esclavos, de quien pensaba sacar mayor ganancia e interés por que los había comprado, que en su traza le parecían gente que, escribiendo a sus tierras, vendrían por ellos. Don Felis se guardaba bien de esta diligencia porque sabía que, siendo conocido, sería grande el rescate; que aun de sus fuerzas no osaba hacer demostración porque por ellas no fuese o estimado en más precio o detenido.

Tenía David una hija, hermosa como el sol. (Hispanismo cruel, pero de los de la primera clase en el vocabulario del novelar; porque si una mujer fuera como el sol, ¿quién había de mirarla? Las comparaciones, ya sabrá vuestra merced, que no han de ser tan uniformes que pareciesen identidades, y así verá vuestra merced por instantes «blanca como la nieve», «hidalgo como el Rey», «más sabio que Salomón» y «más poeta que Homero»). Ella era hermosa, últimamente, y no mal entendida; llamábase Susana, pero no la parecía en la castidad como en el nombre porque puso los ojos. Aquí, claro está, que vuestra merced dice, «en don Felis». Pues engañose, que era más lindo Mendocica; y habiéndole oído cantar, aunque entre dientes, en un huertecillo de su casa, le había llevado el alma de suerte que la señora ya era esclava de su cautivo.

No le pesaba de esto a don Felis, porque con este nuevo amor los regalaba, y en las ausencias que David hacía a algunas ferias, o a Trípol y Biserta con sus mercaderías y cambios, eran ellos los señores y dueños. Íbase Susana a un jardín con sus esclavos, que no se recataba de don Felis, porque ellos le habían dicho en secreto que eran hermanos; y habiéndole buscado un instrumento, rogó a Mendoza que cantase, y él comenzó así:

*Vengada la hermosa Filis
de los agravios de Fabio,
a verle viene al aldea,
enfermo de desengaños.
A ruego de los pastores
baja de su monte al prado,
que, como se ve querida,
da a entender que la forzaron.
Eso mismo que desea
quiere que la estén rogando,
que sube al gusto los precios
amor conforme a los años.
Huyose Fabio celoso;
pensó Fabio hallar sagrado,
pero hay estados de amor
que está en el remedio el daño.
¡Desdichado del que llega
a tiempo tan desdichado,
que le matan los remedios
con que muchos quedan sanos!
En fin, a Fabio rendido,
viene a ver su dueño ingrato
alegre, porque es amor
en las venganzas villano.
No va sin galas a verle,
aunque pudiera excusarlo,
que la mayor hermosura
no deja en casa el cuidado.
Lleva de palmilla verde
saya y sayuelo bizarro,
con pasamanos de plata,
si en ellos pone las manos.
No lleva cosa en el cuello
que Fabio le hubiese dado,
porque no entienda que viven
memorias de sus regalos.
Joyas lleva que él no ha visto,
no porque le ha hecho agravio,
mas porque sepan ausencias
que no está seguro el campo.
Con una cinta de cifras
lleva el cabello apretado,
que quien gusta de dar celos,
se vale de mil engaños.
De rebociño le sirve,
para mayor desenfado,
el capote de los ojos,
bordado de negros rayos.
En argentadas chinelas
listones lleva, admirados*

*de que quepan tantos bríos
 en tan pequeños espacios.
 Llegó Filis al aldea,
 entró en su casa de Fabio;
 los pastores la reciben
 como al sol los montes altos.
 Dando perlas con la risa,
 extiende a todos los brazos,
 que gana mares de amor
 y da perlas de barato.
 Apenas Fabio la mira,
 cuando a un tiempo se bañaron
 el alma en pura alegría,
 dos ojos en tierno llanto.
 No hablaron los dos tan presto,
 aunque los ojos hablaron:
 Filis porque no quería,
 Fabio porque quiere tanto.
 Cuando en esta suspensión
 los dos se encuentran mirando,
 a un tiempo bajan los ojos,
 como que envidan de falso.
 Habló Filis y tuvieron
 alma de coral sus labios,
 que ver humilde al rendido
 hace piadoso al vengado.
 A Fabio culpa le pone,
 que es error hacer, amando,
 con la lengua valentías,
 si el alma no tiene manos.
 Él responde y se disculpa;
 que viendo cerca los brazos,
 pide perdón ofendido
 quien ama desengañado.*

En extremo estaba contenta la nueva Susana del donaire con que Mendoza había cantado este romance, y preguntando a don Felis si era aficionado a la música, habló por él Mendoza y le dijo que también le ayudaba a cantar algunas veces. Deseó Susana oírlos, y ellos cantaron este diálogo, comenzando el uno y respondiendo el otro:

*Dame, Pascual, a entender
 qué es amor, que quiero amar.
 -Pienso que es todo pesar,
 pues nunca me dio placer.
 -Extraña definición
 es la que de amor me das.
 -De la causa no sé más,
 estos los efectos son.
 -El principio quiero ver,
 Pascual, del arte de amar.
 -Pienso que acaba en pesar,*

aunque comienza en placer.

*-Pensé escucharte, Pascual,
mayores bienes de amor.*

*-Nunca su bien fue mayor,
siempre fue mayor su mal.*

*-Dime lo que he de perder
y lo que puedo ganar.*

*-Ganarás mucho pesar
por el más breve placer.*

*-Silvia me mira con arte,
porque luego se retira.*

*-No está el daño en que te mira,
sino en que no ha de mirarte.*

*-Yo sé que hay gloria en el ver,
si hay pena en el desear.*

*-No quiero tanto pesar
por tan pequeño placer.*

El concierto de dos voces, mayormente alternándose, es el más suave en este género de música; y así le pareció a Susana, que todas las noches de la ausencia de su padre pasaba con este entretenimiento. Entraba acaso Mendoza a su aposento un día que ella aún no se había levantado; tenía los cabellos copiosos, largos y crespos, esparcidos por los hombros, no muy negros en color, aunque lo eran los ojos, con cejas y pestañas tan pobladas y hermosas que, como eran soles, parecían sombras. No usaba afeites Susana, y así había amanecido con los que le había dado el sueño: un nácar encendido que se iba disminuyendo con gracia, vencido de la nieve del rostro, compitiendo la mitad de las mejillas con los claveles de los labios, en cuya risa parece que se descubría sobre una cinta carmesí un apretador de perlas. Tenía una almilla de tabí pajizo, con trencillas de oro, sobre pestañas negras, tan ancha de las mangas que al levantar los brazos descubría con algún artificio gran parte de ellos. Quiso retirarse Mendoza, corrido del atrevimiento, pero llamándole Susana volvió con medrosos pasos hasta la puerta.

-Entra -dijo ella-, y di lo que quieres, que ojalá fuera yo. Pero tú no me quieres a mí.

-Señora -replicó Mendoza-, ¿a quién debo yo querer como a ti? Porque, fuera de ser tu esclavo y de tratarme como si tú lo fueras mía, por ti misma mereces que todos cuantos tuvieran entendimiento te amen.

-Tu esclava soy yo, Mendoza -replicó Susana-, no te engañas en pensarlo; porque es tan poderoso Amor que trueca los estados y los imperios, haciendo que sea por accidente lo que no fue por naturaleza. Yo estoy, si te digo verdad, muy afligida, y aun casi desesperada, viendo que la diferencia de tu ley me prohíbe el casarte conmigo, y de lo que supe en España, de donde vine niña, conocí nuestro engaño y por eso os amo tanto, que me ha dado esta inclinación el principio de este conocimiento. Mas, pues ya mi poca dicha me puso en el estado que ves, y el de tu amor ha llegado en mí hasta dar con la razón a los pies de mi deseo, yo estoy determinada de hacerte dueño de cuanto soy, sin que tu hermano entienda mi desatino, no porque no debo fiársele, y más sabiendo, como sabe, lo que te quiero, mas por vergüenza que tengo de que sepa mi poca honestidad, porque no me tenga en poco. Que los hombres, en llegando a este punto, a la mujer más principal tenéis en menos, porque os parece que en perdiendo el privilegio de la castidad somos esclavas vuestras, y que se puede atrever a nuestro respeto así vuestra osadía como vuestra lengua.

Mirándola estaba Mendoza, y no la respondía, porque hay palabras cuya respuesta son las obras. Fuéronse acercando más y quedaron concertados para verse aquella noche después del silencio de la familia.

Bajó Mendoza adonde estaba don Felis almohazando un caballo bárbaro en que andaba David por Túnez algunas veces, y sentose enfrente de él, mirándole. Don Felis le dijo:

-¿Qué tienes, que vienes turbado y encendido?

Tornole a mirar Mendoza y, luego bajando los ojos al suelo, dejó caer una tempestad de lágrimas por el rostro, tan aprisa las llovía el sentimiento.

-No es eso sin mucha causa -dijo don Felis.

Y dejando el humilde instrumento de aquella música, se acercó al muchacho y le levantó el rostro, desviándole los cabellos, que ya tenía revueltos y crecidos.

-¡Ay de mí -dijo Mendoza-, señor don Felis, que ha llegado nuestra desventura a su punto! Porque Susana se ha declarado conmigo, y de suerte que quiere que esta noche, en estando recogidos los criados, la hable con más secreto que hasta aquí, de que estoy cuidadoso, porque podría ser causa de vuestra muerte y la mía, entendiéndolo su padre.

-Necio has estado -respondió don Felis- dándome sin causa este susto, que no te merecía, porque en un instante de imaginación he revuelto el mundo. Y ya que estoy sosegado, me he reído de tu ignorancia, pues aunque fuera bien resistir a esta mujer y morir, el estado de nuestro cautiverio no da lugar, y mayor muerte nos espera si no le cumples la palabra. Yo, a lo menos, Mendoza, por no corresponder al deseo de una mujer, estoy fuera de mi casa y patria, y cautivo, como ves, con poca esperanza de mi remedio si se sabe quien soy, que no hay esclavo español que tope de quien no me esconda, temiendo que ha de conocerme. El ejemplo que te digo me obliga a temer nuestra perdición; mira que esta mujer es hebrea y se acordará de la historia de Josef, si quieres imitarle; demás que has hecho un yerro terrible, que fue condescender con su deseo, pues ahora que se ha declarado, y tú aumentado su deseo con la esperanza de la ejecución, ha de revolver como áspid contra los dos, trocado el amor en odio.

Volvió a llorar Mendoza, y como no le respondía, le importunó don Felis a que le interpretase la causa de aquellas lágrimas, que ya parecían enigmas, que hay ojos que lloran en poesía culta sin que se entienda más de que son lágrimas. Vencido Mendoza de los ruegos y aun de las amenazas de don Felis, dijo así:

-¿Cómo quieres que yo cumpla la palabra que he dado a esta mujer, si yo lo soy, y estoy admirada de que en tanto tiempo no me hayas conocido? Felicia soy, aquella desdichada por quien mataste a Leonelo, que después de algunas fortunas que me costó su muerte, pasé a Italia con aquel soldado, y de allí a Flandes, donde me dejó en tu servicio cuando se fue a Cleves.

Admirado estuvo un rato don Felis sin responderla, al fin del cual le dijo:

-No te espantes, Felicia, que no te haya conocido, que aunque te visitaba no te veía; tan aprisa miro yo los rostros de las mujeres de mis amigos.

¡Oh palabras dignas de estar escritas con letras de oro en mármoles, para que aprendiera la bestial ignorancia de algunos hombres el respeto que debe a la honra la amistad, y el buen nacimiento a la obligación! Que hay hombres cuya liviandad no sabe distinguir la honra de la infamia, ni el apetito de la razón, de que suele resultar tanta discordia y algunas veces tanta sangre. Creo que no le agrada a vuestra merced esta devoción, con el deseo de saber en qué se concertaron don Felis y Felicia para remediar tanto mal como les amenazaba.

Finalmente, salió de acuerdo que a tales horas fingiesen que se quemaba alguna parte de la casa, de poca importancia, por algún descuido, para que alborotándose la familia quedase el cumplimiento de la palabra suspenso hasta que con más tiempo le tuviesen para mayor remedio. Hiciéronlo así, y cuando Susana esperaba y Felicia llegaba a sus brazos, dio voces don Felis, habiendo encendido un pajar que aparte de lo principal de la casa caía a las espaldas del huerto.

Dejó Susana los brazos de Felicia y, puesta a una ventana, llamó su gente, lo que no era necesario, porque no solo la de su casa estaba ya inquieta y prevenida, pero la de toda la vecindad, que acudiendo con cuidado, aunque fue más de lo que pensaron, remediaron el fuego, y el del amor de la poco honesta hebrea quedó más encendido. No se descuidó de solicitar a Mendoza, aunque él se descuidó de ponerse en ocasión que le volviese a pedir la palabra; de suerte que a tres o cuatro días de dilación, que amor tan mal sufre, vino David, su padre, y quedaron en paz los cuidados de todos, aunque de su parte los deseos.

Mas la fortuna de los hombres, que en comenzando a perseguir un sujeto parece mosca, que vuelve más importuna donde más la espantan, y de quien en razón de su mudanza dijo Ovidio:

*Voluble la Fortuna con dudosos
pasos camina, sin tener firmeza
en un lugar jamás,*

quiso que viniendo un día don Felis de la plaza con su amo David, le topase un moro mal acondicionado, arrogante y presumido de caballero, y deudo del infame original de su engañada secta, como lo mostraba en el turbante la señal verde, y le dijese por desprecio que le llevase a su casa una sera de dátiles que había comprado. Miró David a don Felis, y él, en un instante, olvidado de que había de fingir flaqueza, se la puso al hombro. Dióle Hamete Abeniz, que así se llamaba el moro, dos coces y, rempujando la sera, se la derribó del hombro maltratándose con el golpe, porque era de palma muy delgada, de que recibiendo mayor cólera, le dijo:

-Cristiano, cargácela a ese hebreo.

-Fende -respondió don Felis (que debe de querer decir «señor», «amo» o «dueño»)-, yo te la llevaré adonde tú quisieres, que David está muy viejo y con poca salud.

-Perro cristiano -replicó Hamete-, por Mahoma que te rompa los dientes y a él le quite la vida.

-Repórtate, Fende -le volvió a decir don Felis.

Y advierta vuestra merced que no repito otra vez este nombre porque me güelgo de hablar arábigo, sino por no exceder de las palabras de esta ocasión; así me precio del rigor de la verdad a ley de buen novelador.

Encendido Hamete en ira, quitó un bastón a un moro que pasaba al campo y dio un palo a David con que cayó en el suelo. Parecióle a don Felis que aquel era su amo y que, en fin, por buena o mala posesión comía su pan, demás de no haberle jamás maltratado de obra ni de palabra; y desviándole el palo al moro con que le iba a dar de segunda ira lo que faltaba para matarle, le dio una puñada en los pechos de las que él solía, con que le dejó por dos horas sin habla. Aquí acudieron multitud de moros, como a la mayor causa de atrevimiento que jamás habían visto; pero don Felis, sin querer tomar armas de piedras o palos con que le embistieron, a solas puñadas y mojicones hizo mayor defensa que pudieran con armas dieciséis hombres; al que cogía del cuello arrojaba de sí por largo trecho, y adonde caía se estrellaba; al que daba mojicón bañaba en sangre y le quitaba la vista de los ojos.

Pero antes que pase de aquí, le quiero preguntar a vuestra merced, si acaso sabe, pues es persona que conoce a Cicerón, a Ovidio y a otros sabios, y se puede hablar con vuestra merced en materia de definiciones y etimologías, ¿por qué dijo el castellano mojicón? Que a mí me ha costado algún estudio, como a hombre que no se ha despreciado de su lengua; que bien sé yo que un culto le llamará «afirmación de puño clauso en faz opósita con irascible superbia». Pues sepa vuestra merced que no está dicho sin propiedad notable, y es la causa que antiguamente los que querían dar una puñada rociaban y mojaban primero la mano abierta escupiéndola y luego le sacudían, de donde vino llamarse mojicón, que

quiere decir «con mojado puño». Esto no lo ha topado vuestra merced en el Tesoro de la lengua castellana; para que vea que es razón estimarla en su pureza, pues hasta cosas tan viles no las tiene sin causa.

Finalmente, quedaron algunos moros tan maltratados de esta furia de don Felis, que en casa de su amo se llamaba Rodrigo, que se determinaron matarle a escopetazos. Cargó un mosquete un soldado de la guarda del rey y, habiéndole tirado, mató a un compañero suyo que se daba a entender que podría prenderle. Y juntándose muchos con diversas armas, que a todas se ponía delante su fortuna, hubieran acabado con su vida, si no se hubiera retirado hacia la puerta de una mezquita de donde salía entonces Salárraez, su rey o alcaide, puesto por el Gran Turco, que esta manera de reyes, como los virreyes entre nosotros, usaron los moros en España en los tiempos del Miramamolín de Marruecos y Almanzor de Córdoba, y así había reyes en Alcalá, en Jaén, en Écija, Murcia y otras partes de las Españas que poseían por la inundación de los árabes en tiempo de los godos. Pues como el Rey viese las grandes fuerzas y excesivo ánimo de aquel esclavo interpuso su autoridad entre su vida y su muerte, con que cesaron todos. Mandole llamar a su alcázar y, cuando le tuvo a solas, le dijo que le dijese quién era y que mirase que a los reyes se había de decir la verdad; que le daba su palabra de favorecerle y conservar la vida que le había dado. Entonces le respondió don Felis:

-Señor, yo soy caballero de los Guzmanes de España, aunque aquí, temiendo que mi rescate fuese imposible, dije a mi dueño que me llamaba Rodrigo y que era hombre bajo, de los que allá tienen el estado más ínfimo de la república entre la plebe; pero lo cierto es que yo tengo la calidad que digo y, fiado en tu real palabra, mi propio nombre es don Felis de Guzmán, a quien desde la batalla naval llaman el Bravo. Yo rendí en Lepanto la galera sultana donde iba por capitán Adamir Bajá, hombre no tan conocido entre vosotros como Uchalí y Barbarroja, pero más valiente y de mejor consejo; cautivé en el mar de Libia derrotado, pues, por tomar a Malta, di por el Peñón de Vélez casi en el canal de Túnez. Compré David, hebreo, con otro hermano mío; el tratamiento que nos ha hecho y el pan que he comido en su casa me obligó a su defensa, porque Hamete le hubiera muerto a palos si yo no hubiera (opuesto a tan gran soberbia) defendido su vida. Infórmate de moros honrados que lo hayan visto, y si hallares que no te digo verdad almenas tiene Túnez, alabardas tus soldados para quien no valen fuerzas.

-¿Que tú eres -dijo el Rey-, Guzmán el Bravo, el de las grandes fuerzas, el matador de fieras y alanceador de toros? Pues mira cuánto has ganado en decirme verdad y tenerme por hombre que guardo la palabra que, fuera de mi inclinación a tu persona y admiración a tus hechos, no he de consentir que te hagan estos moros agravio, ni que pierdas la libertad que tan bien mereces si no es que te quieres quedar aquí conmigo donde te aseguro toda amistad, o sea en tu ley o en la mía, que la ley no se ha de tomar forzada sino voluntariamente. Mas déjame ahora hacer alguna demostración de enojo contigo por estos moros agraviados, que se quejarían al Gran Señor si te dejase libre.

Con esto, le mandó llevar a una mazmorra de sus baños, donde avisado David hizo tanta diligencia con el dinero, que es el mejor favor para la cárcel, que le pudo regalar con Mendoza, que iba y venía a la mazmorra con la comida, y se estaba con él todo lo que le sobraba de su servicio, aunque con disgusto de Susana que aguardaba las primeras ferias para que, ausente su padre, pudiese ejecutar las ansias de su amoroso deseo donde no podía. Agradecía don Felis la voluntad de Felicia que, como ya se había declarado por quien era, andaba más solícita de conquistarle que de agradecer a Susana el amor que la tenía; cosa que pienso le será a vuestra merced de creer muy fácil.

Los moros pedían la vida de don Felis; llamó el Rey a David y le dio dos mil cequíes, diciendo:

-Compra de los quejosos ese esclavo, repartiendo en ellos este dinero, y tráemele aquí, que yo te haré merced y defenderé lo que estuviere en Túnez.

Hízolo así David, y ellos tomaron el dinero con mucho gusto, porque temían que el diván, que debe de ser como acá el consejo, le estaba inclinado, y en esta manera de estrados, al fin bárbaros, no hay más procuradores, relatores, solicitadores y escribanos que lo que dicen de palabra los testigos, y acabáronse las leyes; por lo menos el culpado muere de una vez y el inocente se libra. Encerrose Salárraez, rey de Túnez, como digo, en un jardín con don Felis y le dijo así:

-Cristiano, caballero eres, Guzmán te apellidas, Bravo te llaman, oye. Tiene una hija un jeque de los alarbes, que viven las campañas en aduares o tiendas, de las más hermosas mujeres que ha producido el África; esta hemos pretendido el Rey del valle de Botoya, no lejos de Melilla, y yo, con grandes servicios personales y extraordinarios, y finalmente, pedido en casamiento. Sabiendo su padre que en dándola al uno había de ser el otro su enemigo, la niega a entrambos, o por lo menos dice que nosotros nos concertemos, que él no puede dividirla. Ha sido este caso tan reñido, que hasta el cristiano general de Orán ha interpuesto a las paces su persona, y el gobernador de Melilla con seguro las ha tratado algunas veces. No pudiendo concertarnos, porque yo pierdo el juicio por Lela Fátima, y juzgo que a Zulema sucederá lo mismo, habrá seis días que me ha escrito este papel, y sacole entonces, en que me desafía cinco a cinco, con lanzas, adargas y alfanjes, a caballo, como es uso nuestro; donde si fuere vencedor da la palabra de cesar de la pretensión haciendo yo lo mismo si él me venciere. Yo tenía escogidos los moros, y aunque de todos cuatro tengo satisfacción, se me ha puesto en el entendimiento que, si te llevo disfrazado, serás bastante solo, pues no te han de conocer, y ya sabes mucho de nuestra lengua, si bien dudo que en este género de armas no estés ejercitado.

-Sí estoy -dijo don Felis-, y para que te asegures mañana al amanecer saldremos los dos al campo, y me verás ejercitar la lanza y el adarga, arremetiendo, cercando o retirando, ya sacando el alfanje, derribando la adarga, ya sin él, tomándola por el cuento, con otras gentilezas.

-Eso basta -dijo el Rey-, no es menester a ti verte, sino oírte.

Replicó entonces don Felis:

-Pues, prueba a doblarme este brazo con entrambas manos.

Hízolo así el moro, pero era lo mismo que querer doblar una columna de mármol. Con esto y el secreto necesario, el día aplazado vistió el Rey a don Felis de una marlota o sayo morado, guarnecido de oro, con un gran número de botones, tan pequeños que apenas se veían sobre una cota que había sido de su padre, tan resplandeciente que parecía de plata, atada con una liga roja, que el mismo sayo descubría, porque sólo estaba abotonado hasta la mitad del pecho, y descubriendo las mallas las dos mangas. El calzón era de brocado morado con alcachofas de oro y las guarniciones de perlas; el bonete era de grana de Valencia con cien varas de bengala sutilísima, armado sobre un casco de acero, y coronado de plumas moradas y blancas; los borceguíes de Marruecos y los acicates de plata nielados de oro; el alfanje, como media luna, en un tahalí tejido de tan espeso aljófar que no se veía sobre qué estaba fundado.

Si está vuestra merced diciendo que de cuál de los moros del romancero le he sacado, no tiene razón, porque los otros estaban en Madrid o en Granada, y este en medio de Túnez, con una lanza de veinticinco palmos, que aquí no hay que quitar nada, y una adarga de color morado, con una F árabiga en medio, que a la cuenta, pues no podía decir Francisca, diría Fátima. Todos me contaron que iban de esta suerte, y aunque los caballos no eran morados ni azules, bien podía ser que estuviesen celosos; a lo menos yo no excuso de decir aquí lo que escribió un cierto caballero a un señor, enviándole dos caballos para

una fiesta: «Ahí envío a vuestra merced esos rocines, y le suplico que los trate como quisiera que le trataran si fuera rocín.»

Finalmente, salieron a la campaña y se vieron cinco a cinco, llamados de dos clarines. El rey de Botoya y su escuadra había vestido grana con pasamanos de oro; y cierto que si, como era la música de clarines, fuera de instrumentos, podían servir en una fiesta con grande lucimiento. La batalla se comenzó jugando bizarramente las lanzas y las adargas cuyos botes no pinto, pues ya vuestra merced ha visto un caballero de Orán los días de toros en la plaza, tan airoso, aunque de más edad que pide el ejercicio de las armas, como si estuviera en lo florido de sus primeros años. Mataron los de Botoya a Tarife, Belomar y Zoraide, quedando solos el rey de Túnez y don Felis, sobre quien cargaron los cuatro, porque Zulema y él se entretenían. Derribó los dos primeros a lanzadas (pienso que se llamaban Jarife y Zelimo), al otro mató el caballo y, queriéndosele huir entrambos, los fue siguiendo; mas revolviendo el uno diestramente, le atravesó la lanza al caballo por los pechos y cayó en la tierra muerto, que ya bermejeaba de su sangre. Quedaron en tierra Baloro y don Felis porque Mahamed iba desatinado entre unos árboles, porque le había don Felis hecho pedazos las riendas; aunque arrojándose de él con destreza alarbe volvió donde Baloro y don Felis peleaban. Era Baloro un bárbaro, hijo de negra y turco, feroz de aspecto, nervioso y corpulento; recibía con destreza los golpes en la adarga y jugaba el alfanje, que era de catorce libras, como si fuera pluma.

He hallado en Lucano, no lejos del principio del libro sétimo, donde describe la gente que llevaban los dos campos de Pompeyo y César, este verso:

Movieron los valientes españoles
sus adargas tan bien.

Y dígoles a vuestra merced para que sepa cuán antigua cosa es la adarga en España, tomada de los africanos, cuya fue siempre, como se lee en Livio.

No le pesó con todo eso a Baloro de la venida de Mahamed, así eran desatinados los golpes de don Felis. Salárraez, que le vio en tierra pelear con dos moros, o ya fuese por amor que le había cobrado, o porque si le mataban le quedaban tres que vencer, a cuyas manos era fuerza morir, arremetió el caballo a desbaratar con la lanza la pelea de dos a uno. Levantó el rostro don Felis entonces, y díjole en lengua arábica:

-Rey de Túnez, mata a Zulema, que estos dos ya están muertos.

Con esto volvió el rey la rienda a recibir a Zulema que, mal herido, volvía a seguirle, aunque con poco aliento. Esforzó el suyo el valeroso Guzmán, trayendo a la memoria el apellido de Bravo y, como si le mirara España en figura de dama desde alguna reja, tan fieras cuchilladas tiró a entrambos que, habiéndose adargado mal el mancebo Mahamed, le abrió toda la cabeza hasta los hombros, y como al golpe de la segur del labrador cae en la sierra de Cuenca el alto pino, extendiendo los brazos, midió la tierra. Baloro, que le quedaba solo, quiso vengar la muerte de tres amigos, y se le acercó tanto que, fiado en sus fuerzas, se abrazó con don Felis seguro de imaginar que habría en el mundo quien igualase las suyas; pero engañose de suerte que, levantándole don Felis en alto, como Hércules al hijo de la Tierra, cuya victoria escribe Sófocles, se le volvió a restituir, pero de manera apretado que le faltaba, cuando llegó al suelo, gran parte del alma. Mientras quería animarse Baloro, había ya tomado el alfanje don Felis y, aunque como culebra se revolvía a unas y a otras partes, le hizo pedazos a cuchilladas y le dejó como suele quedar en la sangrienta plaza a las manos del vulgo el fiero toro. Luego partió a ayudar al rey con tanto ánimo y valor como si entonces comenzara la batalla; pero viéndole Zulema, y que a sus manos yacían sus cuatro valientes moros revueltos en su sangre, dijo en altas voces que se rendía, y usando Salárraez de grandeza de rey, aunque era bárbaro, le perdonó la vida, tomándole solamente el alfanje y la adarga.

Don Felis quitó a los muertos las que por la campaña habían esparcido y, cogiendo el caballo de Mahamed, le ató una liga; y con estos despojos y grandes favores del Rey dio a su lado la vuelta a la ciudad, donde causó admiración el verlos, porque de la batalla no se había tenido noticia que, a saberse, apareciera sobre la caliente arena de aquel campo el anfiteatro de Roma.

Felicia, que le había echado menos, cuando supo el suceso fue a buscarle y con tiernos abrazos y grandes encarecimientos celebró su victoria.

Grandes partidos hacía Salárraez a don Felis porque se quedase en Túnez en su servicio, pero conociendo, como discreto, que le tenía con disgusto el amor de la patria, sólo quiso detenerle hasta celebrar sus bodas con la hermosa Fátima, en las cuales fue admirada su gentileza de toda aquella tierra que, como a prodigio de la naturaleza, venían a verle. Ninguno jugó cañas con mayor gracia, ni hizo mayores pruebas de sus fuertes brazos.

Tratose la partida y, procediendo el Rey generosamente, le dio muchas riquezas, así de diamantes y perlas como de otras diversas piezas de plata y oro. Lloraba Susana la partida de Mendoza, y despidiéndose de ella para partirse a España con don Felis, le dijo que era mujer en secreto, con que en un instante la curó del mal de amor, como si fuera milagro.

Dio David, agradeciendo la vida, a don Felis un rico presente de telas, sedas y joyas; Susana a Felicia, un hilo de perlas de valor de setecientos escudos, porque eran netas, iguales y redondas, y con muchos abrazos y lágrimas se despidieron todos. Salieron al mar, dejando la ciudad que un tiempo fue tan famosa por Micipsa, que la pobló de griegos, aunque hoy debe de tener poco más de ocho mil fuegos, si bien conserva en las historias la fama de haber sido cabeza de la antigua Numidia, que cae entre la Libia y el Atlante, donde Cartago merece eterna memoria y la tragedia de Sofonisba; y navegando con más felicidad saludaron a España.

Estuvieron algunos días en Cartagena, desde donde escribió don Felis a su casa, y en Murcia le alcanzó respuesta, en que le daban cuenta cómo era señor de su casa, porque su hermano mayor había muerto sin hijos. Aquí mudó traje Mendoza, y se llamó Felicia. Desde Murcia la trajo don Felis a un lugar de Extremadura donde era natural su padre, y la casó con un hidalgo pobre y de buen tallo, dándole seis mil ducados de dote, con nombre de prima suya, lo que él creyó fácilmente, porque se tenía noticia de su buen nacimiento.

Grandes dudas le quedarán a vuestra merced del amor de Felicia y los desdenes de Guzmán el Bravo, porque parece que en tierra de moros, con tanta privación y soledad, y habiendo sido la compañía de su cautiverio y el consuelo de sus trabajos, no fuera menos que ingratitud no corresponder a su voluntad. Prometo a vuestra merced que no lo sé, y que en esta parte sólo puedo decir que el trato ha juntado en amistad animales de géneros diferentes, a despecho de la naturaleza, y que ningún hombre debe fiarse de sí mismo, de que tenemos tantos ejemplos. El Dante escribe de aquellos dos cuñados que se amaban, sin osar declararse, por ser el incesto tan enorme y el hermano tan gran príncipe, y como siempre estaban juntos, leyendo un día los amores de Lanzarote del Lago y la reina Ginebra, como él lo dice en su Infierno, en persona de la miserable dama:

*Y leyendo nosotros por deleite
de Lanzarote la amorosa historia,
encendidos de amor nos declaramos.*

Y el Petrarca hace memoria de ellos en el capítulo tercero del Triunfo del amor, diciendo:

*Y los dos de Arimino, que van juntos
haciendo un triste y doloroso llanto.*

Porque fue el hermano que los mató príncipe de Arimino.

Fue muy bien recibido don Felis en su patria, porque llegó a ella después de muchos deseos, rico, gallardo, galán y en lo mejor de sus años. Llevo los ojos del vulgo, mayormente de los que tenían necesidad de su favor, porque con todos era liberal, de suerte que jamás llegó necesidad a sus oídos que saliese desconsolada. Remediaba pobres, deshacía agravios, concertaba paces, y no había en toda la ciudad quien para cosa que intentase le perdiese el respeto. De la república de estudiantes era don Felis tan adorado que, con versos latinos y castellanos, celebraban a porfía sus acciones, y con tan apasionado afecto que, si alguna vez corría en fiesta pública, decían todos a voces: «¡Viva don Felis!», y era tenido por envidioso el que faltaba a esta voz común, por circunspecto que fuese.

Era valiente justador; y de suerte firme y cierto que no había hombre que midiese con él las armas en la tela. Armábase muchas veces de piezas tan pesadas, que no las podían mover las fuerzas de dos hombres, y echándose con ellas en el suelo, se levantaba de un salto con ligereza increíble. Buscaba caballos desbocados y que nadie quisiese subir sobre ellos, y en estos se ponía y los domaba y sujetaba con la fortaleza de las piernas, de tal manera que parecía que le temblaban y, trasudados y encogidos, se le rendían. Jugaba dos espadas y dos mazas con notable gallardía y destreza y, en medio de esta fiereza y valentía, escribía y hablaba tiernamente.

Descuidado de la fuerza y violencia de amor don Felis y seguro de la fortuna en su patria, él que tan fuerte había nacido y tanta libertad profesaba, se rindió a un niño, pero niño tan antiguo que no se llevan él y el tiempo dos horas en tantos años. ¡Qué bien pintó Alciato su fortaleza, o ya enfrenando leones o ya rompiendo rayos!

*De los alígeros rayos
rompe el amor el rigor,
porque es más fuerte el amor.*

Era Isbella la gentilísima dama, y hermana de un valiente caballero, que se llamaba Leonardo, de lo más noble de aquella ciudad, y aun de España. Guardábase don Felis de ser entendido y, gobernando su secreto con prudencia, conquistó honestamente su voluntad para merecerla en casamiento, no se alargando a más que hablar con los ojos, y con ocasión de otras damas de su calle darle algunas músicas, entre las cuales una noche cantaron así (porque vuestra merced descansa de tan prolija prosa en la diferencia de los versos):

*En estos verdes campos
que Manzanares riega
con agua de mis ojos,
que suya no la lleva;
en estas soledades,
donde a mis dulces penas
ayudan ruiseñores
con amorosas quejas;
entre las secas ramas
de esta bárbara selva,
que ha mucho que le falta
su amada primavera,
y solo un ciprés crece,
por árbol de tristeza,
que en imitar la mía
presume competencia;
me quejo, hermosa Filis,*

*de amores de tu ausencia,
que lo que está más lejos
se quiere con más fuerza.
¡Ay mar de España!, digo,
si pisa tus riberas
aquella labradora
que fue la gloria de estas,
así, de más corales
que hay en tu playa arenas,
de Barcelona insigne
los muros enriquezcas,
que el día que más fiero
y con mayor soberbia
laven tus claras ondas
la cara a las estrellas,
le digas: «Bella Filis,
esto llaman tormenta
ausentes de su patria,
que por el mar navegan,
pero las que padece
quien ama y quien desea
el puerto de tus brazos,
en más rigor le anegan.
Tú, cuando empines aguas
como nevadas sierras,
y caigas de ti mismo
donde deshechas mueran,
no igualas con los montes
de celosas sospechas,
por más seguridades
que Filis me prometa.
Permite que mis ansias
a tus arenas venzan;
mas ya no las tendrás
si las convierte en perlas.
¡Ay Dios!, hermosa Filis,
¿qué pastor me dijera,
de muchos que en el Tajo
de adivinos se precian,
que donde España acaba
y el fiero mar comienza,
llegaran tus estampas
y mis amargas quejas?
¡Ay Dios, si te acordases
que en estas alamedas
bañaba yo tu rostro
con lágrimas tan tiernas,
y que cayendo al mío
del tuyo algunas de ellas,
pensaba yo que tristes*

*lloraban las estrellas!
Aquí te despediste,
y aquí morir me dejas,
que yo no tengo vida
para que a verte vuelva.
Si tardas, Filis mía,
la muerte está más cerca,
que a los que viven tristes
la muerte los consuela.»*

De estas músicas, aunque con letras fuera de propósito y escritas a diferentes ocasiones de algunas sortijas, torneos y otras fiestas, vino en conocimiento Leonardo de que don Felis festejaba a su hermana, que es lo que ahora llaman «galantear» entre los vocablos validos, que cada tiempo trae su novedad. Enfadose, como era tan recatado y gran caballero, y por obviar disgustos con persona tan bien recibida generalmente, puso a Isbella con algún sentimiento suyo en un monasterio. Más negoció don Felis en esta diligencia de Leonardo de lo que le prometió él haberlo entendido, porque Isbella, viéndose empeñada, aunque no había dado ocasión, inclinó su ánimo a ser mujer de don Felis; y tratándolo por medio de personas nobles salió del monasterio y se casaron. No hizo a esto Leonardo mucha resistencia, así por la condición de don Felis, como porque siendo prudente y discreto conoció que no se podía impedir el matrimonio en dos voluntades iguales, por aquella máxima de que el hombre no aparte los que Dios junta.

Creció tanto la opinión de don Felis, llevándose las almas de ciudadanos y estudiantes con tanto aplauso y vítores, que no pudiendo sufrir su fortuna algunos caballeros de la ciudad se juntaron a matarle, y aunque un paje le dio aviso de este pensamiento, no quiso prevenirse ni guardarse y, así, le dieron entre muchos más de cuarenta heridas, hasta que cayó en el suelo, de donde le llevaron a Isbella sin esperanza de vida. Aquí entra bien aquella transformación de un gran señor de Italia que leyendo una noche en Amadís de Gaula, sin reparar en la multitud de criados que le miraban, cuando llegó a verle en la Peña Pobre con nombre de Valtenebros comenzó a llorar y, dando un golpe sobre el libro, dijo: Maledeta sia la dona che tal te a fatto passare. Pues no se desconsuele vuestra merced, que ya don Felis está convaleciente, que no se salió el valor por las heridas, y la fortaleza del ánimo detuvo la vida, que en otro era imposible, no sin admiración de la naturaleza. Viéndose, pues, con ella, hizo una noche fijar una tienda en la plaza, cubierta de diferentes armas, y él amaneció a la puerta con muchas cajas y trompetas, armado de piezas blancas y doradas, con un vistoso penacho pajizo, leonado y blanco; el tonelete y calzas bordadas de las mismas colores, oro y plata; botas blancas, y un pedazo de lanza en el hombro, con la mano siniestra en la espada; y en una rodela de acero que de un árbol pendía con tres ligas pajizas, leonadas y blancas, un cartel de desafío. Ponía terror don Felis en la postura que estaba, levantada la visera por donde sólo descubría los airados ojos y los bigotes negros como rayos de luto de las muertes que amenazaba.

Allí estuvo ocho días sin que saliese caballero a la palestra y arena, como los antiguos decían; al cabo de los cuales vino un criado suyo armado a caballo y tocó en la rodela que tenía el desafío. Salió don Felis de la tienda y corrió tres lanzas con este hidalgo; y rompiendo en la última la lanza, volando las astillas por el aire, hizo temblar la tierra. Lleváronle a su casa acompañado de toda la ciudad entre muchos instrumentos de guerra, parabienes y vítores, donde estuvo algunos días. Al cabo de los cuales, dieron cuenta al rey de las Españas algunos envidiosos de aquel público desafío, aunque cierto que virtud tan grande debiera carecer de envidia; y le culparon asimismo de que se quería alzar con aquella ciudad insigne. Fue pesquisidor a esta averiguación, y como nunca a la envidia le faltaron testigos, fueron tales los que hallaron que le sentenció a cortar la cabeza en cadalso

público, y le trajo para este efecto a la Corte. Pero teniendo noticia de este tan gran caballero y de sus partes el excelentísimo señor don Luis Enríquez de Cabrera, almirante de Castilla, duque de Medina y conde de Modica, abuelo del que ahora posee su ilustrísima casa tan dignamente y con tantas partes de generoso príncipe, le fue a ver a la cárcel e, informado de su valor, y habiendo leído una cédula que tenía del señor don Juan de Austria, certificación de la hazaña con que rindió la galera ya referida, se le aficionó tanto que pidió a Su Majestad su vida; el cual, no menos inclinado a su valor, y sabiendo que nunca está sin enemigos, se la otorgó con condición que no pudiese entrar en aquella ciudad. Fuese a vivir a sus lugares, que no estaban lejos de ella, aunque después, con el favor del mismo señor, que tomó su protección por empresa digna de su grandeza, le restituyeron la libertad de gozar de su patria, donde yo le conocí, si bien en sus mayores años, pero con el mismo brío porque el defecto de la naturaleza del cuerpo no ofende el valor del ánimo. Este, señora Marcia, es el suceso de Guzmán el Bravo. Si a vuestra merced le parecieren pocos amores y muchas armas, téngase por convidada para El pastor de Galatea, novela en que hallará todo lo que puede amor, Rey de los humanos afectos, y a lo que puede llegar una pasión de celos, bastardos suyos, hijos de la desconfianza, ansia del entendimiento, ira de las armas e inquietud de las letras; pero no será en este libro sino en el que saldrá después, llamado Laurel de Apolo.

Espinela

*Los dioses para su guarda
se han puesto apellidos nuevos:
Borja y Góngora dos Febos;
Silvio, Amor; Venus, Leonarda,
Juno, Pimentel gallarda;
Mario, el semicapro Pan;
y como las letras dan
honra de la guerra al arte,
riñeron Palas y Marte
sobre llamarse Guzmán.*

No parezca novedad llamar espinelas a las décimas, que este es su verdadero nombre, derivado del maestro Espinel, su primer inventor, como los versos sáficos de Safo.